



Nancy Mitford

Trifulca a la vista

Introducción de Charlotte Mosley



Publicada en 1935 en pleno ascenso del fascismo en Europa, *Trifulca a la vista* satiriza a los devotos seguidores del fascismo británico.

La mimada Eugenia Malmains, una de las muchachas más ricas de Inglaterra, es una fiel seguidora del capitán Jack y sus camisas tricolores; el cosmopolita Noel Foster y su intrigante amigo Jasper Aspect van a la caza de una rica heredera; y Lady Marjorie, acompañada de su amiga Poppy, ha huido del revuelo provocado por la cancelación de su boda. Cuando estos personajes se unan a las fuerzas vivas locales de un recóndito pueblito inglés en una representación teatral, las tensiones entre fascistas y pacifistas explotarán.

La animadversión que esta sátira del fascismo provocó en alguna de sus hermanas y las delicadas relaciones con ellas, llevaron a Nancy Mitford a prohibir que se reeditara esta novela, razón por la que ha estado fuera de la circulación durante más de setenta y cinco años, hasta que recientemente los herederos de la autora autorizaron por fin una nueva edición.



Nancy Mitford

Trifulca a la vista

ePub r1.0
Titivilus 29.04.17

Título original: *Wigs on the Green*
Nancy Mitford, 1935
Traducción: Patricia Antón de Vez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Introducción

Trifulca a la vista, publicada originariamente en 1935, es la tercera novela de Nancy Mitford. Al igual que sus predecesoras, se trata de una comedia costumbrista ligera y muy lograda que incluye un completísimo catálogo de convenciones wodehousianas: una rica heredera, rivales en el amor, la herencia de una tía, compromisos rotos, identidades falsas y un final feliz. Pero, a diferencia de sus otros libros, *Trifulca a la vista* nunca se reeditó en vida de Nancy^[1]. En los tres años que siguieron a la publicación de su segunda novela, *Christmas Pudding*, tanto su propio mundo como el que la rodeaba se convirtieron en lugares más sombríos. Hitler detentaba el poder absoluto en Alemania y dos hermanas de Nancy, Diana y Unity, se volvieron fervientes admiradoras suyas después de haber asistido a un mitin del partido nazi en Nuremberg. Cuando, en 1951, su editor le rogó que le permitiese reeditar la novela, Nancy se negó.

«Han ocurrido demasiadas cosas para que los chistes de nazis puedan considerarse divertidos y merezcan otro calificativo que el de ser de pésimo gusto —escribió a Evelyn Waugh—, así que eso queda descartado».

Como en todos sus libros, Nancy se sirvió ampliamente de familiares y amigos como fuente de inspiración; así, pese a la afirmación de los créditos de que los personajes son ficticios, *Trifulca a la vista* es una novela muy autobiográfica. El capitán Jack, líder de los camisas tricolores (precursor de Roderick Spode, líder de los *shorts* negros, el ridículo aspirante a dictador de P. G. Wodehouse), está inspirado en el amante y futuro marido de Diana, sir Oswald Mosley, fundador de la Unión Británica de Fascistas. Eugenia Malmains, la rica heredera, rebelde y entusiasta de los camisas tricolores, es un retrato apenas velado de Unity, que se mudó a Múnich en 1934 para aprender alemán y colmar sus aspiraciones de conocer a Hitler. El rechazo de Nancy a reeditar —solo seis años después del final de la guerra— un libro que se burlaba del fascismo y que parodiaba a Hitler es comprensible, pero no fue la única razón de sus reparos a que la novela viera de nuevo la luz.

Sus dos primeros libros la habían encasillado como una novelista ligera que se ocupaba de cócteles, fines de semana en casas solariegas y columnas de cotilleos de la alta sociedad. *Highland Fling* fue alabada en *The Times Literary Supplement* por su «alegría contagiosa», y *Christmas Pudding*, por «hacer reír al lector a lo largo de todo el relato», pero el mismo periódico publicó una crítica desdeñosa de *Trifulca a la vista* y describió la novela como un

«desvarío» de un humor «demasiado torpe para lograr el resultado deseado». Nancy no creía que sus novelas de preguerra fuesen obras maestras («*Christmas Pudding* está mal escrita, es patética, insustancial y malísima», escribió —exagerando— a Evelyn Waugh), pero sí sabía que tenían cierto valor como piezas de época, que eran muy entretenidas y que contaban con partes extremadamente divertidas. Por lo tanto, no fue el orgullo profesional lo que la decidió a no reeditar *Trifulca a la vista*. La razón principal para su negativa, aparte de los chistes de nazis, fue que el libro había provocado reacciones furibundas en la familia Mitford: Unity la amenazó con no volver a dirigirle la palabra jamás, y Diana, que acababa de divorciarse de su primer marido por Mosley, rompió más o menos la relación con ella hasta el final de la guerra. A esto hay que añadir, sin duda, la resistencia de Nancy a reavivar el recuerdo del intento de suicidio de Unity en 1939 y de su consiguiente muerte en 1948.

Bromista consumada, Nancy nunca se tomó la política, ni cualquier otra cosa, demasiado en serio. Su forma de entender la vida consistía en tratarlo todo como si fuese una gran broma, al menos en apariencia. Como la mayor de las seis Mitford, había transmitido esa actitud a sus hermanas, y dominaba la atmósfera familiar. El fervor con el que Diana, Unity y la quinta hermana, Jessica —que se hizo comunista—, abrazaron las causas políticas extremistas rompió la regla tácita de las Mitford de que nada era tan importante como para no poder reírse de ello. Nancy también sentía una desconfianza instintiva hacia las ideologías. «No hay ninguna diferencia entre nazis y bolcheviques: si uno es judío, prefiere a unos, y si uno es aristócrata, prefiere a los otros, eso es todo, en mi opinión. Fanáticos», escribió a un amigo de la familia al estallar la guerra. Para Nancy, la política era cuestión de personalidad; las personas, no las ideas, eran lo que importaba. Cuando abandonó la ficción para escribir sobre la historia de Francia, los historiadores la acusaron de volver a contar historias sobre la vida familiar de los Mitford. «Es muy cierto —le escribió a Jessica—. La historia es siempre subjetiva y muchos libros aburridísimos a menudo no son más que la descripción de la vida familiar de viejos y soporíferos profesores».

A pesar de las referencias a los acontecimientos políticos de la época, *Trifulca a la vista* es, ante todo, una investigación sobre el amor y el matrimonio, temas recurrentes en todos los libros de Nancy. Está dedicada a su marido, Peter Rodd, el hijo renegado del diplomático *sir* Rennell Rodd. Cuando empezó a escribir la novela, en la primavera de 1934, llevaba solo unos meses casada con Peter; tiempo suficiente, sin embargo, para haber adquirido una opinión bastante cínica con respecto al matrimonio: «Es una apuesta muy arriesgada. Más vale que apuestes todo tu dinero a un caballo y que dejes de torturarte ahora mismo», dice Jasper Aspect, el mujeriego desaprensivo y bebedor cuyo personaje debe mucho a Peter y, en menor medida, a Basil Murray, su coetáneo de Oxford. (La extravagante pareja había servido ya de inspiración para Basil Seal, el antihéroe delincuente de *Merienda de negros* de Evelyn Waugh). Nancy y Peter se embarcaron en el matrimonio en un torbellino de euforia. A Peter le faltaba poco para cumplir los treinta y, al parecer, consideró el matrimonio como el último recurso, después de haber fracasado en todo lo demás. No hay duda de que, a su manera, le tenía cariño a Nancy, pero la trataba de forma desalmada, como hacía con todas sus mujeres, y disfrutaba alardeando con sus amigos de que había propuesto matrimonio a toda clase de mujeres pero que la única «lo bastante tonta» para aceptar había sido ella. Con veintinueve años —una edad a la que, en los años treinta, las mujeres ya se disponían a convertirse en solteras—, Nancy salía de una aventura amorosa, que había ido arrastrando durante cuatro años, con Hamish Erskine, un amigo homosexual de su hermano, y se

rindió al encanto insolente y rubísimo de Peter.

Romántica incurable a pesar de su despiadado ingenio, Nancy decidió que estaba enamorada y consiguió hacer la vista gorda ante el verdadero carácter de Peter durante los seis meses que estuvieron prometidos, escribiéndole a una amiga que se encontraba en «una nube delirante de felicidad» y animando a todo el mundo a casarse si deseaban «una garantía de dicha absoluta». Quizá la posdata de su carta, «Por favor, disculpa estos desvaríos lunáticos», insinúe que, en cierta medida, era consciente de que casarse con Peter era una locura. Para cuando regresaron del viaje de novios, el romance se había desvanecido. Empezaron su vida conyugal en una casita en Strand-on-the-Green, en Chiswick, subsistiendo gracias a una pequeña renta procedente de los padres de ambos y al dinero que Nancy lograba reunir a duras penas con su escritura.

Nancy creció en una época en la que el matrimonio era prácticamente la única carrera posible para las mujeres de su condición. Un matrimonio tenía que perdurar a cualquier precio y la esposa debía someterse a su marido. En este sentido, el ejemplo de los padres Mitford, lord y *lady* Redesdale, había calado hondo en sus hijas. En *Trifulca a la vista*, Nancy analiza con una mirada lúcida y sardónica sus tribulaciones. «Estos vagos impulsos románticos no le hacen ningún bien a nadie, y menos a ti», declara con vehemencia Poppy Saint Julien a *lady* Marjorie Merrith, que ha roto su compromiso con el duque de Dartford porque no está enamorada. «A veces, amigo mío —sermonea Jasper Aspect al cazador de fortunas Noel Foster—, no hay más remedio que poner al amor en su sitio, como emoción inmoral y antisocial que es». Nancy intenta, no siempre de manera convincente pero con encomiable buen humor, dejar de lado la desilusión y centrarse en representar lo que supone estar casado. Cuando Jasper menosprecia al «tesorito precioso» a quien le gusta tener «una agradable y larga conversación íntima» por teléfono por las mañanas, Nancy está ridiculizando su propia afición a charlar, su forma de intimidad preferida. Hay algo que raya en la admiración en sus referencias indirectas a la irresponsabilidad financiera de Peter: «Nadie espera que sea la esposa la que mantenga al marido», dice Poppy. «Nunca he entendido por qué. Me parece muy injusto», contesta Jasper. Cuando Poppy señala que es lo mínimo que pueden hacer los hombres ya que las mujeres soportan todas las molestias del embarazo, Jasper replica: «Bueno, nosotros tenemos resacas, ¿no? Viene a ser lo mismo, a fin de cuentas».

Si bien no queda constancia de la reacción de Peter al verse retratado por su mujer como un gandul y un sinvergüenza —por muy encantador que fuese—, sí la hay de la respuesta de Diana y Unity a la sátira de Nancy. Diana conoció a Oswald Mosley a principios de 1932, cuando tenía veintiún años y llevaba tres con Bryan Guinness, heredero de la fortuna cervecera. Mosley, que había sido diputado por el Partido Conservador y el Independiente antes de pasar a engrosar brevemente las filas laboristas, había roto con la política de los partidos mayoritarios y se disponía a lanzar la Unión Británica de Fascistas. Estaba convencido de que el sistema de gobierno existente no podía hacerse cargo de los graves problemas económicos y sociales derivados de la Gran Depresión, y opinaba que era necesario un movimiento organizado según criterios paramilitares para asumir el control de la economía y combatir el inevitable auge del comunismo. Mosley, que ataviaba a sus seguidores con un uniforme de corte militar y tomaba como modelo el fascismo de Mussolini, tenía, a ojos de Diana, todas las respuestas a las tribulaciones de Inglaterra. El hecho de que estuviese casado y tuviese reputación de mujeriego no evitó que se enamorara profundamente de él. A finales de año ya le había pedido el divorcio a Bryan y se había mudado a su propia casa en Eaton Square, Londres. Cuando la esposa de Mosley

murió en 1933, Diana se convirtió en su *maitresse en titre* y tres años después se casó con él. Su conversión a las ideas de Mosley fue inmediata y para toda la vida; como un tigre protegiendo a su cachorro, cada vez que su querido líder era atacado, ella se lanzaba a defenderle.

Al principio, Nancy pensó que quizá *Trifulca a la vista* divertiría a Diana, que al parecer no se había ofendido con una caricatura de Mosley en «The Old Ladies», un cuento inédito que escribió en 1933, en el que se representaba al «Pequeño Líder» como un personaje ridículo que visitaba a las damas ancianas «armado solo con dos revólveres, un cuchillo de caza y una tableta de Ex-Lax, el delicioso chocolate laxante». El primer indicio de que *Trifulca a la vista* podía provocar problemas serios llegó cuando Nancy había escrito ya más de la mitad de la novela. En noviembre de 1934, Mosley ganó un pleito contra el *Daily News* por un artículo publicado en el *Star* y recibió una indemnización de cinco mil libras. Peter Rodd temió que emprendiera acciones legales contra Nancy, que no podía permitirse ir a juicio y necesitaba desesperadamente los *royalties* del libro. Nancy escribió rápidamente una carta apaciguadora a Diana prometiéndole que le dejaría revisar la novela antes de su publicación y asegurándole que, aunque contenía «un par de chistes», era muy profascista. Diana no se ablandó. La Unión Británica de Fascistas estaba perdiendo apoyos; su postura militarista y antisemita la desacreditaba a los ojos de la opinión pública, y su imagen había sufrido un duro golpe a causa del estallido de violencia que tuvo lugar entre los camisas negras y los manifestantes antifascistas en el infausto mitin del Olympia en junio de 1934. La idea de que su hermana pudiese dañar de algún modo la reputación de Mosley enfurecía a Diana. Nancy se negó a abandonar el libro pero aceptó suprimir prácticamente todo lo que atañía directamente al capitán Jack, unos tres capítulos en total. Un poco antes de la publicación, le mandó otra carta llena de zalamerías a Diana en la que intentaba justificar su postura: «Honestamente, si pensase que puede retrasar el avance del líder ni que sea media hora lo tiraría a la papelera, o no lo habría escrito de entrada... Sigo sosteniendo que está mucho más a favor del fascismo que otra cosa. El personaje más simpático del libro, con diferencia, es fascista; los otros se vuelven más simpáticos en cuanto se afilian. Pero también conozco tu punto de vista, que el fascismo es una cosa demasiado seria para mencionarlo siquiera en un libro cómico. Pero ¿no te parece que eso no es muy razonable?».

Aquello no aplacó a Diana. Excluyó a Nancy de su vida durante varios años y no la invitó nunca a Wooton Lodge, la casa de Staffordshire en la que vivieron los Mosley entre 1936 y 1940. Cuando Diana pasó tres años y medio en la prisión de Holloway durante la guerra —según el decreto 18B de Defensa, que permitía al gobierno detener sin cargos a cualquier persona sospechosa de simpatizar con los nazis—, tuvo restringidas las cartas y las visitas. Nancy le escribió media docena de veces y acudió a visitarla, pero la relación no volvió a ser realmente cordial hasta que los Mosley fueron liberados y Nancy se fue a vivir con ellos para acabar *A la caza del amor*. Las dos hermanas nunca volvieron a mencionar *Trifulca a la vista* en su voluminosa correspondencia, ni a hablar de la guerra o de política, temas que hubiesen dificultado la reconciliación. Diana solo se enteró después de la muerte de Nancy de que en 1940 su hermana la había denunciado al Foreign Office, tildándola de «personaje mucho más peligroso» que Mosley, y había exhortado a que la encarcelaran. Y nunca descubrió que Nancy se había opuesto a su liberación en 1943, alegando que era «desmesuradamente ambiciosa, una egotista despiadada y astuta, una fascista ferviente y una admiradora de Hitler». De haberlo sabido Diana, la reconciliación habría sido sin duda imposible.

Las desdeñosas referencias al divorcio que salpican *Trifulca a la vista* también debieron de irritar a Diana. La abuela de Eugenia Malmains, *lady Chalford* —una representación de *lady Redesdale*—, piensa que la muerte de su hijo a causa de las heridas recibidas el día antes del Armisticio es un mal menor comparado con su divorcio, y considera con horror «la sangre contaminada de adúltera» que corre por las venas de Eugenia. Nancy no aprobaba que Diana abandonase a Bryan, pero respaldó su decisión. Los Redesdale, sin embargo, quedaron consternados, especialmente por el hecho de que fuera Diana la que le pidiera el divorcio a Bryan alegando adulterio. En aquella época, era habitual que el hombre asumiera el papel de «culpable» y se aviniera a que lo pescaran en un hotel de la costa con una mujerzuela, pero los padres de Diana consideraron que aquello estaba mal, y el consentimiento de su hija a seguir adelante con la idea los dejó horrorizados.

La reacción de Diana a la publicación de *Trifulca a la vista* no solo afectó la relación entre las dos hermanas, sino que también erradicó cualquier inclinación profascista que Nancy o Peter pudiesen haber tenido. «Espero —escribió Unity a Diana en noviembre de 1934— que ese cerdo redomado de Peter haya renunciado a su carné del partido públicamente». Nancy, que se consideraba socialista, se afilió a la Unión Británica de Fascistas poco después de casarse; si lo hizo fue porque Peter, al principio, se mostró entusiasmado con aquel movimiento y también, sin duda, para apoyar a Diana. Las dos hermanas habían estado especialmente unidas durante el año antes de que Nancy se casara, Diana le había dejado una habitación en Eaton Square y se habían tratado con gran asiduidad. Nancy y Peter habían asistido al mitin del Olympia, y Diana debió de haber esperado que se convirtieran en auténticos partidarios de la causa de Mosley. A Nancy nunca le gustó Mosley personalmente —lo llamaba *sir* Ogro— y sentía una aversión instintiva por la violencia implícita en sus métodos, pero al principio defendió su política. De hecho, había ciertos aspectos del ideario fascista que coincidían con el suyo. Evelyn Waugh le recordó años más tarde que una vez se habían peleado después de que ella asistiera a un mitin de la Unión Británica de Fascistas en el Albert Hall. «¿De veras? —repuso Nancy—. Lo había olvidado. Recuerdo que Prot [Peter] estaba muy guapo con su camisa negra. Pero éramos jóvenes y fogosos entonces y no sabíamos nada de Buchenwald». Nancy compartía con el fascismo la opinión de que la civilización occidental estaba en decadencia y necesitaba un cambio; pero mientras que la visión milenarista de la Unión Británica de Fascistas imaginaba una Inglaterra nueva y rutilante, ella miraba con nostalgia un ayer perdido en el que una aristocracia de espíritu cívico seguía viviendo de la tierra y en el que unos «hombres sensatos y acaudalados» gobernaban el país, un punto de vista patricio que recorre gran parte de su obra.

Incluso cuando estaba siendo sincera, Nancy no podía tomarse a sí misma en serio. En julio de 1934 escribió un artículo, «Mis impresiones sobre el fascismo», para *Vanguard*, una revista editada por Alexander Ratcliffe, el anticatólico y antisemita fundador de la Liga Protestante Escocesa. Es un artículo curioso, entre otras cosas porque en su mayor parte se trata de una versión ligeramente atenuada del himno al fascismo que Eugenia entona al principio de *Trifulca a la vista* desde una tina para lavar la ropa puesta boca abajo. No está claro si Nancy escribió el artículo y luego se dio cuenta de que tenía el germen de una novela, o si ya había empezado a escribir *Trifulca a la vista* y por comodidad plagió el discurso de Eugenia para *Vanguard*. Tampoco se sabe muy bien por qué aceptó colaborar con esa revista, para empezar; hasta entonces, *Vogue* y *The Lady* habían sido los medios habituales para sus piezas periodísticas. El

artículo empieza con bastante sobriedad, explicando que el fascismo era una disposición de ánimo que los representantes de la vieja escuela no podían comprender, del mismo modo que los admiradores del arte figurativo no podían entender a Picasso. Continúa, con creciente pomposidad, censurando la bajeza moral de una época en la que «el respeto hacia los padres, el amor por el hogar y la veneración del matrimonio» estaban desvalorizados y en la que la lealtad a «un líder grande y bueno» era lo único que podía sacar al país «de la ciénaga de desánimo en la que está sumido desde hace ya demasiado tiempo». Acaba en un tono sumamente rimbombante — como la perorata de Eugenia— con la descripción de los viejos políticos arrastrándose por Westminster como tortugas fatigadas, «calentándose a la falsa lumbre de su mutua aprobación», antes de ser constreñidos por el líder a elegir entre «la ignominia o una muerte romana».

Edgell Rickword, el comunista fundador de *Left Review*, se tomó el artículo en serio y lo describió en esa revista como «un ejemplo muy bien argumentado de liderolatría». Pero Unity no se dejó engañar y advirtió que Nancy estaba parodiando al Mosley más mesiánico. «Me ha puesto furiosa —le escribió—. Podrías pensar un poco en tu pobre hermanita, todos los chicos saben que eres mi hermana, ¿te das cuenta?». En la misma carta, le hacía una advertencia sobre *Trifulca a la vista*: «Ahora en serio con respecto a ese libro. Muv [*lady* Redesdale] me ha comentado alguna cosa, y te advierto que no puedes publicarlo de ninguna manera, así que más vale que no pierdas más tiempo con él. Porque si lo publicaras, no volvería a dirigirte la palabra en la vida». No queda constancia de la reacción de Unity al leer la novela. Poco después de su publicación, le dijo a Diana que todavía no la había leído, pero que Nancy le había escrito para asegurarle que no le molestaría, es más, que «seguro que le gustaría», y añadió: «realmente [Nancy] tiene ideas raras». Quizá cuando Unity leyó finalmente el libro consideró que verse retratada como una hermosa diosa rubia era lo suficientemente gratificante para quitarles hierro a las bromas de Nancy. En cualquier caso, las pocas cartas que sobreviven de la correspondencia entre las dos hermanas posterior a la publicación del libro tienen el mismo tono desenfadado de antes, con Nancy llamando afectuosamente a su hermana «Cabeza de Hueso» (un juego de palabras que, en inglés, equivale a llamarla veladamente «estúpida») y «Corazón de Piedra», y tomándole el pelo con un poema en alemán macarrónico.

Cuando Nancy estaba escribiendo *Trifulca a la vista*, Unity todavía no había conocido a Hitler, la política de este no había provocado todavía un genocidio sistemático y todavía era posible creer —si uno hacía la vista gorda con la naturaleza misma del régimen— que el nacionalsocialismo podría regenerar Alemania y marcar el comienzo de una era de paz en Europa. Unity era una joven impresionable de diecinueve años cuando acompañó a Diana al Parteitag de Nuremberg de 1933 y cayó bajo el hechizo del nazismo, y tenía solo veinticinco años cuando Inglaterra declaró la guerra a Alemania. Incapaz de afrontar un conflicto entre los dos países que amaba, Unity se fue a un jardín público de Múnich y se pegó un tiro en la cabeza. La bala no la mató, pero le causó daños cerebrales y murió de meningitis nueve años más tarde. Durante los cinco años que vivió en Alemania, Unity conoció a Hitler personalmente y adoptó el credo nazi incondicionalmente, incluido el antisemitismo más virulento. El nazismo, tal y como le escribió a una prima suya, «es mi religión, no simplemente mi partido político».

El lado oscuro de la personalidad de Unity salta a la vista: crueldad, ingenuidad y una tendencia a darse ínfulas, combinadas con una atracción por la violencia y un deseo de sorprender que produjeron una ceguera moral extrema. Se hace más difícil entender cómo se granjeó el cariño

de los que la querían, y su familia y sus amigos lo hacían, por mucho que deploraran su ideología. El vínculo entre las hermanas Mitford era fuerte, pero eso no evitó que Jessica excluyera a Diana de su vida cuando la política las separó; y, sin embargo, nunca rompió relaciones con Unity, a pesar de adoptar bandos políticos opuestos. «¿Qué la volvía tan adorable, quiere saber? —le escribió Jessica al biógrafo de Unity—, y ¿por qué la adoraba yo?, y créame que así era... Hay una dimensión, o una faceta, de su carácter que no aparece en su libro; pero ¿qué es, exactamente? ... Bueno, era tan *trelemanda y censurable*^[2]; era un chiste, después de *Trifulca a la vista*, Unity pasó a ser un chiste, creado en parte por Nancy, y ella [Unity] era consciente de haberse convertido en un chiste». Diana describió a su hermana como «inteligente y afectuosa», y su funeral, como el día más triste de su vida. Para Deborah, la más joven de las hermanas, era «divertida y leal y valiente». *Lady* Redesdale, que asumió la ardua tarea de ocuparse de su hija después del intento de suicidio, escribió después de su muerte: «La echaré de menos siempre, era una persona realmente excepcional».

En *Trifulca a la vista*, el enigma que representaba Unity está visto a través del inconfundible prisma de su hermana mayor. Nancy dibujó la caricatura de una chica que ya era exuberante en la realidad, una chica con poca educación académica, sobreprotegida y terca, que comienza a meterse en política para llenar el pozo de aburrimiento que es su vida. Los aspectos adolescentes del movimiento de los camisas tricolores —pertenecer a una banda, vestirse de uniforme y la devoción por un líder— la atraen poderosamente, tanto como la carga emocional del fascismo atrajo a la juventud de los años treinta. «Cuando una colegiala como Eugenia pierde la cabeza por algo —declara uno de los personajes—, es bastante probable que se trate de una tontería». Nancy, como muchos otros en aquella época, no supo calcular las consecuencias letales de aquella «tontería».

Esta novela es la tentativa de Nancy de entender un fenómeno que acabaría desgarrando Europa y a su propia familia. Añadámosle varias bromas y chistes típicos de la Mitford (y Peersmont, el sanatorio para lores chiflados, uno de sus mejores hallazgos), y *Trifulca a la vista* se convierte en un libro verdaderamente fascinante. Por muy comprensibles que fuesen sus objeciones a reeditar la novela hace tres cuartos de siglo, hoy en día los admiradores de Nancy y todo el que sienta curiosidad por ese pedazo de la historia del siglo XX agradecerán su regreso a las librerías.

CHARLOTTE MOSLEY

Trifulca a la vista

A Peter

«Que el hombre es, por naturaleza, un bufón y que sus mejores obras son siempre fruto de payasadas es una teoría que los caballeros juerguistas y que se dan la gran vida encontrarán muy reconfortante».

A. F. WEDGWOOD

1

—No, lo siento —dijo Noel Foster—, no es lo bastante atractiva.

Lo dijo con un tono sorprendentemente firme e inapelable y, con una determinación que tampoco era muy propia de él, colgó el auricular del teléfono de su despacho. Se arrellanó en la silla. «Es la última vez», pensó. Nunca más, excepto tal vez en relación con las herederas que tenía intención de perseguir a partir de entonces, volvería a cerrar una larga y aburrida conversación con las palabras «No es lo bastante atractiva».

Ahora que se marchaba del despacho para siempre, ya no tenía una prisa especial por salir de allí. A diferencia de otros viernes por la tarde, no salió disparado hacia la calle; al contrario, se quedó sentado sin moverse y recorrió con una larga y ufana mirada la habitación que durante los últimos dos años había sido su prisión. Con la maravillosa certeza de que no los volvería a ver nunca más, pudo observar con absoluta indiferencia los vitrales (de un alegre color ámbar, llenos de burbujas, como el champán) y los viejos muebles de roble, que componían un marco absolutamente delicioso para los encantos de la señorita Clumps, la mecanógrafa mona, de la señorita Brisket, la mecanógrafa poco agraciada, y del señor Brisket, el encargado. Los integrantes de tan afable trío habían sido sus compañeros de celda durante los últimos dos años, y deseaba sinceramente no volver a verlos jamás. Sin embargo, se despidió de ellos con bastante cordialidad, cogió el sombrero y el paraguas, y entonces, rico y libre, salió a la calle con paso despreocupado.

Desde que la buena fortuna le había sonreído, no había tenido tiempo de dejar su lóbrega habitación alquilada en Ebury Street, y, por costumbre, regresó a ella una vez más. Entonces llamó a Jasper Aspect. Lo hizo sabiendo perfectamente que aquello era un error de primera categoría. Lo más estúpido que puede hacer un chico pobre que acaba de recibir la noticia de una jugosa aunque moderada herencia es llamar a Jasper Aspect. Noel, que había sido íntimo amigo de Jasper durante gran parte de su vida, era consciente de estar cometiendo una lamentable imprudencia, y aun así un impulso irresistible le empujó hasta el teléfono, donde tuvo lugar la siguiente conversación:

—Hola, ¿Jasper?

—Querido amigo, estaba a punto de llamarte yo.

—¡Vaya! ¿Qué haces esta noche?

—Había pensado que sería muy agradable salir a cenar contigo.

—Muy bien, quería verte; ¿dónde podemos cenar? ¿Qué te parece Boulestins? ¿Nos vemos allí a las ocho?

—Mira, es que no tengo dinero, ¿sabes?

—No te preocupes —dijo Noel.

Se guardaría su espléndida noticia hasta el momento en que pudiese contemplar la incredulidad y la indignación que sin duda iluminarían el honesto semblante de Jasper cuando se lo dijese. Jasper volvió a proclamar su incapacidad para pagar, volvió a oír palabras tranquilizadoras al respecto y colgó.

—Todo esto es sumamente misterioso —dijo cuando se encontraron.

—¿Por qué? —quiso saber Noel.

—Bueno, querido mío, que uno pueda cenar a tu costa no ocurre cada día de la semana, y todavía menos en un sitio caro como este. ¿Por qué me has elegido a mí para este afortunado festín? Me parece realmente desconcertante.

—¡Oh! Quería verte. En realidad, necesito que me aconsejes sobre un par de cosas, y en algún sitio hay que comer, de manera que ¿por qué no aquí? —Y, hurgando en busca del pañuelo, sacó, como por casualidad, un fajo de billetes de diez libras, que volvió a meterse con despreocupación en el bolsillo.

Sin embargo, y contra lo que Noel esperaba, Jasper no alteró su expresión. Se limitó a pedir otro cóctel de champán. Cuando llegó, dijo:

—Bueno, brindo por Scrubs, viejo amigo, espero que estés a gusto en la cárcel; puedes venir a visitarme cuando quieras durante las vacaciones, siempre trato muy bien a mis amigos presos.

—No sé de qué me hablas —repuso Noel con frialdad.

—¿Ah, no? Pues resulta bastante evidente que estás en apuros, ¿no? Y supongo que quieres que te ayude a huir con la pasta. Bien, pues sugiero que vayamos al cincuenta por ciento y que nos larguemos juntos. ¿Te parece bien?

—No.

—Antes que nada, mejor que me digas francamente si te busca la policía. Llevan un millón de años buscándome en París, y en el resto del mundo lo que quieren es perderme de vista, no hay nada que yo no sepa sobre ese tema.

—Querido amigo mío —dijo Noel, tranquilamente—. Me parece que estás cogiendo el rábano por las hojas.

—Pero venías a pedirme consejo.

—Sí, eso es, he pensado que quizá podrías ponerme en contacto con alguna chica rica a la que le apeteciese casarse conmigo.

—Debo reconocer que esta sí que es buena. Para empezar, si tuviese la suerte de conocer a alguna chica rica, ¿tú crees que te la pasaría a ti? Además, no creo que haya nacido la chica que quisiera casarse contigo.

—¡Oh! ¡Tonterías! Las chicas se casan con cualquiera. Además, soy un tipo bastante atractivo, ¿sabes?

—No mucho. En cualquier caso, déjame que te diga una cosa. Cortejar a herederas es una ocupación sumamente onerosa. Antes no me ha dado tiempo a contar exactamente cuánto dinero has logrado sacar de la caja, pero estoy casi seguro de que no bastará para financiar un tinglado

de ese tipo. Mira, tú no sabes a lo que te expones con estas chicas: noches de fiesta, almuerzos, orquídeas, fines de semana en cualquier punto de Europa, y eso es solo el principio; he pasado por eso, sé de qué hablo. Supongo que lo peor de todo —prosiguió, cada vez más animado con el tema— son las llamadas de teléfono a primera hora de la mañana. El tesorito precioso, reclinado en sus almohadones de encaje, adora tener una agradable y larga conversación íntima entre las nueve y las diez de la mañana, y no es consciente de que tú, entretanto, estás tiritando en mitad de la escalera de tu casera con la vieja criada frotando el linóleo alrededor de tus pies. ¿Y cómo acaba todo? Cuando se case con su príncipe rumano quizá se acuerde de pedirte que seas uno de esos guapos caballeros jóvenes que indican a los invitados cómo encontrar sus asientos en las bodas. Es todo espantosamente tétrico, te lo digo yo.

—¡Qué bien hablas! —exclamó Noel con admiración—. Como un libro. Me pregunto por qué no escribes uno.

—Lo haré, cuando cumpla treinta años. Nadie debería escribir un libro antes de los treinta. Detesto la precocidad. A ver, cuéntame, Noel, ¿cómo has conseguido todo ese dinero?

—Bueno, si de verdad quieres saberlo, se ha muerto una tía mía. Me ha dejado algo de dinero.

—Eso no es más que un puro embuste, claro. Las herencias nunca le caen a la gente que uno conoce. Es como lo de ver fantasmas o que te toque la lotería; uno nunca conoce a personas a quienes les haya ocurrido, solo a personas que conocen a otras personas a quienes les ha ocurrido. Bueno, ¿cuánto te ha dejado?

—Tres mil trescientas catorce libras.

—¿Me lo puedes repetir?

—Tres mil trescientas catorce libras.

—¿Lías dicho tres mil trescientas catorce libras?

—Así es.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—¿Crees que tu tía estaba en pleno uso de sus facultades mentales cuando hizo ese testamento?

—No cabe duda de que lo estaba.

—¡Qué cifra tan rara! Bueno, viejo amigo, te felicito de todo corazón. ¿Y qué me dices de las catorce libras?

—¿Qué pasa con ellas?

—¿No has pensado que tres mil trescientas libras suena mucho mejor sin esa coletilla de catorce libras? Hasta parece más dinero, creo yo; las catorce libras lo estropean todo. De hecho, por una curiosa coincidencia, catorce libras es la cantidad exacta que le debo a mi casera.

—Ah, no me digas —repuso Noel con tono aburrido—. Ahora, ¿quieres que te cuente lo que me dije cuando me llamó el abogado para este asunto? Me dije, nada de regalos en efectivo para ninguno de vosotros, y lo mantengo, así que basta ya.

—Eso es sumamente sensato por tu parte. ¿De modo que tienes la intención de dedicar la totalidad de esos ahorrillos a la persecución de herederas?

—Me gustaría mucho encontrar una chica agradable y casarme con ella, si te refieres a eso.

—Es una apuesta muy arriesgada. Más vale que apuestes todo tu dinero a un caballo y que dejes de torturarte ahora mismo.

—No me estoy torturando en absoluto. Tengo intención de llevar una vida descansada y lujosa

durante los próximos seis meses aproximadamente, a razón de seis mil seiscientas veintiocho libras al año.

—Y después, una vida descansada y sumisa, a razón de todavía más dinero. Eh de reconocer que resulta una perspectiva bastante agradable, solo que no conoces a ninguna heredera.

—Todavía no. Pensaba que quizá tú sí.

—Pásame el *brandy*, viejo amigo.

—En ese caso... —concluyó Noel, llamando al camarero—. La cuenta, por favor. En ese caso, creo que ya es hora de que me vaya. Ya llevo demasiado rato viéndote beber este carísimo *brandy*.

—Espera —dijo Jasper con tono ofendido—, dale tiempo a este viejo para pensar, se me acaba de ocurrir una idea... Pásame el *brandy*, viejo amigo. —Se sirvió él mismo, vertiendo descuidadamente el *brandy* y salpicando toda la copa, y añadió—: El Jolly Roger.

—¿Qué Jolly Roger?

—Es una posada de Chalford en la que me alojé una vez que hui de mi piso para no pagar el alquiler. Un sitio pequeñito muy mono, una camarera pequeñita muy mona, creo recordar... Minnie o Winnie o algo así.

—Gracias, yo también conozco un montón de camareras pequeñitas muy monas. No es eso lo que estoy buscando en la actualidad. Voy a tener que marcharme.

—¿Qué tal si me dejas acabar lo que estaba diciendo?

—Discúlpame.

—A poco más de un kilómetro del pueblo de Chalford se encuentra la entrada de Chalford Park, y allí vive la chica que según tengo entendido es la mayor heredera de Inglaterra, Eugenia Malmain. No pude insinuarme entonces porque ella era menor de edad; hace unos cuatro años de eso. Aunque ahora ya debe de tener los diecisiete cumplidos. Nadie sabe nada de ella porque vive con sus abuelos, que están chiflados, y tengo entendido que ella misma está bastante chiflada.

—Eso no importa. No puede estar más chiflada que las chicas que uno se encuentra por ahí en Londres. No me parece que valga la pena investigar el asunto, pero quizás vaya a pasar un fin de semana en esa fonda en algún momento. ¿Dónde está Chalford?

—A unos quince kilómetros de Rackenbridge, ahí queda la estación. Lo mejor es coger el tren de las 4:45 desde Paddington.

—Bueno, muchas gracias, viejo amigo. Hasta pronto, espero.

—Lo mismo digo. Muchas gracias por la deliciosa cena.

Se despidieron como si tal cosa. Sin embargo, ninguno de los dos ignoraba las verdaderas intenciones del otro, y Noel no se sorprendió en absoluto cuando, al llegar a Paddington al día siguiente para coger el tren de las 11:50 a Rackenbridge, se encontró a Jasper esperándole en el andén.

Noel le prestó con pesar la libra necesaria para comprar el billete de tren y lo siguió cariacontecido hasta el vagón restaurante de primera clase. Los chicos pobres que acaban de recibir la noticia de una jugosa aunque moderada herencia deberían saber que telefonar a Jasper Aspect no es una buena idea.

«Toda la culpa es mía», pensó Noel con tristeza.

—Britanos, ¡despertad! ¡Alzaos! ¡Oh, león británico! —exclamó Eugenia Malmains con tono fervoroso.

Estaba de pie sobre una tina puesta boca abajo en la plaza de Chalford y arengaba a una docena de ancianos del pueblo. El pelo liso, cortado con flequillo, los grandes ojos azul claro, la tez morena, un cuerpo bien proporcionado y unas facciones clásicas, combinados con cierto fanatismo gestual, le daban un aire a lo Juana de Arco moderna.

Llevaba una falda de lana gris demasiado grande, sin inedias, un par de raídas zapatillas de lona y un jersey que parecía hecho con una bandera británica. Se había ceñido un cinturón de cuero del que colgaba una gran daga reluciente.

Noel Foster y Jasper Aspect estaban dando un paseo por el pueblo mientras esperaban a que abrieran los bares. Hay que tener en cuenta que el verdadero aficionado a los bares casi nunca se conforma con tomarse las cervezas en su hotel, donde puede hacerlo confortablemente a cualquier hora del día; siempre espera con impaciencia el momento en el que abra algún otro local.

A esto se llamaba reptar de bar en bar, un deporte al que son muy aficionados los caballeros de las clases acomodadas.

De repente se encontraron con la divina aparición de Eugenia Malmains encima de su tina. Quedaron boquiabiertos.

—Esa es la chica que buscamos —dijo Jasper de pronto—, es Eugenia. En un primer momento no la he reconocido. Debo decir que se ha convertido en una mujer extraordinariamente hermosa desde la última vez que la vi, pero es evidente que está bastante chiflada, tal como te conté. No se puede tener todo en esta vida. ¿Te importa si yo también me le declaro, viejo amigo?

—Sí, me importa, ni se te ocurra —repuso Noel hoscamente—, y cállate de una vez que quiero oír lo que está diciendo.

—El movimiento de la bandera Union Jack, nuestra bandera tricolor, es un movimiento de la juventud —exclamó Eugenia apasionadamente—, estamos cansados de los viejos. Ya no vemos las cosas a través de sus ojos. No encontramos nada admirable en ese club de ancianos corruptos llamado Parlamento que mete a nuestro gran imperio en guerras o en tratados, que va arrancando una a una las joyas de su corona, que deja naufragar sus gloriosas colonias, su supremacía marítima, hasta ahora innegable, su prosperidad y su prestigio en el extranjero, y todo a merced de

los volubles caprichos de las amantes de esos hombres de Estado que ya han rebasado los ochenta...

En ese momento una señora muy mayor se acercó a la multitud, se abrió paso a empujones y empezó a tirar de la falda de Eugenia.

—Eugenia, pequeña —dijo entrecortadamente—, baja de esa tina, te lo ruego, por favor, baja ahora mismo. ¡Oh, no sé qué pasará cuando su señoría se entere de esto!

—Márchate, Nanny —espetó Eugenia, que en el fragor de la oratoria apenas había advertido la interrupción, y prosiguió—: ¿Cómo va nadie a sentir lealtad hacia esos tarados inobles? ¿Cómo va a arder el sagrado fuego del patriotismo en ningún pecho con un Estado dirigido por esos patanes apáticos? Britanos, os suplico que hagáis algo. ¡Oh, león británico, sacúdete las redes que te aprisionan! —En ese momento, la señora mayor volvió a tirarle de la falda. Sin embargo, esta vez Eugenia se volvió hacia ella y le rugió—: Lárgate, pacifista asquerosa, lárgate, te digo, y llévate a tu pandilla de mafiosos navajeros. En mis mítines habrá libertad de expresión. Bueno, ¿te irás por las buenas o debo pedir a los camaradas que te echen? ¿Dónde están mis camisas tricolores?

Dos jovencitos desgarbados vestidos con camisas rojas, blancas y azules, los colores de la bandera británica, dieron un paso adelante, saludaron a Eugenia y, agarrándole cada uno una mano a Nanny, la acompañaron hasta un banco cercano en el que se quedó sentada con aspecto apesadumbrado pero sin oponer resistencia hasta el final del discurso.

—Nosotros, los camisas tricolores —comentó Eugenia al público en general—, insistimos en nuestro derecho a ser escuchados sin interrupciones en nuestros propios mítines. Dejemos que los pacifistas —y lanzó en ese punto una mirada malévola en la dirección de Nanny— organicen sus propios mítines, no los obstaculizaremos en absoluto, pero si intentan disolver los nuestros, que lo hagan bajo su propia responsabilidad. A ver, dónde estaba... ¡Ah, sí! El patriotismo es una de las virtudes primigenias de la humanidad. Si permitimos que se atrofie, una parte muy valiosa de la naturaleza humana perecerá. Desgraciadamente, esto es lo que está ocurriendo en la actualidad en nuestra desventurada isla y en otros países que, como nosotros, languidecen bajo el debilitado influjo de unas democracias putrefactas. El respeto por los padres, el amor por el hogar y la veneración del vínculo matrimonial están de saldo en Inglaterra; la sociedad está corrompida por el vicio, el egoísmo y la indolencia. Los ricos se han traicionado a sí mismos al preferir la fétida atmósfera de los bares y los clubes nocturnos a la sensatez de la provechosa vida en el campo. Las grandes casas de Inglaterra, uno de sus más envidiados atributos, se han quedado vacías... ¿Por qué? Porque las grandes familias de Inglaterra viven apelonadas en pisos de lujo y dilapidan su patrimonio en los juzgados de familia. Los pobres no son mejores que los ricos, también ellos han aprendido a ponerse a sí mismos antes que el Estado, y satisfechos con el pan y el circo que les van lanzando sus políticos, tampoco dan ningún paso para lograr mejorar el espíritu de esta desdichada tierra.

—La chica es una lunática, pero estúpida no es —comentó Jasper.

—Amigos míos, ¿cómo podemos salvarnos? ¿Quién puede sacar al país de la ciénaga de desánimo en la que está sumido desde hace ya demasiado tiempo e impulsarlo hacia una utopía que nuestros corruptos gobernantes no han podido ni imaginar en sus sueños más descabellados? El que apunte más alto será el que logre el objetivo más ambicioso, pero ¿cómo van a poder esos viejos dipsómanos alcanzar algún objetivo? Tienen los dedos anquilosados por la gota..., no

pueden apuntar; tienen la vista nublada por la edad..., no pueden distinguir el objetivo. Lo máximo que pueden esperar es seguir arrastrándose por los pasillos de Westminster como tortugas fatigadas calentándose a la falsa lumbre de su mutua aprobación.

—Me está gustando esto —dijo Jasper—, el hermano de mi padre es diputado.

—¿Qué ocurriría entonces si saliese un verdadero sol, un sol capaz de carbonizar a todos los que no son honestos? ¿Qué ocurriría si un verdadero capitán, un hombre, y no una tortuga, apareciese de repente junto a la cabecera de esas camas adúlteras, con una taza de aceite de ricino en una mano y una copa de cicuta en la otra, y les diese a elegir entre la ignominia y una muerte romana?

»¡Britanos! Ese día está ciertamente a la vuelta de la esquina. Corren nuevos aires en el extranjero: un vino joven que no será vertido en odres viejos. Los britanos están recuperando por fin la cordura, el león británico está abriendo sus fauces para rugir, la disposición de ánimo que nosotros llamamos socialunionismo salvará a este país de su vergonzosa apatía. Muy pronto resonarán en vuestras calles las pisadas de los batallones tricolores, muy pronto la época de los políticos con corazón de gelatina será historia, muy pronto todos viviremos en una Inglaterra gloriosa bajo el dominio sensato, severo y caritativo de nuestro capitán.

—¡Hurra! —gritó Jasper, aplaudiendo ruidosamente aquella conmovedora perorata—. ¡Eso, eso! ¡Bien dicho!

Los aldeanos se volvieron hacia él y lo miraron, atónitos, Eugenia le brindó una sonrisa radiante.

—Bien, britanos —prosiguió—, ¿tenéis alguna pregunta? Si así es, dedicaré diez minutos a responderlas.

Los aldeanos se quedaron ahí de pie, sin saber qué hacer. Finalmente, uno de ellos se quitó una brizna de paja de la boca y comentó que estaba seguro de que a todos les había gustado mucho el discurso de la señorita Eugenia, y que qué tal estaba su señoría de la alergia.

—Mejor, gracias —respondió Eugenia educadamente—, en julio siempre desaparece, ¿sabe? —Parecía decepcionada—. ¿No hay más preguntas? En ese caso, quiero anunciar algo. Cualquier persona que desee unirse al Movimiento Tricolor puede hacerlo dirigiéndose a mí, aquí o en Chalford Elouse. Se les solicitará un pago de nueve peniques al mes, la camisa tricolor cuesta cinco chelines y la insignia, seis peniques. ¿Alguien desea afiliarse ahora?

Los aldeanos empezaron a dispersarse inmediatamente. Ya le pagaban dos chelines al año a *lady* Chalford para financiar al Partido Conservador, y dos peniques a la semana para la Asociación de Enfermeras; no veían por lo tanto razón alguna para que la familia Maintains se tragara más dinero del que ganaban con el sudor de su frente. Por su parte, Jasper y Noel no dejaron pasar esa providencial oportunidad de congraciarse con la heredera. Dieron un paso al frente y anunciaron a coro que estaban ansiosos por ser reclutados. El rostro de Eugenia se iluminó con una sonrisa absolutamente radiante.

—Ah, muy bien —dijo, bajando de la tina. Entonces se remangó la falda y reveló un par de pantalones de montar de cuyo bolsillo sacó dos cartillas de reclutamiento y una pluma estilográfica—. Tenéis que firmar aquí..., ¿veis? Debéis prometer que obedeceréis al capitán en todo y pagar nueve peniques.

—Lo prometo —dijo Jasper.

—Muy bien, muy bien —dijo Noel—, supongo que no hay ningún problema, pero vamos a ver,

¿quién es ese capitán? ¿Es un tipo agradable? ¿No podría prometer obedecerle en casi todo? ¿Y si me pide que haga algo muy raro?

Eugenia lo miró con el ceño fruncido mientras acariciaba la daga.

—Ándate con ojo —dijo con tono sombrío—. Esa no es manera de hablar del capitán.

—Lo siento muchísimo —repuso Noel, dirigiendo una mirada nerviosa al arma—. No volveré a hacerlo nunca más. Muy bien, pues, aquí tienes los nueve peniques.

—Préstame un chelín, viejo amigo —pidió Jasper.

—Lo siento, viejo amigo —contestó Noel.

—No seas sinvergüenza, canalla —dijo Jasper, dándole un suave puntapié en la espinilla.

—¡Oye, tú, no me des patadas! —exclamó Noel.

La mirada de Eugenia fue del uno al otro. Quedó claro que sentía más simpatía por Jasper.

—¿Estás desempleado, tal vez? —quiso saber—. Porque en ese caso son solo cuatro peniques.

—¿Que si estoy desempleado? ¡Desempleado es mi nombre! Préstame cuatro peniques, viejo amigo.

—Lo siento, viejo amigo.

—Ya te presto yo los cuatro peniques —anunció Eugenia de repente—, pero tendrás que devolvérmelos pronto, porque lo que en realidad iba a hacer esta tarde cuando he bajado al pueblo era comprar dos tabletas de chocolate a dos peniques en la tienda.

—¿Dos tabletas de qué?

—De chocolate, claro está.

Naturalmente, Noel, al oír eso, se sintió obligado a darle los cuatro peniques a Jasper. A continuación, Eugenia le convenció para que pagara las camisas tricolores de los dos, así como las pequeñas insignias. Él pensó que el destino, como siempre, le era favorable a Jasper, el favorito de Eugenia, evidentemente, y que para acabar de arreglarlo sugirió que fuesen a la tienda del pueblo en busca de las tabletas de a dos peniques. Mientras Noel pagaba las tabletas se dio cuenta de que quien recibía el reconocimiento por ello era Jasper. Decidió que era necesario devolver a aquel viejo lobo de mar a Londres lo antes posible.

—No os había visto nunca, ¿vivís por aquí? —le preguntó Eugenia a Noel cuando salían de la tienda del pueblo mascando las tabletas de a dos peniques.

—No, estamos hospedados en el Jolly Roger, vamos a quedarnos unas semanas, al menos yo me voy a quedar unas semanas. Mi amigo, el señor Aspect, tiene que marcharse mañana a primera hora. Es una lástima.

—No te lo creas —intervino Jasper secamente—, ahora que te he conocido, no me pienso marchar. Ni en broma.

—¡Ah! Estupendo —dijo Eugenia—; habría sido una pena que te marchases ahora que acabas de alistarte en el Movimiento y eso. Necesito chicos como tú en este pueblo: entusiastas, activos, enérgicos.

—Así soy yo —convino Jasper.

—Además, tú no estarás ocupado todo el día haciendo otras cosas. Tengo algunos sujetos maravillosos en mi destacamento, pero son todos chicos trabajadores, claro, excepto mis dos paladines de los camisas tricolores que acabáis de ver encargándose de esa vieja pacifista. Me ha parecido que se comportaban con gran valentía; ella los hubiese rajado en menos que canta un

gallo, al parecer esa pandilla no tiene reparos en utilizar trucos sucios. Sí, lo que necesitamos por aquí es gente ociosa y educada, como vosotros, para el reclutamiento y el trabajo de campo. Por eso me alegro especialmente de que os quedéis.

—Supongo que eres Eugenia Malmains —dijo Jasper—. Solía verte pasear a caballo por el pueblo hace años, cuando todavía no tenías edad para... cuando eras pequeña, ¿sabes? Por entonces vivías sola con tus abuelos.

—Sigo viviendo con ellos, por desgracia.

—¿Siempre estás aquí? ¿No vas nunca a Londres?

—No. Mira, L. P. V. (así llamo siempre a mi abuela, significa La Pobre Vieja) dice que si fuésemos a Londres, allí nadie nos dirigiría la palabra. E. P. V. (El Pobre Viejo, ese es mi abuelo) solía ir a la Cámara de los Lores antes de su infarto. Como está sordo como una tapia, daba bastante igual que la gente le hablase o no. A mí también me daría igual, porque sé que los camaradas del partido tricolor sí que me hablarían. L. P. V. está obsesionada con eso.

—¿Tú quieres ir?

—Claro que quiero. Vería al capitán; además, podría desfilar con los batallones de la bandera tricolor.

—¿Quién es el capitán?

—El capitán Jack, fundador del Movimiento Socialunionista y capitán de los camisas tricolores —respondió Eugenia, levantando la mano en señal de saludo.

—¿Porqué no te casas y te marchas de aquí?

—Gracias, pero estoy casada con el movimiento. ¡Oh, maldita sea! Aquí está Nanny otra vez, tengo que marcharme. —Se llevó las manos a la boca y llamó con una inflexión de voz particular —: *Vivian Jackson*.

Un pequeño caballo negro sin silla de montar ni brida se acercó hasta ella trotando, seguido de un mastín enorme.

—Este es *Vivian Jackson*, mi caballo —explicó—. Mi perro se llama *Reichshund*, como el perro de Bismarck, ¿sabéis? Adiós. —Se encaramó de un brinco a la grupa del caballo, le dio una sonora palmada en un costado del cuello y emprendió el galope en dirección a Chalford Park.

—Que Dios bendiga a nuestros ingleses excéntricos —dijo Jasper—. Vamos, viejo amigo, ya deben de haber abierto.

—¿Qué hay de nuevo? —quiso saber Noel.

Entró en el jardín del Jolly Roger acalorado y de mal humor después de un largo paseo. Cuando Noel estaba en el campo siempre se procuraba grandes dosis de aire fresco y de ejercicio. Pensaba que convenía cuidarse. Jasper, que pensaba que convenía divertirse, estaba allí sentado, fumando cigarrillos y leyendo los periódicos de la mañana, que al parecer podían llegar a aquel remoto pueblo, junto con el correo, a cualquier hora entre las diez de la mañana y las cuatro de la tarde.

—Han encontrado otro cuerpo en otro maletero, y ayer por la noche, a última hora, llegaron dos chicas sumamente bonitas. Al parecer tienen intención de quedarse varios días... Justo lo que necesitábamos.

—No veo por qué —repuso Noel de mal talante—. Tenemos a Eugenia.

—Justamente. Mira, viejo amigo, cuantos más seamos, más nos divertiremos. Barriga llena, corazón contento. El trabajo compartido es más llevadero. Y esas cosas. Tampoco está mal lo del cuerpo, me refiero al del maletero. De hecho, diría que en conjunto estoy hecho para este sitio.

—¿Ah, sí?

—Sí. También he mantenido una conversación de tres minutos con Eugenia antes de que Nanny nos alcanzara. Una chica encantadora, supongo que me casaré con ella.

—Jasper, viejo amigo, hay algo que debo decirte. No me resulta demasiado fácil, pero creo que nos conocemos desde hace suficiente tiempo para poder decirte lo que pienso.

—Tienes razón, viejo amigo, no te preocupes. Estoy esperando que me llegue algo de dinero en cualquier momento... Te prometo que no te pediré ni un penique más.

Noel exhaló un profundo suspiro. Habría debido prever que no iba a ser fácil deshacerse de aquel viejo lobo de mar.

—¿Y qué cuenta Eugenia? —preguntó levemente irritado.

—De todo, cosas como que nos gobiernan amantes de hombres de Estado que ya pasan de los ochenta. Debo reconocer que es una idea impactante, ¿no te parece?

—¿Quiénes pasan de los ochenta, los gobernantes o sus amantes?

—Ah, ya veo. He de acordarme de preguntárselo en algún momento. Sean quienes sean, tenemos que librarnos de todos ellos. Les espera la ignominia o una muerte romana. Bueno..., por

fin ha llegado la cerveza..., ¿quieres una, viejo amigo? Dos cervezas más, por favor, señorita, y cárguelo todo a la cuenta de la habitación seis.

—De la habitación ocho —dijo Noel. La suya era la seis.

—¿Anda! ¿Ahora vas a ser mezquino conmigo? —dijo Jasper—. Cargue dos a la habitación seis y una a la habitación ocho, y cargue los periódicos a la seis... Mala cosa, viejo amigo, tarde o temprano tendrás que leer lo del maletero, ¿sabes? Debo decir que no me gustan nada estas tacañerías.

—A mí tampoco —se apresuró a responder Noel—. Mira, Jasper, voy a darte esto para tu billete de vuelta a Londres y pagaré tu cuenta una vez te hayas ido. ¿Qué te parece?

—Muy generoso por tu parte —contestó Jasper, metiéndose los treinta chelines en el billetero y enfrascándose de nuevo en los truculentos detalles de los asesinatos del maletero.

Ese mismo día, Jasper le comentó a Noel:

—Mira, me parece que hay algo muy raro en esas dos chicas. Para empezar, se han inscrito en el registro como señorita Smith y señorita Jones, ambas de Rickmansworth. Vaya cuento chino. Además, han alquilado una sala de estar privada, lo cual me parece extraño. Pero lo más raro de todo es que la que dice llamarse señorita Jones ha pasado toda la tarde en el jardín descosiendo coronas ducales de sus enaguas y de sus camisones. Todo el asunto me parece bastante sospechoso.

—¿Cómo sabes que eran coronas ducales?

—Amigo mío, reconozco una corona ducal en cuanto la veo. No olvides que mi abuelo es duque.

—Pero no practica.

—No, eso es lo único que no debe hacer, practicar. No hay muchas oportunidades para practicar cuando uno lleva treinta y cinco años encerrado en el manicomio, ¿no?

—Exacto. Los duques que están encerrados no cuentan, del mismo modo que los duques arruinados tampoco cuentan.

—Bueno, de todos modos, cuente o no, estoy seguro de que a él le da igual.

—Continúa con las enaguas de la señorita Jones, ¿quieres?

—En cuanto he tenido la seguridad de que estaba descosiendo algún tipo de emblema (no lo veía tan bien como hubiese querido, a través del seto), he subido pitando a su habitación, la número cuatro, delante del baño, y había coronas ducales por todas partes. Incluso en los cepillos y los peines, el cuarto entero es un hervidero de hojas de fresa. ¡Y vaya joyas tiene tiradas por el tocador! También he encontrado dos libras en efectivo, en el bolsillo de un impermeable viejo... No creo que vaya a echarlas de menos.

—Debes de andar bien de dinero, ahora.

—Mmm... Pero no me digas que no es increíble lo de la señorita Jones. ¿Es una duquesa fugitiva, la doncella fugitiva de una duquesa, o qué? En fin, te invitaré a una copa en el Rose Revived. Eugenia debe de estar a punto de llegar, le prometí que nos reuniríamos con ella en la puerta de la tienda de las tabletas a dos peniques.

Sin embargo, Eugenia estaba en medio de una penosa entrevista con La Pobre Vieja, su abuela, que se había enterado de sus actividades recientes.

—Hijita mía, no puedo permitir que andes de aquí para allá por el pueblo como una criada —decía L. P. V. con más tristeza que enfado—, hablando con desconocidos y, peor todavía, aceptando sus golosinas. Además, me he enterado de que has vuelto a montar ese poni tuyo a horcajadas... Ya no eres una cría, querida, y una señorita no debe montar de ese modo. ¿Qué pensará de ti la gente del pueblo? Culpo a tu niñera por todo esto y me culpo a mí misma; difícilmente te puedo culpar a ti, Eugenia. Después de todo, tu madre era una perversa pecadora, y la mala sangre acaba por aflorar tarde o temprano.

—Yo no soy nada mala —repuso Eugenia con gesto hosco—. Nunca peco, y estaría encantada de dar la vida por el capitán.

Lady Chalford, que supuso vagamente que Eugenia se refería a Dios, pareció incómoda. A sus ojos, el fervor religioso era algo casi tan chocante como el desenfreno sexual, y tenía la sospecha de que existía una relación entre ambos. Muchas de las mujeres más depravadas que había conocido en sus tiempos de vida social eran profunda y ostentadamente religiosas.

Ella también acudía a la iglesia, naturalmente, ya que opinaba que era un deber patriótico, pero no abrigaba sentimiento particular alguno hacia Dios, al que consideraba, conjuntamente con el rey, cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Sin embargo, si la chiquilla estaba realmente obsesionada con la religión, una tendencia que *lady Chalford* no había advertido antes en ella y que suponía de reciente aparición, quizá se estaba todavía a tiempo de evitar que siguiera los pasos de su madre. *Lady Chalford* se preguntó si era o no aconsejable llamar al párroco. Entretanto, hizo un esfuerzo y dijo tímidamente:

—El Capitán siempre mostró obediencia hacia quienes tenían la autoridad. Intenta seguir su ejemplo, Eugenia.

—No estoy en absoluto de acuerdo —fue la respuesta de Eugenia—. Las ideas del capitán son absolutamente revolucionarias absolutamente, y no tiene por qué obedecer a nadie, siendo como es un líder.

Lady Chalford sabía que no estaba capacitada para una discusión teológica de esa clase. Decidió que lo indicado sería llamar al párroco.

—Démosle al César lo que es del César —dijo vagamente—. Supongo que si sigues Sus designios, no podrá ocurrirte nada demasiado grave. Pero reza para que no vuelva a enterarme de que correteas por el pueblo y hablas con desconocidos, o acabarás como tu madre.

—¿Cómo acabó? —preguntó Eugenia con vehemente interés.

Lady Chalford no cayó en la trampa. Aquel no era un tema de discusión adecuado, y todavía menos para los oídos de una jovencita a quien concernía tan directamente. Tendría que pronunciarse la desagradable palabra «divorcio» y dar a entender otras todavía peores. Tarde o temprano, naturalmente, habría que informar a Eugenia, pero sin duda sería mejor que fuese su propio marido quien le diese la noticia, si el destino era lo bastante benevolente para darle un marido. A *lady Chalford* la atormentaban tristes premoniciones sobre ese tema: estaba segura de que ningún buen hombre desearía casarse con la hija de la madre de Eugenia, era más probable que le hiciesen otra clase de proposiciones.

—Vete a tu habitación hasta la hora de cenar. Estoy muy enfadada contigo.

—Vieja estúpida —masculló Eugenia por lo bajo.

Sin embargo, obedeció. En realidad, hasta que los socialunionistas aparecieron para llenar el aburrido vacío que imperaba en su vida, Eugenia siempre había obedecido a sus abuelos en todo.

Nunca se le había pasado por la cabeza hacer otra cosa.

Así pues, Jasper y Noel la esperaron en vano en la puerta de la tienda de las tabletas de a dos peniques. Con todo, no les faltó distracción. Acababan de apostarse ante la tienda *Ye Olde Stocks* (que llevaba el nombre del cepo de tortura que algún amante entusiasta del campo había plantado en los jardines del centro del pueblo hacia 1890, y que desde entonces se había convertido en cebo para americanos) cuando aparecieron las señoritas Smith y Jones en busca de aspirinas, jabón y el periódico del día. Las dos primeras cosas se podían conseguir, no así la última. La señorita Smith y la señorita Jones salieron de la tienda lamentándose amargamente de este hecho. Jasper vio la oportunidad y la aprovechó.

—Permítame que le preste mi *Daily Mail* —dijo, dirigiéndose a la ducal señorita Jones mientras con la mirada incluía a la bastante más seductora señorita Smith en la conversación.

—Oh, gracias, es usted muy amable —respondió la señorita Smith.

La señorita Jones casi le arrancó el periódico de las manos. Entonces empezó a pasar las páginas a toda velocidad mientras la señorita Smith miraba ansiosamente por encima de su hombro. Parecían estar buscando una noticia en particular.

—El segundo cuerpo en un maletero viene en las páginas centrales —dijo Jasper en voz baja—. Las damas desaparecidas, en la página ocho.

Sendas expresiones de horror aparecieron en los rostros de la señorita Smith y la señorita Jones.

—¿Qué damas desaparecidas? —preguntó la señorita Smith con voz temblorosa.

—Las que la policía sospecha que pueden aparecer en otros maleteros —explicó Jasper, mirándolas con expresión pensativa. Parecieron muy aliviadas al oír eso—. ¿Un cigarrillo?

La señorita Smith aceptó uno. La señorita Jones no fumaba. Siguieron examinando el periódico con cierta desgana, pero, al no encontrar nada que fuese de su interés, se lo devolvieron a Jasper.

—Como al parecer estamos usando el mismo baño y esas cosas, ¿qué tal si nos presentamos? Yo soy Jasper Aspect y este es Noel Foster, que ha venido a pasar unos días de reposo absoluto. No se encuentra nada bien últimamente, está exhausto.

Noel le lanzó una mirada a Jasper que, si las miradas matasen, lo habría matado. Demasiado tarde, el daño ya estaba hecho. No serviría de nada protestar o desmentirlo. Había dado la impresión, que ya había quedado debidamente grabada, de ser un hipocondríaco aburrido. Una vez más se maldijo por haber permitido que Jasper formara parte de esa aventura. Solo, hubiera podido enfrentarse a todas las situaciones que surgieran dando una imagen bastante romántica. Pero Jasper era siempre demasiado rápido para él. Apretó los dientes y consideró la venganza; después de todo, financieramente hablando tenía la sartén por el mango.

Por lo visto, la señorita Smith se llamaba Poppy. Dio muestras de sentirse atraída por Jasper y de compadecer a Noel, cuya presentación probablemente no le había parecido muy atractiva. La señorita Jones no dio su nombre, y tampoco se unió a la conversación que tuvo lugar a continuación; se quedó ahí de pie, tamborileando en su bolso con sus dedos largos y blancos, como si estuviese ansiosa por marcharse.

La señorita Smith quiso saber cuánto tiempo iba a quedarse Jasper en el Jolly Roger.

—Supongo que nos quedaremos unas cuantas semanas. Yo estoy llevando a cabo una investigación en el vecindario, de naturaleza muy delicada e interesante, y Noel tiene su cura. Lo ha pasado muy mal últimamente... La tía con la que vivía se murió de repente.

La señorita Smith dijo que lo lamentaba. A Noel se lo llevaban los demonios. Acababan de etiquetarlo como un joven delicado que siempre había vivido con su tía, una mujer a la que en realidad había visto tres o cuatro veces en su vida.

—¿Y ustedes? —prosiguió Jasper—. ¿Cuánto tiempo piensan pasar aquí?

Al parecer, a la señorita Smith le gustaba Chalford, pero a la señorita Jones no.

—Mi amiga —dijo la señorita Smith con bastante nerviosismo—, esto... la señorita Jones, opina que el Jolly Roger es muy incómodo. Como habrán visto, la bañera no está empotrada, y no está acostumbrada a compartir el baño con otra gente. Y las camas, además, son bastante duras.

—No tenía ni idea de que Rickmansworth fuese famoso por sus sibaritas —comentó Jasper.

—¿Rickmansworth? —preguntó la señorita Smith distraídamente, y entonces, recuperando la compostura, añadió—: ¡Ah! Se refiere a Rickmansworth, el sitio del que venimos... ¿Acaso el apego a las comodidades básicas de la vida cotidiana está delimitado por fronteras geográficas? No lo había oído nunca.

—El Jolly Roger cuenta con las comodidades básicas de la vida cotidiana, y de sobra. El sitio está limpio, la comida se deja comer, la cerveza es extraordinariamente buena; en cuanto a la bañera, el agua suele estar calentita y muy agradable, ¿saben?, y ahora que veo que han comprado un poco de jabón, todos podremos darnos un buen lavado.

La señorita Jones se estremeció. Abriendo la boca por primera vez, dijo con una especie de gemido agudo que iba a ponerse crema en la cara y a echarse un rato. Acto seguido, se marchó a toda prisa. Jasper advirtió que, en el meñique de la mano izquierda, la señorita Smith llevaba lo que sin duda era una alianza de pequeños brillantes. No le molestó nada que así fuera, y le propuso dar un paseo juntos.

Fue entonces cuando Noel, deambulando solo y deprimido, se encontró con la señora Lace, la belleza local.

Cada zona rural tiene su belleza local, y Chalford no era una excepción a la regla. Sin embargo, Anne-Marie Lace no era exactamente la típica mujercita desvaída y esponjosa cuyos grandes ojos azules atraen a las carreras de caballos o a las canchas de tenis a una tropa de admiradores que va menguando con el paso de los años. Ella carecía de habilidades deportivas, tenía pretensiones intelectuales, era ambiciosa y realmente guapa. Su tragedia era haber nacido y haberse criado y casado en el campo.

En Londres, con su belleza y su enérgico deseo de complacer, hubiese podido entrar sin problema en los círculos que tanto admiraba, esos círculos semiintelectuales muy fotografiados y bastante comentados en los diarios. Incluso en los alrededores de Chalford, por muy angosto que fuese su campo de acción, era una especie de estrella, conocida entre la alta sociedad de muchos kilómetros a la redonda como «la guapa señora Lace». Sabía, para su satisfacción, que la mayoría de las mujeres le tenían antipatía, mientras que sus maridos, bárbaros maleducados a los que despreciaba, la encontraban adorable, aunque demasiado intelectual. Aquello la complacía, y todavía la complacía más la adoración incondicional que ponían a sus pies diez o doce enclenques jovencitos que cada verano formaban una especie de colonia artística en unas casas de campo con techo de paja al lado de Rackenbridge. Pensaban que era rica, asistían a un montón de comidas gratis bajo su techo y la retrataban en deficientes cuadros en las poses más extravagantes. También la ayudaban a diseñar su ropa, tema local de conversación inagotable, pues la señora Lace era incapaz de resistir la tentación de llevar a cabo los quehaceres cotidianos vestida con rebuscados disfraces. El terciopelo negro, el gorro de piel y los pendientes de una gran duquesa rusa, los verdes y los amarillos azulados de una bailarina de Bakst, miriñaque de tafetán y tiara Alexandra, túnica y pantalones de mandarín: todos y cada uno de esos artículos hacían su aparición en los momentos menos oportunos, levantando entre las vecinas vestidas de *tweed* una tormenta de discusiones y críticas cuyos ecos llegaban hasta la señora Lace y no le disgustaban en absoluto.

Sin embargo, la señora Lace era una mujer profundamente insatisfecha: ni su casa, ni su marido, ni sus hijas le daban la más mínima satisfacción. La casa, Comberry Manor, había pertenecido a los padres del comandante Lace y era muy anodina. La señora Lace suplicó en vano que le dejaran redecorarla a su gusto para, así, dar voz a la faceta estética de su naturaleza

pintando de blanco todas las paredes y haciendo envejecer todos los muebles.

El comandante Lace se negó a gastar un solo penique en aquel propósito; le gustaba mucho su casa tal como estaba, así que la pobre señora Lace no tuvo más remedio que limitar sus actividades al baño, empapelándolo por entero con fotos de *Vogue* y colocando una cortina de hule. Lo hizo con sus propias manos, bajo la supervisión de un joven con inquietudes artísticas de Rackenbridge llamado señor Leader.

Anne-Marie y sus satélites consideraban al marido un terrible pelmazo, una pesadez para su exquisita esposa. En realidad, era un buen hombre, sencillo y normal, con pocas ideas aparte de lo relacionado con el apareamiento adecuado para sus galardonadas vacas Jersey. Ya no estaba enamorado de Anne-Marie, pero la seguía viendo a través de los ojos de ella, se sentía orgulloso de su belleza y consideraba que era el espejo de la moda y el molde de la elegancia. Sin embargo, eso no significaba que mostrase la indulgencia necesaria con su temperamento artístico; a menudo, cuando su mujer estaba de mal humor, la irritaba profundamente que le dijera «no seas tan gruñona, mujer» y se marchara con gran estrépito a los establos. En tales ocasiones, ella anhelaba vengarse de él con secretas infidelidades, pero los chicos de Rackenbridge, si bien le profesaban encantados amor eterno, eran holgazanes y no parecían ni considerar la posibilidad del adulterio.

Por consiguiente, la pequeña Caroline y la pequeña Romola tenían el cabello rubio, la cara redonda y los ojos azul claro del comandante, y hacían gala, al igual que él, de personalidades impasibles y poco imaginativas. Eran una gran decepción para su madre.

En cuanto la señora Lace se enteró por la vieja gobernanta del comandante Lace, que vivía en una de sus casitas y era muy chismosa, de que al Jolly Roger habían llegado cuatro personas, todas jóvenes, se dirigió inmediatamente hacia allí para echar un vistazo al libro de visitas. En muchos aspectos, el Jolly Roger era superior al típico hostel de pueblo: tenía buena reputación por su comida inglesa, su limpieza y su correcta bodega, y por ese motivo, de vez en cuando, contaba con huéspedes bastante importantes. Lo frecuentaban escritores, actores, anticuarios y miembros distinguidos de varias profesiones cuyos nombres atesoraba el señor Birk, el dueño; pero aunque Anne-Marie siempre estaba atenta al libro de visitas, los huéspedes solían ser demasiado mayores y sus visitas, demasiado breves para serle de alguna utilidad. Ese día las firmas parecían más prometedoras. Ciertamente nunca había oído hablar de Noel Foster o de las sibaritas de Rickmansworth; en cambio, el nombre de Jasper Aspect le era familiar. Decidió en el acto irse a casa a cambiarse de ropa, pues en aquel momento iba vestida al estilo Paris-Plage. Probablemente, el señor Aspect, una figura conocida en los círculos de la alta sociedad, estaba harto de tanta sofisticación y mostraría más interés por algo sencillo y con encanto rural. Su vestido de campesina austriacotirolesa encajaría a la perfección. Encantada con aquel sutil razonamiento, salió disparada hacia Comberry. Sin embargo, se encontró con Noel en la plaza del pueblo, y como no quería perder tiempo, lo abordó utilizando una vieja táctica.

—Discúlpeme —dijo—, ¿ha visto usted a dos niñas bastante monas en una carreta tirada por burros?

Noel no las había visto. Era de esperar puesto que, como la señora Lace sabía muy bien, las niñas en cuestión estaban en casa, jugando en el jardín, donde habían pasado todo el día.

—¡Oh, esos diablillos! —continuó alegremente—. No puede imaginarse lo terrorífico que es tener una familia. Hacen las cosas más enervantes del mundo. ¿Dónde diantre se habrán metido ahora esas *petites méchancetés*?

Y le hizo ojitos a Noel, que comentó, como estaba previsto, que no se la veía lo bastante mayor para tener una familia.

—¿Yo? Soy viejísima. En realidad, podría decirse que me casé al salir del parvulario. — Exhaló un suspiro y, iras abrir los ojos todo lo que daban de sí, bajó la mirada.

Pobre niña, pobre criaturita exquisita, atrapada en los rigores del matrimonio antes de saber nada sobre la vida y el amor. Los instintos más caballerosos de Noel se despertaron; pensó que era sumamente hermosa, y mucho más su tipo que la señorita Smith, la señorita Jones o Eugenia. Agradeció que, por una vez, Jasper no anduviese por ahí.

—¿Quién es usted? —preguntó la señora Lace con tono encantador—. Quizá haya llegado volando por arte de magia hasta la plaza de nuestro pueblo. En fin, espero que no desaparezca en una nube de humo. *Espérons que non*. Prométame que no hará usted eso.

Noel se lo prometió. Entonces la acompañó hasta Comberry Manor, bebió vino de prímula y escuchó un montón de cosas sobre la señora Lace.

Estaba felizmente casada, dijo, con un hombre apuesto llamado Hubert Lace, que era un encanto, pero terriblemente celoso, egoísta, codicioso y tacaño. La señora Lace no pronunció esas desagradables palabras, sino que las sirvió con una espumosa salsa de almibarado parloteo: Como ese marido suyo tan encantador era también ligeramente bobo, no entendía en absoluto las inclinaciones artísticas de Anne-Marie, y por lo tanto rila no tenía más remedio que concentrarse en su jardín, sus hijas y los consuelos del intelecto. A causa de su nombre, Anne-Marie, del acento ligeramente extranjero, de los curiosos giros que utilizaba y de su apariencia general, Noel supuso que no era del todo inglesa. Sin embargo, estaba equivocado.

Durante los primeros veinte años de su vida había vivido en una vicaría de pueblo con el nombre de Bella Drage. Como era una chica imaginativa y emprendedora, convenció a su padre para que la mandara a París a un curso de canto. Él logró reunir suficiente dinero para que pasara seis meses allí, después de los cuales regresó convertida en Anne-Marie de nombre y Anne-Marie de fondo. Poco tiempo después de aquella metamorfosis, conoció a Hubert Lace, que en un baile del club de caza cayó rendido ante su vestido largo y suelto, su peinado eduardiano y sus repentinas, aunque incorrectas, incursiones en la lengua francesa. Puso su corazón y su fortuna a sus pies. Bella Drage era lo bastante astuta para advertir sus pocas probabilidades de encontrar un partido mejor, pero no fue lo bastante astuta para prever la vena obstinada que tenía el comandante y que le hizo mantener con firmeza su negativa a vivir en cualquier otro lugar que no fuese Comberry. Ahora sabía que no podría cumplir su ambición de recibir a elegantes bohemios en Londres mientras estuviese casada con él. Una de sus ensoñaciones favoritas consistía en imaginar la muerte de Hubert, tal vez corneado por un toro Jersey o despedazado por uno de aquellos cerdos blancos de tamaño medio que, por un capricho del comandante, se habían criado alimentándose en los campos de coles en vez de en los comederos habituales, y eran propensos a sufrir unos ataques de locura tremendos. Después del funeral y de un tiempo razonable de luto, una interesante viuda joven revolucionaría Londres. Nunca se le pasaba por la cabeza la posibilidad de un divorcio como alternativa al fallecimiento del pobre Hubert. Su infancia en la vicaría había dejado huella y la señora Lace era, en el fondo, una personita respetable.

Ninguna de estas verdades resultó evidente para Noel. El vio lo que se suponía que debía ver: una criatura vital y apasionada viviendo en un entorno inadecuado, un colibrí en una jaula oxidada, una gardenia en una ciénaga fangosa, la Mariana de lord Tennyson. Eugenia se

desvaneció como una fantasía y, por él, como si la señorita Smith y la señorita Jones no hubiesen nacido nunca. Jasper podía retomar el lugar que le correspondía como adulator sin un céntimo; finalmente, Noel había logrado superarle y encontrar por sus propios medios una joya de mujer.

Hablaron y hablaron mientras bebían vino de prímula, y Noel empezó a darse cuenta de que su perla era tan culta como guapa. Le dijo que estaba estudiando la críptica poesía del periodo de Restauración y los primeros romances franceses, que se sabía a Proust de memoria (manifestó una afligida sorpresa cuando él reconoció haber leído solo *Por la parte de Swann*, y encima en inglés), y también a D. H. Lawrence, Strindberg, Ibsen; a estos dos últimos prefería leerlos en francés.

En pintura, su gusto, al parecer, era ecléctico. Los primitivos, el Renacimiento holandés e italiano, la escuela inglesa, los impresionistas franceses, los surrealistas, todo le interesaba; en música, su exquisita sensibilidad resultaba evidente. Solo le gustaban Bach, Brahms y Beethoven. Para ella, Wagner era simplemente un sonido feo y Chopin, un tintineo sentimental. Le dijo que había nacido en la época equivocada, que ella solo habría sido feliz en el siglo XVIII, ya que esa época bulliciosa, esos mecanizados años treinta no le decían nada; se sentía aburrida, perpleja e infeliz.

Noel estaba fascinado. Se dijo que nunca hasta entonces había conocido a una mujer hermosa que al mismo tiempo fuese una esteta nata. Bebió gran cantidad de vino de prímula y regresó al Jolly Roger bastante mareado, pero por lo demás tremendamente eufórico.

Se reunió con Jasper en el comedor. El señor Birk le dijo con tono de reproche que hacía rato que la cena estaba lista. Jasper le dio una nota de Eugenia que acababa de llegar; iba dirigida al camisa tricolor Aspect y al camisa tricolor Foster.

¡Salve! La asquerosa vieja pacifista de mi abuela me ha encerrado en mi habitación porque me vieron hablando con vosotros. Abusa de mí y me pisotea del mismo modo que Francia, durante años, ha abusado de Alemania y la ha pisoteado. No importa. Alemania ya se ha alzado y yo no tardaré en alzarme y ese día amanecerá rojo sangre. El destino de los enemigos del socialunionismo será terrible, que la pobre vieja se ande con cuidado. Me encontraré con vosotros mañana a las cuatro en punto en la puerta de la tienda de tabletas de a dos peniques.

Un abrazo socialunionista,

Eugenia Malmains

El documento estaba adornado con una esvástica, una bandera británica y una calavera con tibias cruzadas, cuidadosamente dibujadas en tinta negra.

—Es una buena chica —comentó Jasper con la boca llena—. Espero casarme con ella algún día. Noel, viejo amigo, ¿sabes qué te digo?, estoy enamorado.

Noel se sintió profundamente irritado ante aquella afirmación que desinflaba su propia noticia.

—Yo también —dijo.

—Buen chico —repuso Jasper.

Siguieron comiendo en silencio durante unos minutos.

—Achuchar a mi señorita Smith es un riesgo encantador —prosiguió Jasper—. Se retuerce de

un modo delicioso cuando uno la besa. Estoy locamente enamorado.

Noel pensó que no tenía sentido mencionar que todavía no había besado a su amada. Entonces se preguntó por qué demonios no lo había hecho, y se dijo que la chica, aunque perfecta en muchos sentidos, debía carecer de iniciativa.

—Mi chica se llama Anne-Marie —dijo—, Anne-Marie Lace, es maravillosa.

—¿Cómo la has conquistado? —preguntó Jasper con interés.

—Nos hemos conocido en la plaza del pueblo —explicó Noel con altivez—; estaba buscando a sus hijas.

—¿Y se retuerce cuando la besas?

—No exactamente. Es una criatura fascinante, una intelectual nata. Hemos mantenido una larga conversación sobre arte y literatura.

—Parece una auténtica pelmaza —opinó Jasper—. Si algo no soporto son las mujeres con cultura. La señorita Smith lee el *Strand Magazine* y odia a los extranjeros.

Eso es todo lo que he descubierto sobre su intelecto, pero no hay nada que no sepa sobre sus reacciones fisiológicas. Es adorable, mi señorita Smith, la quiero un montón... ¡Caramba, cómo la quiero!

Noel sintió celos. Empezaba a parecer que Jasper miraba más a la señorita Smith de lo que él, Noel, amaba más a la señora Lace. Aquello le pareció aburridísimo, y deseó más que nunca que Jasper regresase a Londres.

—Espera a conocer a Anne-Marie —dijo enfadado—. Hará que la tal señorita Smith parezca... parezca..., bueno, una tableta de chocolate de dos peniques.

—Exactamente —repuso Jasper—. La señorita Smith es para mí lo que una tableta de chocolate de dos peniques para Eugenia; no se puede pedir más.

—Lo más extraordinario de Anne-Marie es su original y maravillosa presencia. Su belleza es distinta de la que estamos acostumbrados a ver. Supongo que es un exquisito producto de su entorno, no tiene nada que ver con las elegantes mujeres de Londres.

—Ah, ya veo, una lechera grandota, corpulenta y de mejillas sonrosadas. No es para nada mi tipo, lo reconozco.

—¡Oh, en absoluto! —exclamó Noel con una sonrisa de superioridad—. Podría decirse que es una belleza singular. Es muy pálida y tiene un aspecto delicado, y hay algo raro en ella, como de otra época. Una *Dame aux Camelias*, por decirlo de algún modo.

—Ah, una tuberculosa, ¿verdad? —dijo Jasper—. Ándate con cuidado, viejo amigo.

Al día siguiente, el misterio de las hojas de fresa de la señorita Jones quedó resuelto. Jasper entró en la habitación de Noel con los diarios de la mañana justo antes del almuerzo y le enseñó con regocijo las grandes fotografías de la señorita Jones que aparecían en todos ellos con titulares como «Hoy habría sido el día de su boda», «Zumo de naranja en vez de flores de azahar» o «La desgracia de la hija del conde muerto». Los artículos anunciaban, con histeria o con dignidad, según el calibre de los periódicos, que *lady* Marjorie Merrith, cuya boda con el duque de Dartford hubiera debido celebrarse ese mismo día, se había visto obligada a posponer el enlace indefinidamente porque había sufrido un ataque de escarlatina y estaría por lo tanto en cuarentena durante las siguientes seis semanas; *lady* Marjorie Merrith se encontraba bien, dadas las circunstancias. A continuación explicaban que era la hija de la condesa de Fitzpuglington y del difunto conde, cuya trágica muerte en el desastre del *Titanic* convirtió a su esposa en viuda antes de dar a luz y a su única hija en huérfana al nacer.

—Pues teniendo eso en cuenta, tiene bastante buen aspecto —comentó Noel. Se sentía todavía más torpe que de costumbre, ya que había estado despierto hasta las cinco de la madrugada hablando de amor con Jasper.

—¿Teniendo en cuenta qué?

—Teniendo en cuenta que tiene escarlatina.

—Escarlatina, ¡y un pimiento! Chico, intenta concentrarte un poco. ¿Cómo voy a ayudarte si tú no pones nada de tu parte? ¿Puedes prestarme un poco de atención inteligente durante unos minutos? Todo esto es muy interesante desde nuestra perspectiva. Lo que ha ocurrido está muy claro: o bien ella no puede casarse con el duque, o bien el duque no puede casarse con ella (da lo mismo), y han decidido, o ha decidido ella por su cuenta, que la única manera de romper el compromiso en el último momento era fingir una enfermedad con una larga cuarentena. Bien. Lo interesante desde nuestro punto de vista es esto: probablemente, después de Eugenia Malmain, *lady* Marjorie Merrith (la señorita Jones) es la heredera más rica de Inglaterra. Creo que es fabulosamente rica. Y aquí estamos nosotros, dos holgazanes de cuidado con dos enormes fortunas delante de nuestras narices, a nuestra disposición, y sabe Dios que las necesitamos.

—¿Qué te hace pensar que están a nuestra disposición?

—En el caso de Eugenia me parece obvio. Se casaría con cualquiera para perder de vista a

L. P. V. En el caso de *lady M.*, tenemos un poderoso aliado en el despecho. Es increíble lo que puede llegar a hacer una chica por despecho. Pero lo que quiero que entiendas es que ahora debemos trazar un plan de combate... No es buena idea que ambos vayamos a por las dos, eso solo acabaría con los dos sin nada. Así que debemos elegir a quién preferimos cada uno. He pensado en dejarte elegir a ti primero con la condición de que sigas financiando todo este tinglado.

—Me niego en redondo a prestarte ni un centavo más, si es eso lo que estás insinuando.

Jasper exhaló un suspiro.

—En ese caso —dijo a regañadientes—, me veré obligado a quedarme aquí a pesar de ser insolvente, lo cual resultará incómodo para ti dadas las circunstancias, e intentaré seducir a la señora Lace.

Noel entendió la contundencia de aquel argumento. Jasper había acabado ya con más de un feliz romance.

—De hecho, viejo amigo —dijo con un tono de voz conciliador—, solo estaba bromeando. Me gusta que estés aquí, sería aburridísimo estar solo.

—Gracias —repuso Jasper—, pues elige la chica que quieras, ¿de acuerdo? Estoy ansioso por poner manos a la obra.

—Me duele la cabeza —dijo Noel—. Deja que me vuelva a la cama, por favor.

—Cómo no, en cuanto hayas elegido. Pero piénsalo bien, no toleraré que después andes cambiando de opinión. Eugenia es más rica, más guapa y está más loca; la señorita Jones viste mejor, es más presentable pero yo diría que en conjunto es peor que la otra. ¿Con cuál te quedas?

—Pareces haber olvidado que ya estoy enamorado —dijo Noel con ingenua dignidad.

—Anda, déjate de historias. Yo también estoy enamorado. Pero ¿crees que voy a dejar que eso se interponga en mi camino? No es probable. A veces, amigo mío, no hay más remedio que poner al amor en su sitio, como emoción inmoral y antisocial que es; y esta es una de esas veces. Venga, elige de una vez.

—Me quedo con Eugenia —farfulló Noel, metiéndose en la cama—; lo que sea con tal de tener una vida tranquila.

—Una vida tranquila es lo que menos puedes esperar de esa chica, pero como tú quieras, claro está. Ahora iré a vestirme de punta en blanco, *tres snob pour le sport*, y a perseguir a la escurridiza *lady Marjorie*. Me pregunto si ya se habrá levantado; nunca he conocido a una chica que pase tanto tiempo en la cama: se va a dormir temprano, se levanta tarde y pasa la mayor parte del día echada con cremas en la cara.

Cuando salió, Noel le dijo a gritos que no quería almorzar y se dispuso una vez más a dormir.

Diez minutos después, Jasper, contraviniendo sus planes, estaba besando a la señorita Smith al fondo del jardín.

—Querida señorita Smith, ¿sabe que estoy locamente enamorado de usted?

—¿De veras, querido señor Aspect? Es usted de lo más amable.

—Querida señorita Smith, ¿podría decirme quién es usted?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque resulta que me interesa.

—Bueno, soy muchas cosas diferentes. En este momento soy sencillamente una confidente, por lo visto.

—¿De *lady* Marjorie?

—¡Ah! Ya te has enterado, ¿verdad? Sí, soy su confidente. Si Marge se vuelve loca vestida de raso blanco con flores en el pelo, yo me vuelvo loca vestida de lino blanco y con hebras de paja en el pelo (alusión literaria); en eso estamos en la actualidad.

—Sí, ya veo. ¿Quién es tu marido?

—Se llama Anthony Saint Julien, yo me llamo Poppy Saint Julien. Llámame Poppy si quieres.

—Gracias, pero para mí eres la señorita Smith. ¿Dónde está Anthony Saint Julien?

—Tomándose un cóctel antes de comer en algún sitio, diría yo.

—¿Está al corriente de que Poppy Saint Julien ha estado besando a Jasper Aspect bajo un sauce a primera hora de la mañana?

—No. Pero si lo supiera, no le importaría —respondió la señora Saint Julien.

—Caramba, sí que es un hombre apático. Ahora cuéntamelo todo sobre la heroína.

—Solo es una heroína, ya sabes.

—¿En qué sentido es heroica?

—Quiero decir que no es normal como tú y yo. Solo es posible considerarla una egoísta monstruosa o una heroína. Para mí es una heroína. Sus guantes siempre están mucho más limpios que los de los demás, y esa es una cualidad que admiro.

—Sí, ya veo. ¿Y por qué no se casó con el duque?

—Con Marge nunca se sabe por qué hace esto o aquello o lo de más allá. Su mente no discurre por los cauces habituales. De repente, anteayer, decidió mandarlo todo a paseo, y entonces vinimos aquí.

—Algunas personas no reconocen la suerte que tienen —opinó Jasper.

—Eso le dije yo. Marge, le dije, dentro de tres días, si me haces caso, serás duquesa. No es necesario que lo confieres un fin en sí mismo, pero piensa que es un buen trampolín para todas las cosas que a una le encantaría ser..., una duquesa por partida doble, por ejemplo, algo tremendamente *chic*; pero no puedes ser una duquesa por partida doble si no eres primero una duquesa corriente, no puedes casarte con un segundo duque si no ha habido un primero, ¿entiendes? Y piensa en lo agradable que sería ser una duquesa viuda, o incluso una duquesa divorciada.

—O incluso una duquesa anciana —añadió Jasper.

—Pero no sirvió para nada, ni siquiera me escuchó. Al parecer, lo que está buscando en este momento es un romance, o alguna tontería por el estilo... Supongo que la chica ha estado leyendo basura. Así que dejó las típicas notas en su alfiletero, una para Osborne Dartford y una para su mamá, y es tan ingenua como para imaginar que no descubrirán dónde nos escondemos, así que no se lo digas a nadie relevante, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Y que nadie se entere de que..., bueno..., ya sabes...

—¿De qué estáis huyendo, quieres decir?

—Eso.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero que llegue a oídos de Anthony Saint Julien.

—Pensaba que habías dicho que no le importaría.

—No le importaría en absoluto, al contrario, estaría encantado. Quiere divorciarse de mí porque se ha encaprichado de una debutante.

—Debe de estar chiflado —dijo Jasper—. Si yo tuviese una esposa tan encantadora como tú, ni me acercaría a las debutantes.

—Vaya, eres un encanto.

—No soy en absoluto un encanto, pero estoy cuerdo. ¿Así que no te gusta la idea de que Anthony Saint Julien se divorcie de ti?

—Claro que no, ¿cómo va a gustarme? Que se divorcien de una dama es de lo más inusual, ya lo sabes, y además yo no tengo dinero para mantenerme.

—¿Y por qué el abyecto canalla de Anthony Saint Julien no deja que te divorcies tú de él?

—Porque al parecer a las debutantes no les gusta casarse con caballeros divorciados. Ni come ni deja comer, se entiende.

—Parece una timba de *whist* —comentó Jasper—. La dama que gana avanza una mesa y el caballero que pierde recula. Creo que tu marido es un sinvergüenza, señorita Smith, y si hay una clase de hombre que yo deteste son los sinvergüenzas.

—Gracias —repuso Poppy Saint Julien—, eres un verdadero encanto.

—Soy el encanto en persona. Buenos días, señorita Jones, ¿cómo ha dormido?

—Espantosamente, gracias —respondió *lady* Marjorie—. Debería probar mi cama.

—¡Oh! Me encantaría hacerlo, dentro de un rato. Usted, querida amiga, debe de ser una verdadera princesa, ¿eh?

—¿Desde cuándo soy su querida amiga?

—Supongo que tiene razón —admitió Jasper—. Por cierto, esta mañana hay montones de artículos sobre usted en los periódicos, naranjada en vez de flores de azahar. ¿Lo ha visto?

—Sí, gracias, lo he visto.

—Me parece, querida, que no estoy del todo de acuerdo con la despreocupación con la que malgasta usted los duques.

—Muchas gracias. Para mí es irrelevante lo que usted piense sobre mis asuntos. Y le ruego que no me llame «querida».

Hubo un breve silencio. Jasper deseaba dedicarse a conciencia a la conquista de la señorita Jones, pero se sentía inexplicablemente cohibido por la presencia de la señorita Smith. Se enfureció consigo mismo por su debilidad y temió que evidenciara la presencia de algún sentimiento real.

—¿Dónde está su amigo? —quiso saber la señora Saint Julien.

—¿Noel? No anda muy fino. Al pobre se le ha ocurrido enamorarse de una belleza local.

—Hablando de bellezas locales —dijo la señora Saint Julien—, tengo una misteriosa prima que vive en esta zona. Se llama Eugenia Malmain, y que yo sepa nadie la ha visto nunca; he pensado que ya que estoy aquí podía intentar conocerla.

—Eso es lo más sencillo del mundo —dijo Jasper—. Si esta tarde a las cuatro en punto está usted en la entrada de la tienda de tabletas de chocolate a dos peniques, le presentaré a su prima Eugenia Malmain.

Aquel día hacía un calor sofocante. Jasper, Noel y las dos señoritas se sentaron bajo un gran limero en la plaza del pueblo y se dieron cuenta de que no tenían gran cosa que decirse. A Jasper, que tenía un montón de intereses en común con la señora Saint Julien cuando estaba a solas con ella, y que estaba seguro de haber podido causar una impresión muy satisfactoria en *lady* Marjorie en las mismas circunstancias, le resultaba extrañamente difícil tratar a las dos a la vez. La presencia de Noel también entorpecía bastante su estilo. *Lady* Marjorie y la señora Saint Julien charlaban indolentemente, mientras Jasper esperaba su oportunidad y Noel reflexionaba en silencio sobre dónde, cuándo y cómo se declararía a la señora Lace.

A las cuatro en punto, llegó Eugenia recorriendo la calle principal del pueblo con los andares de una diosa victoriosa y seguida de cerca por *Vivian Jackson y Reichshund*.

—¡Salve! —exclamó levantando el brazo en el saludo del socialunionismo.

A Noel se le escapó la risa ante aquella forma tan marcial de saludar.

Eugenia lo miró con el ceño fruncido.

—Camisa tricolor Foster —dijo con severidad—, ándate con cuidado, es la segunda vez que te llamo la atención. Si sigues riéndote a expensas de nuestro movimiento, me veré obligada a degradarte delante de tus camaradas. De hecho, cortaré todos tus botones con mi propia daga.

—Claro que sí —intervino Jasper—, ignominia o una muerte romana para el camisa tricolor Foster. Señorita Eugenia, te presento a tu prima, la señora Saint Julien, y a *lady* Marjorie Merrith. Se hospedan en el Jolly Roger como nosotros.

—¡Salve! —exclamó Eugenia. Las saludó a las dos y les estrecho la mano—. Estoy muy contenta de que estéis aquí. Necesitamos desesperadamente miembros para la sección femenina del pueblo, ¿podrías ayudarme a organizarla?

—Estaremos encantadas —repuso Poppy. Se sentía atraída por su prima.

—Camisa tricolor Aspect —prosiguió Eugenia—, tengo un mensaje para ti de L. P. V. Dice que tu pobre abuelo era uno de sus mejores amigos y que desea conocerte. ¿Te va bien venir hoy a tomar el té a Chalford House?

—Perfectamente bien —contestó Jasper—. Acepto encantado.

—Quizá a mi prima le apetecerá venir también.

—Gracias, me gustaría mucho —respondió Poppy Saint Julien.

Eugenia invitó entonces a los demás, sin demasiado entusiasmo. Claramente esperaba que declinasen la oferta, y así lo hicieron. Noel había quedado en ir a visitar a la señora Lace a la hora del té; *lady* Marjorie dijo que tenía que ir a ponerse cremas en la cara y a echarse un rato.

Los otros tres se pusieron en marcha, con *Vivian Jackson y Reichshund* pisándoles los talones.

—¿Está lejos? —quiso saber la señora Saint Julien.

—¡Oh, no! —respondió Eugenia.

Aquello no tranquilizó demasiado a su prima. Eugenia caminaba a grandes zancadas y daba la impresión de que, para ella, treinta kilómetros no fueran más que un pequeño paseo. Sin embargo, al cabo de poco llegaron a las puertas de Chalford Park, que eran grandes y hermosas y estaban coronadas por un arco de mármol de estilo barroco. Las casas del guarda, una a cada lado, eran pequeños templos circulares. En el interior del parque se respiraba una atmósfera de irrealidad. Recorrieron una avenida de olmos que pendían en el aire soñoliento como grandes globos verdes.

La superficie del sendero estaba en perfecto estado, aunque ligeramente teñida de musgo verde; era evidente que por allí no circulaba demasiado tráfico rodado.

—¿Nos estamos acercando al palacio de la Bella Durmiente? —murmuró Jasper.

—Veréis la casa cuando llegemos al final de la cuesta —explicó Eugenia.

Parecía un poco ansiosa, como si esperase ardientemente que les gustara. No habría debido preocuparse. Cuando la casa apareció ante sus ojos, resultó la visión más maravillosa que hubieran podido imaginar. Construida en estilo paladiano con mármol rosa pálido, consistía en una cúpula central flanqueada por dos más pequeñas a las que quedaba unida por columnatas relucientes. El conjunto se elevaba por encima del nivel del paseo, y se accedía a la entrada por una inmensa escalera curva de mármol. Detrás de la casa había un lago resplandeciente, más allá, un jardín francés de setos recortados, césped y estatuas, y al fondo de la escena se veía el pálido pero penetrante azul del lejano horizonte.

—¡Santo cielo! —exclamó Jasper, una vez hubo recuperado el habla.

—¿Os parece bonita? —preguntó Eugenia—. A mí sí. Yo creo que es la casa más bonita del mundo, pero claro, no he visto muchas más.

—No he visto nunca, en ningún país, una que se le pueda comparar —dijo Poppy.

Se dirigieron lentamente hacia la casa.

—Bajo el régimen socialunionista —dijo Jasper—, tu capitán debería dictar una ley que obligara a que todas las casas realmente bonitas estuvieran bien conservadas y ocupadas. Una de las características más espantosas de nuestra época es que se están destruyendo muchas casas; se permite que queden abandonadas y en ruinas, o, todavía peor, se ceden al proletariado para verse convertidas en tiendas de postales o quioscos de helados. Es algo innoble. Una casa bonita debería ser el escenario de una mujer bonita, de sus amantes y quizá de unos cuantos niños frágiles pero exquisitos.

Eugenia le lanzó una mirada reprobatoria.

—Bajo nuestro régimen —corrigió—, las mujeres no tendrán amantes. Tendrán un marido y montones de niños arios y sanos. Creo que has olvidado las enseñanzas de nuestro capitán, camisa tricolor Aspect.

Poppy Saint Julien añadió:

—No entiendo nada de política, pero estoy segura de que Hitler debe de ser un hombre maravilloso. ¿Verdad que ha prohibido que las mujeres alemanas trabajen en despachos y les ha dicho que no tendrán que volver a preocuparse nunca de nada, excepto de arreglar las flores? Lo deben de adorar.

—En efecto —repuso Eugenia—, *Heil Hitler!* Prima Poppy Saint Julien, debes alistarte inmediatamente en los camisas tricolores. Son nueve peniques al mes, la camisa tricolor cuesta cinco chelines, y la insignia, seis peniques. Ya hemos llegado.

Vivian Jackson y Reichsbund los siguieron en el ascenso de la curva escalera de mármol, pero al llegar arriba, Eugenia, con una palabra, los hizo dar media vuelta y volver a bajar.

—Quedaos ahí —ordenó por encima del hombro, y condujo a Poppy y a Jasper hasta una enorme habitación abovedada, de un azul tan intenso que parecía una balsa en una laguna del Mediterráneo, y ellos, unos pececillos nadando en ella.

Lady Chalford estaba sentada en el otro extremo de aquella inmensidad azul celeste, dispuesta a servir el té de una tetera dorada de exquisito diseño. Se parecía bastante al retrato que Whistler

hizo de su madre.

Si *lady* Chalford era una especie de reliquia de una época remota, una pieza de museo de considerable antigüedad, no era tanto porque le pesaran los años como porque su discurso, su atuendo y su mentalidad no habían cambiado desde antes de la guerra. 1914 había marcado el ocaso de su existencia cuando todavía estaba en la flor de la vida.

Aquella calamidad mundial, sin embargo, tuvo poco o nada que ver con ese declive. A ojos de *lady* Chalford, había quedado totalmente eclipsada por el desastroso matrimonio que hizo su único hijo; para ella, su muerte en 1920 a causa de las heridas recibidas el día antes del Armisticio era un mal menor comparado con el hecho de su divorcio. Según los padres de lord Malmains, no importaba que hubiera sido él quien se divorció de su esposa; el oprobio de ella era el oprobio de él y el de ellos, y, para colmo de males, por la venas de la heredera de sus tierras y de sus títulos corría la contaminada sangre de una adúltera. En la familia Malmains no había sucedido nunca nada semejante. A lo largo de la historia, ninguna vergüenza de esa clase se había cernido jamás sobre aquellas orgullosas y ambiciosas cabezas cuyas efigies colgaban ahora en las paredes revestidas de brocado rosa de la galería de los retratos de lord Chalford.

Desde el desastre, *lady* Chalford no había vuelto a poner los pies más allá de las puertas de su parque. Lord Chalford, protegido por una armadura de sordera total y postrado desde hacía poco por un ataque de apoplejía, había cumplido con su deberes de legislador puntillosamente, pero cuando estaba en Londres se hospedaba siempre en su club, y hacía dieciséis largos años que la belleza casi sobrenatural de Malmains Palace, en Cheyne Walk, quedaba oculta de cualquier mirada humana que no fuera la del guarda.

A Eugenia la habían dejado a cargo de sus abuelos a los tres años, después de la muerte de su padre. Ellos no podían perdonarle lo que había sido su madre, y trataban a la pobre niña con una desconfianza que, sin embargo, se atenuó a medida que Eugenia fue creciendo y se convirtió en una especie de cariño compungido. Afortunadamente, su apariencia les facilitó las cosas, pues todas las mujeres Malmains eran grandes diosas rubias, y no guardaba el menor parecido con su pecadora nuera. Ahora que había cumplido diecisiete años, suponía un problema con el que la pobre *lady* Chalford se debatía denodadamente. ¿Qué iban a hacer con ella? Sería inútil que acudiera a la temporada social de Londres, pues ¿qué madre respetable invitaría a la hija del escándalo?, ¿qué joven decente le propondría matrimonio? (Hay que mencionar que *lady* Chalford

era un poquitín pesimista en su valoración de la actitud que la alta sociedad moderna de Londres adoptaba en relación con las herederas). Y, sin embargo, Eugenia tenía que casarse; Chalford House y la baronía de Malmain, que heredaría a su debido tiempo de su abuelo, necesitaban mi heredero.

Atormentada noche y día por estos problemas, *lady* Chalford se vio obligada a interrogar a Eugenia respecto a los dos jóvenes desconocidos con los que había entablado conversación tan despreocupadamente en la plaza del pueblo. De haber sido amigos adecuados para la niña, sin duda habrían esperado a ser presentados antes de dirigirse a una joven dama. Sin embargo, ¿era posible que los hubiese enviado a Chalford la clarividente providencia? *Lady* Chalford se mostró dispuesta a creer que ese era el caso cuando se enteró de que uno de ellos era el señor Jasper Aspect, nieto, lo confirmó con la guía *Debrett*, sí, nieto sin duda de su viejo amigo Driburgh, e hijo de la pequeña y adorable *lady* Venetia. Sintió una alegría inmensa, pues por fin tenía a mano a alguien de su propia clase, a alguien a quien consultar en igualdad de condiciones. Pensando alegremente en el futuro, se dijo que, incluso si deseara casarse con Eugenia, aquel matrimonio sería perfectamente apropiado, pues los Aspect, aunque ni remotamente ricos, eran una vieja familia de orígenes impecables.

Sin embargo, la alegría de *lady* Chalford al ver a Jasper se vio superada con creces cuando se enteró de la identidad de Poppy. Un miembro de su propia familia, una mujer casada y, además, de mundo; sin duda, Poppy podría aconsejarle qué medidas tomar para garantizar la futura felicidad de su nieta. Ahora podría hablar sin las reservas que se hubiese impuesto al discutir el caso con un caballero. Durante los primeros instantes no se percató en absoluto de la buena fortuna que había tenido. Se sintió tremendamente enfadada con Eugenia por haberle traído dos visitantes en lugar de uno como esperaba. Faltaban una taza y un plato, hubo que acercar otra silla. Fueron comprensibles los reparos de Eugenia en invitar a Marjorie y a Noel, un incidente así hubiese puesto prácticamente enferma a *lady* Chalford. Sin embargo, una vez instalados, declaró que estaba encantada de ver a Poppy.

—La nieta de Agatha —exclamó, abrazándola—. Cuando yo tenía diez años, Agatha y yo éramos inseparables. Recuerdo perfectamente que ambas llevábamos vestidos color ciruela de lana merina con preciosos botones dorados, del tamaño de un penique, en la parte delantera del corpiño. Cuando murió mi pobre tío abuelo, mamá cortó los botones dorados de mi vestido; aquello me disgustó mucho, ya que había esperado llevar luto en toda regla, como los adultos, y además aquellos botones me gustaban, sin ellos el vestido no era gran cosa. A los diecinueve años, Aggie era una chica preciosa. Frecuentábamos el mismo salón y allí todo el mundo hablaba de su belleza. Nunca olvidaré el aspecto que tenía el día de su boda. Todo el mundo la adoraba. El pobre Driburgh estaba tan locamente enamorado de ella que temimos que acabara con su vida cuando ella se casó con tu querido abuelo. Y a los veintidós años estaba muerta. Recuerdo que me enteré una semana después de comprometerme, aquello hizo que toda mi alegría se desvaneciera. Ahora pienso que quizá tuvo suerte de morir tan joven y todavía tan feliz. Estoy muy contenta de que hayas venido a visitarme, querida mía.

Poppy se sintió conmovida por aquel tributo a su abuela, que hasta aquel momento había sido para ella una figura sumamente enigmática.

—También estoy encantada de conocerle, señor Aspect. ¿Cómo está el pobre y querido Driburgh?

—Tengo entendido que está estupendamente —dijo Jasper—. Mi madre va a visitarle bastante a menudo.

Claro, Peersmont^[3] es un lugar maravilloso —dijo *lady* Chalford, refiriéndose a un manicomio que, como su nombre indica, se dedicaba exclusivamente al tratamiento de nobles chiflados—. A menudo me pregunto cómo nos las apañaríamos sin ese sitio. El hecho de saber que nuestros seres queridos están perfectamente atendidos en sus horas más difíciles es realmente importante. Supongo que sabes que no queda lejos de aquí; de hecho, creo que deberías ir a visitar a tu querido abuelo. Si decides hacerlo, estaré encantada de mandarte allí en uno de mis automóviles.

Jasper le dio las gracias y le dijo que aceptaba encantado su amable ofrecimiento. Procedió entonces a hacer muchas preguntas sobre Chalford Elouse, pero tuvo que contentarse con respuestas muy vagas, pues era evidente que *lady* Chalford no le prestaba más atención a la belleza del lugar que al aire que respiraba.

Sin embargo, después del té la dama dijo que, visto el interés que mostraba Jasper, Eugenia podía enseñarle las otras habitaciones y los cuadros, siempre que Nanny los acompañase.

—Quisiera tener una pequeña charla con mi querida Poppy —añadió, y seguidamente condujo a la señora Saint Julien escaleras arriba, hasta un pequeño tocador de estilo eduardiano. Era rosa y blanco, como un pastel de azúcar, con las paredes recubiertas de paneles de encaje blanco sobre satén rosa. Había dos *chaises-longues* sumamente cómodas tapizadas en brocado blanco ribeteado con capullos de rosa de seda rosa, varios silloncitos de satén rosa, cada uno con su correspondiente cojín de muselina azul adornado con lazos, y unas cuantas mesas auxiliares cubiertas de álbumes, de fotografías de damas de cejas tremendas con *canotiers* de paja en la cabeza, y de curiosidades de todo tipo. Poppy se dijo que no había visto nada tan encantador y femenino en su vida.

Durante la pequeña charla que siguió, *lady* Chalford vertió todas sus dudas sobre el futuro de Eugenia en los comprensivos oídos de Poppy.

—Ya ves, querida Poppy —concluyó—. ¿Qué me aconsejas hacer con esa pobre niña?

—Yo, personalmente, me inclinaría por llevarla a Londres —respondió Poppy—. Las cosas han cambiado mucho allí desde la guerra, y la gente ya no es tan estricta como antes.

—Tal vez sea ese el caso en ciertos círculos, querida —dijo *lady* Chalford con cierta frialdad—. Sin embargo, estoy convencida de que mis amigos y las personas que me gustaría que tratara mi nieta no la recibirían jamás. Y, de todos modos, incluso si la invitaran a sus casas por caridad o por amistad conmigo, sería muy doloroso para mí. ¿Qué ilusión podría hacerme, por ejemplo, presentar a la hija de una mujer divorciada en la corte? Por aquel entonces, el escándalo casi acabó con mi marido y conmigo; si Eugenia hiciese su debut en Londres, ese episodio nos sería recordado constantemente. Para empezar, ninguno de nosotros ha vuelto a poner los pies en Malmains Palace desde el último día de aquel juicio horrible. Además, piensa en la ansiedad que me causaría tener que ser su carabina. Eugenia es la hija de una mujer mala y perversa, no lo olvides nunca. No, te aseguro que me resultaría imposible presentarla en sociedad en Londres. Mi único deseo es que se case lo antes posible. Pero ¿con quién? Y este señor Aspect, por cierto, ¿qué intenciones crees que tiene?

—¡Oh! Estoy segura de que la considera tan solo una niña —respondió Poppy—. Es tan joven, ¿verdad?, y encima es joven para su edad. Yo no la casaría tan pronto, *lady* Chalford. Creo que

sería un error, si me permite decirlo. ¿Por qué no organiza recepciones para ella aquí? Una fiesta al aire libre, por ejemplo, y quizá más adelante, en otoño, un baile. Seguro que hay algunos jóvenes agradables en el vecindario.

Lady Chalford estuvo reflexionando durante unos instantes y a continuación dijo:

—Me parece un plan excelente, querida Poppy. Lo hablaré con mi marido esta noche, y si a él le parece bien, el mes próximo celebraremos una fiesta en el jardín para la niña. Pero, Poppy querida, has de prometerme que te quedarás aquí para ayudarme. Hace muchos años que no recibo, y queremos que sea una ocasión jovial. Mi querida Aggie tenía gran talento para organizar pícnic y cosas así; recuerdo vívidamente una encantadora expedición que organizó a una fuente de los deseos. Mi deseo fue casarme con el apuesto señor Howard (yo era muy joven por aquel entonces); pero como le conté mi deseo a Effie Cholmondely, nunca se cumplió, por supuesto. Y en la época navideña siempre hacíamos una presentación teatral. ¿Qué te parecería combinar algo de ese estilo con nuestra fiesta al aire libre? ¿Un espectáculo histórico, por ejemplo? He oído decir que están muy de moda hoy en día. Y de ese modo todos los jóvenes podrían participar.

—Me parece un idea espléndida —repuso Poppy.

—Estupendo, vamos a ver cómo lo organizamos. Por cierto, ¿dónde está tu marido, querida?

Poppy pensó que lo más prudente era decir que su marido se había quedado en Londres por negocios, pero que esperaba que se reuniese con ella en el Jolly Roger ni cabo de unos días.

—Mi amiga Marjorie Merrith está aquí, con su doncella —prosiguió, dando por segura la suposición de que *lady* Chalford no era lectora de diarios ilustrados.

—¡Ah, sí! —dijo *lady* Chalford—, tráela de visita algún día. El pobre Puggie (su padre) era muy amigo de mi querido Malmains. Pero, hija mía, ¿no es un poco osado que dos jóvenes como vosotras estén solas en un hostel? Ya sé que el Jolly Roger es un establecimiento muy respetable, pero aun así, no me parece muy apropiado. ¿No preferiríais instalaros aquí las dos hasta que llegue tu marido?

Poppy, sin embargo, pensando que la libertad era preferible al confort, puso excusas, y *lady* Chalford las aceptó bastante gentilmente. Poco después llegaron Jasper y Eugenia, que habían concluido la visita de la casa.

—Creo que ya es hora de irnos —dijo Poppy.

Cuando se hubieron marchado, *lady* Chalford se dirigió al dormitorio de su esposo y, gritándole en la trompetilla, lo informó de que Poppy era una chica encantadora con unos preciosos labios rojos y que le recordaba mucho a la querida Aggie.

—Solo temo —añadió—, que sea poco convencional en algunas de sus costumbres. Es evidente que ha venido a casa andando con el joven señor Aspect por toda compañía. Me pregunto si debo alentar su amistad con Eugenia.

Lord Chalford no hizo ningún comentario. Estaba, como siempre, tendido boca arriba, mirando fijamente el precioso y altísimo techo. *Lady* Chalford siempre lo consultaba antes de tomar cualquier decisión.

—En realidad —prosiguió—, quizá no debería volver a invitarla, quizá debería renunciar a esta idea de la fiesta y el espectáculo al aire libre.

Exhaló un suspiro, perfectamente consciente de que aquello era superior a sus fuerzas. Tras haber hecho su primera aparición, aquel joven y alegre rostro volvería a verse a menudo en Chalford House. Había traído a su vida una felicidad que hacía dieciséis años que no sentía, la

felicidad de charlar libre, íntima y extensamente con otra mujer.

Eugenia regresó al Jolly Roger con sus amigos. Sus animales también.

—Tu abuela me parece sencillamente un ángel —comentó Poppy.

—Lo es —repuso Eugenia—. Yo también le tengo afecto a la pobre vieja, pero nunca olvidaré lo mal que me ha tratado. No me dejó ir al colegio, ¿sabes?, y el resultado es que apenas sé griego. Logré aprender latín con el clérigo de Rackenbridge, pero solo después de montar un escándalo terrible. Ella nunca quiso que aprendiera.

—Dudo que hubieses aprendido mucho griego en el colegio, a juzgar por el analfabetismo total de las colegialas que he conocido —intervino Jasper.

—Después quise irme a Alemania a estudiar el nacionalsocialismo, pero también me lo impidió. La pobre vieja es un auténtico tormento para mí.

Poppy les habló del proyecto de la fiesta al aire libre y de la idea de *lady* Chalford de organizar una representación histórica al mismo tiempo; al oírlo, Eugenia se sumió en un estado de gran agitación.

—¿No os dais cuenta —exclamó— de que es una magnífica oportunidad para organizar un gran mitin socialunionista? Todos los camaradas (los camaradas camisas tricolores, quiero decir) de kilómetros a la redonda pueden actuar en la representación y ayudar en todo; estarán encantados. Luego haremos que la gente pague entrada y así recaudaremos mucho dinero para las arcas del partido.

—Eso no era exactamente lo que tenía en mente tu abuela, ¿sabes? —dijo Poppy sin mucha convicción.

—No, claro que no, pero no hay razón para que L. P. V. se entere nunca, es muy fácil enredarla para estas cosas. Pero ¡qué contentos se van a poner los camaradas! Camisa tricolor Aspect, cuento con tu apoyo para este asunto.

—Que así sea —repuso Jasper.

En el jardín del Jolly Roger se encontraron con Noel, que, acompañado de la señora Lace, esperaba con aire taciturno a que llegaran. Habría preferido quedarse su descubrimiento para él solo durante un tiempo más, pero la señora Lace, después de sonsacarle la verdadera identidad de la señorita Smith y la señorita Jones, se empeñó en conocerlas. Sin embargo, *lady* Marjorie seguía en la cama, descansando.

Una vez hechas las presentaciones, la señora Lace se mostró desmesuradamente efusiva con Poppy y se contoneó ante Jasper de un modo incitante, acrecentando los temores del pobre Noel. Era evidente que a Eugenia la consideraba solo una niña, indigna de su atención. A Jasper, la señora Lace le cayó mal desde el primer momento y, con gran descortesía, siguió hablando de la representación con Poppy como si estuviesen a solas.

—¿Una representación? —exclamó la señora Lace cuando entendió de qué estaban hablando tras escuchar ávidamente durante unos minutos—. ¿En Chalford Park? Pero esto es algo insólito. Nadie en el vecindario ha visto Chalford House desde el día... desde hace años y años —rectificó, mirando a Eugenia.

»Yo misma nunca he estado, a pesar de vivir tan cerca. Qué emocionante. No se olviden de darme un buen papel en la obra —añadió con aire de superioridad—, porque estudié

interpretación en París, con la gran Bernhardt, ¿saben?

—Y un cuerno —soltó Jasper, dirigiéndose a Poppy pero en voz bien alta.

Los demás pensaron que había ido demasiado lejos, y Poppy, que era una personita amable, se apresuró a decir que la señora Lace tendría el papel principal, naturalmente.

—También tienen que dejar que los ayude con el vestuario —prosiguió la señora Lace, haciéndole ojitos a Jasper—. Entre mi niñera y yo lo coseríamos a máquina en un periquete, y en Rackenbridge hay una modista bastante competente. Tal vez esté dispuesta a ayudarnos por poco dinero si es para un fin benéfico. Y estoy segura de que el señor Aspect diseñaría unos trajes maravillosos para nosotras.

—¿Qué demonios se ha creído que soy? —exclamó Jasper, indignado—. Un mariquita diseñador de ropa, ¿eh? —Pensaba que, ahuyentando a la señora Lace de aquel modo, ganaría puntos con Noel; quizá no era consciente aún de que las mujeres como ella se crecían ante los golpes y las adversidades.

—Si necesitan extras para las escenas multitudinarias, puedo reunir al Instituto de la Mujer y ponerlos en contacto con toda clase de personas —prosiguió, absolutamente impertérrita.

Quedó claro que la señora Lace era una de esas personas cuyo ímpetu, aunque a menudo cargante, resulta a veces indispensable. Poppy y Jasper lo advirtieron horrorizados. Noel la miraba sumido en el éxtasis.

—Bien —dijo la señora Lace con tono eficiente—, ahora hay que ponerse a pensar para decidir en qué periodo situamos la representación.

—Una representación sobre el socialunionismo —repuso Eugenia inmediatamente—. La marcha sobre Roma, la muerte de Horst Wessel, el incendio del Reichstag, la elección del presidente Roosevelt.

—Muy bonito, pero un poco abstruso, ¿no te parece? —opinó Jasper.

La señora Lace miró con desdén a Eugenia.

—Debe ser un tema histórico —apuntó la señora Lace—. Bien, yo propongo la visita de Carlos I y Enriqueta María a Chalford; ocurrió de verdad, ¿saben? Estuvieron en la antigua mansión de Chalford, hoy en día es una ruina impecable de estilo Tudor, en el extremo del parque.

Jasper observó que una ruina impecable era un contrasentido. Eugenia vetó la sugerencia de Carlos I.

—No se puede tener a Carlos I y a Enriqueta María en un mitin socialunionista —explicó—. Cromwell y la señora Cromwell, si queréis; es el primer inglés con un punto de vista político correcto.

—¿Dónde se ha visto que la señora Cromwell aparezca en una representación histórica? —intervino Noel—. Sería sencillamente absurdo. ¡Por Dios! Ciñámonos a los personajes típicos de las representaciones históricas: Eduardo I, Florence Nightingale, la Reina Virgen, Flengist y Elorsa, la Vendedora de Naranjas del Old Drury, William Rufus, *sir* Philip Sidney o Rowena; de otro modo os meteréis en un lío tremendo.

—¡Oh! No estoy en absoluto de acuerdo —dijo la señora Lace, esperando así congraciarse con Jasper—. Seamos originales, pase lo que pase.

Poppy, al ver que la conversación estaba a punto de recrudecerse, la zanjó recordando a los demás que la idea de la representación había surgido de *lady* Chalford, y que era por tanto una cuestión básica de educación dejarle elegir a ella el periodo histórico. Eugenia dijo que debía

regresar a casa porque, si se enteraba, la L. P. V. la regañaría por ir a Chalford con los demás.

—*Heil Hitler!* —exclamó, y se encaramó de un salto a lomos de *Vivian Jackson* y se alejó al galope.

—Pobrecita mía, qué pesada está con su estúpido movimiento —dijo la señora Lace malévolamente.

—Oh, querida, no puedo estar más en desacuerdo con usted —intervino Jasper—. Personalmente, la considero la chica más fascinante del mundo. Si todas las debutantes fuesen como ella, me pasaría todos los meses de verano en Pont Street.

—¿Qué ropa tan horrenda lleva! —añadió la señora Lace con rabia.

—¿Ah, sí? De verdad que no me había dado cuenta. Supongo que es normal que, ante una belleza tan asombrosa, uno no se fije en ese tipo de pequeños detalles.

—Y todas esas tonterías sobre el socialunionismo.

—Conque tonterías, ¿eh? —exclamó Jasper—. Quizá no sepa, señora mía, que el socialunionismo se está extendiendo como un reguero de pólvora por todo el mundo, como lo hizo el liberalismo en el siglo XVIII. Dice usted que son tonterías a pesar del hecho de que millones de personas se dejan llevar alegremente bajo su influjo. Le ruego que si quiere atacar los principios del socialunionismo, lo haga desde una postura sensata.

La señora Lace no se refugió en el silencio como habría hecho una mujer menos temperamental. Sacudió la cabeza y declaró que, cuando una colegiala como Eugenia pierde la cabeza por algo, es bastante probable que se trate de una tontería.

—Me temo que no comparto sus argumentos. Al contrario, yo creo que Eugenia pertenece a una nueva generación que hará un mundo nuevo, mejor y más limpio para que los carcamales como usted y como yo pasemos nuestros últimos días.

La señora Lace hizo una mueca de dolor al oír eso, pero volvió a la carga valerosamente.

—Estoy convencida de que estamos perfectamente bien como estamos. ¿Para qué quiere que haya tantos cambios en el gobierno de este país?

—Mi buena y querida señora Lace, debe de haber frecuentado usted al diputado conservador de la región, el capitán Chadlington, pues si no estoy equivocado, suyo es el honor de representar a esta parte del mundo (y es el idiota más redomado que ha existido nunca).

La señora Lace no se sintió demasiado molesta por aquella acusación. De hecho, el capitán Chadlington y su mujer, *lady* Brenda, constituían una de las últimas cimas sociales que había conquistado.

—Bueno —repuso—, ¿y qué?

—Imagino que ese pobre mandril le ha estado diciendo que ya estamos muy bien como estamos. ¡Muy bien, desde luego! No le pido que considere las astronómicas cifras de desempleo, que ya son habituales. Pero quiero señalar la falta de genialidad que sufre esta tierra, ya sea política, artística o literaria. Quiero señalar con desprecio a nuestros millonarios que, al no atreverse a disfrutar de su riqueza, viven agazapados en casas de campo decrepitas, esperando que nadie sospeche que son ricos; al hombre de ciudad que hace lo que sea necesario para ganar su sucio dinero con la esperanza de conseguir su lúgubre objetivo y que es incapaz de interesarse por algo que no sea la cotización de la bolsa y el golf; a los aristócratas que, como dice Eugenia con razón, prefieren el confort de un piso de lujo a las penalidades de vivir en su propia tierra; los adulterios veleidosos, carentes de pasión, a los que se entregan todas las clases sociales, y el

pacifismo cobarde que constituye el espíritu de la época. No queda nada grandioso, nada individual, nada que pueda hacer pensar a nadie que los ingleses fueron antaño una raza magnífica, valiente, jovial y excéntrica. Así pues, opino que necesitamos un espíritu nuevo para esta tierra, una nueva civilización, y es en las Eugénias de este mundo donde espero encontrar la salvación. Quizá el espíritu nuevo se llame socialunionismo; en cualquier caso, debemos remover cielo y tierra para encontrarlo. Lo necesitamos desesperadamente. Debemos dar la bienvenida a cualquier movimiento que tenga posibilidades de avivar la chispa de vitalidad de esta nación antes de que sea demasiado tarde, cualquier cosa que nos salve de esta miseria paralizante, tanto mental como moral, que padecemos en la actualidad. El nacionalsocialismo ha salvado Alemania e Italia; quizá el socialunionismo acabe salvando Inglaterra, ¿quién sabe? Por lo tanto, yo digo: *Heil Hitler!*, *Viva il Duce!* Y... Señorita..., señorita, póngame otra cerveza, por favor.

Lady Marjorie Merrith se recostó en la bañera —una bañera que, para su fastidio, no estaba empotrada— y se cubrió los suaves y blancos brazos con mangas de encaje de jabón.

—Tienes que reconocer que son muy pesados —le dijo a Poppy, que, fiel a su papel de confidente, se había sentado en una silla junto a la bañera—. Después de todo, en mis dos notas decía específicamente que cualquier clase de comunicación debía enviarse a través de mi banco y, además, si realmente quisieran, a estas alturas podrían haber descubierto ya dónde estamos. Podrían dar alguna señal de vida... Me lo están poniendo muy difícil. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Mira, querida, estas cosas tienes que decidir las tú misma. Todo depende de si quieres o no casarte con Osborne... ¿Quieres?

Marjorie respondió de mal talante que no lo sabía.

—Me fugué en busca de romanticismo —prosiguió con rabia—, y lo único que he encontrado es este baño asqueroso.

—Bueno, no sé qué imaginabas. Hay dos hombres bastante presentables hospedados en este mismo hotel, lo cual es mucho más de lo que se podía esperar.

—No me gustan.

—Nunca entenderé cómo pudiste abandonar ese precioso traje de novia.

—Bueno, mira, tengo la impresión de que la ropa del próximo invierno será mucho más bonita. ¿Qué crees que hará con los regalos la pobre mamá?

—Quedárselos, naturalmente. Después de todo, no habéis roto vuestro compromiso en el *Times*; recuerda que tú tienes la escarlatina. Debo reconocer que me quito el sombrero ante tu madre por haber pensado en eso, dura seis semanas, ¿sabes?, y al final de ese periodo, si lo deseas, podrás romper el compromiso sin el menor escándalo. En esta época del año la gente está demasiado ocupada despellejándose mutuamente en Venecia para pensar en tus asuntos. Es evidente que el duque trata de ganar tiempo; no tendrás que decidirte hasta que los trenes hospital empiecen a llegar a Victoria después de las vacaciones.

—Sí, pero ¿ahora qué? —preguntó *lady* Marjorie, abriendo el grifo del agua caliente. Tuvo que gritar para hacerse oír por encima del estruendo—. No puedo quedarme en este agujero asqueroso todo el verano.

—No veo por qué no.

—No puede decirse que este sea el sitio ideal para mí, ¿no crees?

—Si te paras a pensarlo, este cuchitril no es incómodo en absoluto, y estoy segura de que la vida de los habitantes de la zona te parecería entretenidísima con solo que intentases involucrarte un poco más.

—Mira, eso sí que no puedo hacerlo. Ninguna de esas personas me cae bien, excepto Eugenia, claro.

—Pues ódialos, entonces. Te hará bien. Nunca en tu vida has odiado a nadie, ni querido a nadie tampoco. No sabes qué es un sentimiento verdadero, y por eso no eres capaz de tomar una decisión sobre el duque.

—Te quiero a ti —puntualizó *lady* Marjorie.

—Bueno, quizá sí —repuso Poppy—; no hay nada radicalmente malo en tu naturaleza, querida, pero hasta ahora tu educación y tu entorno han sido nefastos. Nunca he conocido a nadie más incapaz de sobrellevar las contingencias corrientes de la vida..., especialmente las emocionales.

—¿Tú te casarías con Osborne?

—Te lo he dicho mil veces. Estos vagos impulsos románticos no le hacen ningún bien a nadie, y menos a ti... En realidad, no tenías motivo alguno para romper con él. Yo en tu lugar volvería inmediatamente a casa y pediría disculpas.

—No me refiero a si te casarías con él si fueses yo. Quiero decir, ¿te casarías con él si fueses tú?

—Bueno, supongo que sí. Es un duque, y si lo hiciera llevaría una diadema de diamantes, eso está muy bien.

—Pero ¿y si no fuese duque?

—Mi querida Marge, toda la gracia de Osborne consiste precisamente en que es duque. No se puede separar a las personas de su estatus social. Es como decir si George Robey no fuese actor, o si Hitler no fuese el *Führer*. Entonces sencillamente no serían Hitler o George Robey, así de sencillo.

—No, supongo que no. Entonces nos quedamos aquí, ¿verdad?

—¡Sí, venga! Te aseguro que en este momento este pueblo es un lugar interesantísimo. Además, estoy disfrutando un montón de mi flirteo con el señor Aspect.

—Poppy.

—Mmm...

—¿Ya no estás enamorada de Anthony?

—Oh..., enamorada. De verdad que no lo sé. En este momento estoy furiosa con él, y en cuanto al amor...

—¿Crees que quiere casarse con esa chica?

—¡Quién sabe lo que quiere Anthony! Si no se casa con ella, te aseguro que dentro de unos meses volverá a estar a mi merced. Siempre regresa de estos pequeños incidentes con el rabo entre las piernas. Pero esta vez no estoy en absoluto segura de volver a aceptarlo. Creo que lo mejor sería cortar por lo sano de una vez por todas. A veces pienso que realmente no puedo soportarlo más. Mira, suponiendo que regresara ahora arrepentido y cariñoso, como siempre, al cabo de poco tiempo volvería a hacerme el mismo número. Calculo que a principios de la próxima temporada se enamorará de alguna pequeña debutante espantosa que pasará mañana, tarde y noche en mi casa, conmigo siempre por ahí en el papel de carabina perfecta. La chica me

odiará porque la pobre creará que soy el único obstáculo para su felicidad eterna, y yo me moriré de aburrimiento con su cháchara idiota. Si al menos fuese capaz de elegir a chicas más afables quizá podría soportarlo, o si tuviese la típica aventura con una mujer casada y se viesan en su casa... Estas relaciones sentimentales con chiquillas en la mía son muy humillantes. De hecho, ahora que lo pienso, estoy realmente hasta la coronilla de Anthony Saint Julien.

—Pobrecita mía. Y sigues enamorada de él, ¿verdad? —dijo *lady* Marjorie, emergiendo lentamente de la bañera y envolviéndose con la toalla que Poppy le tendía.

—Supongo que en realidad sí. Me he acostumbrado a estar enamorada de él, y ya sabes cómo cuesta cambiar de costumbres.

Entretanto, Jasper y Noel estaban sentados en el bar, tomando cerveza, pues suponían cándidamente que les abriría el apetito para el asado de ternera cuyo delicioso aroma flotaba en aquel preciso instante en el pasillo, las escaleras y el rellano del Jolly Roger.

—Jasper, viejo amigo —dijo Noel, que estaba de un humor especialmente expansivo—, realmente creo que hubieses podido ser un poco más amable con Anne Marie. Quedó muy disgustada el otro día, después de que la atacaras de aquella manera con lo del socialunionismo. Le dije que no creías ni una palabra de lo que le dijiste, pero que tú, con tal de discutir, eres capaz de defender cualquier punto de vista.

—Eso tampoco es del todo cierto. Pienso muchas de las cosas que dije, y si tuviese la menor inclinación política, que no es el caso, sin ninguna duda me afiliaría al movimiento socialunionista.

—Ya lo has hecho, viejo amigo.

—Fantástico, pues ya lo he hecho. Tú también. Una gran chica, esta Eugenia. Por cierto, no estás haciendo demasiados progresos con tu futura esposa, ¿verdad?

—He decidido que Eugenia puede esperar —repuso Noel como quien no quiere la cosa—. En este momento, no me parece que tenga mucho interés en casarse; unos meses más o menos no cambiarán nada, y en cualquier caso estoy loco por Anne-Marie. Estarás de acuerdo en que es una belleza exquisita, ¿no?

—No está mal —contestó Jasper—. Aunque para mi gusto es demasiado maliciosa. Y ¿por qué lleva traje de noche a la hora del té?

—No era un traje de noche, idiota, era un vestidito de playa.

—Bueno, pues calculo que debemos de estar a ciento cincuenta kilómetros de la playa más cercana.

—Creo que no lo entiendes, Jasper. Esa criatura nunca hace nada divertido, nunca va a Venecia o al sur de Francia como otras chicas de su edad. Así que para hacer que su vida parezca más interesante ha de fingir todo el rato, pobrecita.

—¿Como la señora Thompson, quieres decir?

—Tengo muchas ganas de llevarla a Cannes conmigo la semana próxima.

—Amigo mío, vamos, ¡por Dios!, no pierdas la cabeza. No olvides que está el marido.

—No me lo recuerdes —pidió Noel con aire taciturno—. Y, según tengo entendido, encima es de los que se divorcian. Tengo la impresión de que es un canalla redomado. Pobre pequeña Anne-Marie, no tienes ni idea de lo que tiene que soportar esa chiquilla.

—Oh, bueno, aquí puedes pasarlo muy bien. Piensa en la representación, en la fiesta al aire libre, en el triunfal mitin socialunionista; será un desmadre total. Además, así puedes vigilar a Eugenia, lo cual me parece una ventaja importante desde tu punto de vista..., eh, ¿qué diantre...?

»Eh, viejo amigo —añadió entonces, incorporándose en el asiento para mirar por la ventana—, ven a echarles un vistazo a estos dos tipos, ¿quieres?

Noel miró sin demasiado interés.

En la entrada del Jolly Roger, había dos hombres con abrigo de *tweed* y pantalones de franela gris de aspecto absolutamente normal. El mozo de equipajes estaba sacando del coche de alquiler dos maletas, que evidentemente les pertenecían, para depositarlas en el vestíbulo.

—Dentro de poco, en este sitio no cabrá un alfiler —observó Noel con tono aburrido.

—Son detectives privados —anunció Jasper.

—¡Santo cielo! Jasper, ¿de verdad lo crees?

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Para empezar, por el aspecto que tienen. Nadie tiene un aspecto tan exageradamente anodino como un detective privado. Además, estoy casi seguro de que el de la izquierda es el tipo que solía seguir a la pobrecita Marigold. Acabaron volviéndose amiguitos; ella dejó que guardara un brasero de carbón detrás de la puerta del jardín para cuando hiciera mal tiempo y le prometió que el día de Navidad no saldría de casa para que él pudiese estar con sus críos. Después de aquello, él le cogió mucho cariño.

—¿Detrás de quién andarán aquí?

—Eso me propongo averiguar. La cuestión es de suma importancia, porque puede tratarse de cualquiera de nosotros.

—No veo por qué.

—Bueno, mi querido amigo, analiza la situación unos instantes. Empecemos contigo: puede que el comandante Lace se sienta celoso; y sería muy humano que el señor Saint Julien se estuviese preguntando qué hace su mujer en este improbable lugar; y el duque de Dartford seguramente tendrá cierto interés en averiguar los pormenores del comportamiento de *lady* Marjorie, y cabe dentro de lo posible que mi tío Bradenham haya empezado a sospechar de la autoría de ciertas cartas de chantaje que recibe de vez en cuando (solo cuando estoy con el agua al cuello, naturalmente, y de todos modos ese viejo avaro debería asignarme una paga decente de una vez).

—Todo esto es espantoso —opinó Noel—. ¿Qué vamos a hacer?

—Voy a mandar llamar a las chicas; las advertiré contra estos dos pájaros y trazaremos un plan.

Jasper mandó una nota a la habitación de Poppy con el mozo, que ya había acabado con el trasiego de equipaje. Pedía que ella y *lady* Marjorie se reunieran con él en el bar en cuanto se hubiesen levantado y vestido.

—Será mejor que vengas, Marge —dijo Poppy cuando su amiga empezó a poner objeciones a aquella sugerencia—. Ya te lo he dicho antes, debes participar en la vida de esta comunidad a no ser que quieras morirte de aburrimiento.

—Es probable que sea impertinente con el señor Aspect.

—No hay problema, te pagará con la misma moneda. No te preocupes por él.

—Buenos días —saludó Jasper unos minutos después cuando entraron en el bar—. ¿Qué va a ser?

—¿Qué va a ser de qué? —contestó *lady* Marjorie.

—Me refiero a que, como contamos con el inesperado placer de su compañía, mi querida señora (debe de andar escasa de crema para la cara, ¿verdad?), qué podemos ofrecerle como bebida. Últimamente es tan poco habitual que adopte usted una posición vertical que supongo que necesitará algún tipo de soporte alcohólico para mantenerla.

—Gracias —respondió *lady* Marjorie con frialdad—. Por mi educación, considero que beber entre comidas es una costumbre muy de clase media.

—Entiendo, supongo que prefieren empinar el codo sentados a la mesa del comedor. ¿Qué toma usted, señorita Smith?

Poppy dijo que quería una copa de jerez, y una vez le fue debidamente servida, Jasper procedió a comunicar las noticias.

—La cuestión es que pueden andar detrás de cualquiera de nosotros —explicó—, y estaría muy bien que pudiésemos averiguar de cuál. Cuanto antes, mejor, de hecho, así que lo que necesitamos ahora es idear una astuta operación conjunta. Sugiero que después del almuerzo la señorita Smith, Noel y yo mismo vayamos a dar un largo paseo en distintas direcciones. Lo mejor que puede hacer *lady* Marjorie, que al parecer ha perdido el uso de sus piernas, es aplicarse un bote de Ponds en la cara y retomar la posición horizontal. Lo cierto es que los detectives privados actúan siempre de una forma patéticamente obvia, así que sea quien sea la persona a la que buscan, esta se verá sin duda seguida de cerca por esos chicos. Por muy rápida e incansablemente que uno camine, es imposible zafarse de ellos. Por otro lado, si se quedan por aquí, podemos estar tranquilos. Querrá decir sencillamente que el viejo Dartford quiere tener controlados sus cepillos de oro y diamantes.

—¿Cómo se ha atrevido usted a entrar en mi habitación? —dijo *lady* Marjorie con furibunda frialdad.

—Mi querida señorita, no me hizo falta entrar. La puerta estaba abierta de par en par y el centelleo de las gemas que había sobre su tocador me cegó completamente. ¡Caramba! Si casi me caí por las escaleras.

Poppy soltó una risita al oír eso.

Lady Marjorie le lanzó una mirada reprobatoria y dijo:

—Creo que es usted un joven muy grosero y maleducado, señor Aspect, y creo que todas estas tonterías sobre detectives no son más que chiquilladas. —Dicho lo cual, salió del bar.

—De acuerdo —concluyó Jasper—. Podemos contar con su absoluta inmovilidad durante toda la tarde. ¿Le importaría prestarle su crema facial, señorita Smith, por si a *lady* Marjorie se le acaba la suya? Y ¿qué dice usted, se apunta a mi plan?

Poppy dijo que todo aquello le parecía salido de una novela de Phillips Oppenheim, pero que suponía que no había nada malo en ello.

Decidieron, tras discutirlo un buen rato, que alrededor de las cuatro Jasper daría un paseo hasta Comberry Manor para hacerle una visita a la señora Lace.

Poppy había quedado ya en ir a tomar el té con *lady* Chalford para hablar de la fiesta al aire libre y de la representación, así que seguiría con ese plan. Y Noel esperaría a Eugenia, que aparecería en la tienda de tabletas de a dos peniques a la hora acostumbrada.

—El sentido común exige que empecemos por disipar cualquier sospecha posible hasta que hayamos tanteado el terreno —dijo Jasper—. Por ejemplo, si yo voy a Comberry Manor, dejarán de sospechar de Noel y de la señora Lace...

—Pero si no hay nada —interrumpió Noel—. Quiero decir que solo he visto a la señora Lace unas tres veces en mi vida.

—Pero de todos modos estás loco por ella, y tienes la intención de verla muchas más veces en el futuro. La próxima semana a estas horas puede haber pasado de todo, ¿eh, viejo amigo? Continuemos. Es absolutamente correcto que la señorita Smith vaya a visitar a su prima lejana, y tampoco hay nada malo en que Noel vaya a fumar su pipa a la plaza del pueblo, o en que *lady* Marjorie cultive inocentemente su belleza, actividad a la que, como todo el mundo sabe, dedica todo su tiempo. Damas y caballeros, considero de suma importancia que averigüemos detrás de quién andan esos chicos. Una vez que lo sepamos, no dudo de que seamos capaces de burlarlos a cada paso.

Hacia otro día de calor intenso, el cielo estaba de un añil profundo, las sombras bajo los árboles eran negras. Ningún pájaro cantaba y el paisaje se estremecía suavemente. Poppy, que se dirigía hacia Chalford House, se sentía muy satisfecha. El calor era lo que le sentaba mejor, le gustaba y la hacía sentirse llena de energía. Era el primer verano que pasaba en Inglaterra desde hacía varios años y pensaba que en ningún lugar del extranjero había hecho unos días tan bonitos. El bosquecillo que cruzaba el camino pasada la casa del guarda era muy oscuro y desprendía un delicioso aroma a mantillo y a corteza de árbol caliente. Chalford House, sumida en la ondulante calima, evocaba la imagen de tres enormes perlas rosas sobre un cojín de terciopelo verde. *Entonces apareció Eugenia en medio de aquel cuadro, montando indolentemente un soñoliento Vivian Jackson.* Se dirigía, sin duda, a la tienda de las tabletas a dos peniques.

—E. P. V. te está esperando —exclamó—. Salve y hasta la vista, prima Poppy Saint Julien.

—Salve y hasta la vista, Eugenia —contestó Poppy, sonriendo. Un instante después se volvió y gritó por encima del hombro—: ¡Noel te está esperando en el parque!

Lady Chalford la recibió con una cordialidad casi conmovedora.

—Mi querida niña —exclamó—, he pensado mucho en ti desde el jueves. Que hayas venido a Chalford es algo estupendo para mí. Imagínate, no había visto a ningún pariente desde nuestra tragedia..., hace dieciséis años. Tienes que contarme muchas cosas, pero antes que nada, ¿cómo está tu querida madre?

Poppy dijo que su querida madre estaba muy bien. No mencionó el doloroso dato de que no se hablaban desde que Poppy se casó con Anthony Saint Julien. A continuación, *lady Chalford* procedió a informarse sobre innumerables parientes, mencionando a tías, tíos y primos cuya existencia, en muchos casos, la misma Poppy desconocía.

—Mi querida niña —dijo *lady Chalford* cuando Poppy fue incapaz de arrojar alguna luz sobre la salud, la felicidad e incluso el paradero de dos primos carnales de su propio padre—, como familia, parecéis lamentablemente *décousu*, por decirlo de algún modo.

Era evidente que la anciana señora tenía en la cabeza un vasto árbol genealógico: parecía no habersele pasado nunca por alto ningún nacimiento, muerte o boda, incluso entre los miembros más remotos de su familia. Poppy pensó que era una lástima que sus increíbles prejuicios ante una eventualidad tan corriente como un divorcio la hubiesen hecho recluirse para siempre, lejos del

mundo. Era obvio que se trataba de una mujer con una capacidad fuera de lo común para el afecto y para interesarse en las vidas de los demás.

Empezaron a hablar sobre la fiesta al aire libre. *Lady Chalford* sacó una lista de los vecinos que habían sido invitados al baile para celebrar la mayoría de edad de su hijo en 1912.

—Supongo que habrá quedado un poco anticuada —comentó con una sonrisa—. Intentaré revisarla antes de que se manden las invitaciones. En realidad, no hay prisa. —Sugirió entonces una fecha para la fiesta al cabo de unas tres semanas—. ¿Tendrás suficiente tiempo para montar una pequeña representación, querida?

—¡Oh, sí! —respondió *Poppy*—, si nos ponemos a trabajar inmediatamente. ¿Ha decidido el tema de la representación? En cuanto se haya concretado, empezaremos.

—Estaba pensando en eso antes de que llegaras —dijo *lady Chalford*—. Bueno, se sabe que hubo dos monarcas con sus respectivas esposas que visitaron Chalford, así que podremos repetir una historia auténtica. Se trata de Carlos I y Enriqueta María, que estuvieron en la mansión antigua, y de Jorge III y la reina Carlota. Estos últimos vinieron a Chalford House cuando quedó finalmente acabada, y por esa razón me inclino por reproducir su visita. Todavía tenemos en la caballeriza el mismísimo carruaje de Jorge III, y he pensado que sería muy interesante utilizarlo para la escena de su llegada. Los que representen los papeles del rey Jorge y de la reina Carlota podrían subir al carruaje detrás del huerto, dar una vuelta por el parque y subir hasta la casa. Si te acercas a esa ventana, querida, te mostraré exactamente cómo se podría organizar. —Condujo a *Poppy* hasta allí y empezó a señalar varios puntos de referencia y una ruta para el carruaje.

Sin embargo, *Poppy* no le prestaba atención, pues, de pie en el centro del sendero, había dos hombres de aspecto absolutamente corriente con chaquetas de *tweed* y pantalones de franela gris. *Poppy* se quedó mirándolos unos instantes, petrificada, y entonces, sin querer, exclamó:

—¡Oh, Anthony, maldito canalla!

Lady Chalford se volvió hacia ella, perpleja. Le rodeó la cintura con un brazo y dijo:

—Querida *Poppy*, estás muy pálida. Ven a echarte un momento, es por el calor... No deberías haber venido caminando desde el pueblo. Haré venir de inmediato a mi coche para que te lleve a casa.

La belleza local miró por la ventana de su sala de estar y vio a *Jasper Aspect* dirigirse hacia la casa. Ignorando el sendero, que se enroscaba y retorció entre los rododendros como una serpiente agonizante (un diseño de finales de la época victoriana pensado para hacer que el jardín pareciera más grande), atravesó a grandes zancadas y sin ningún cuidado el césped y los parterres de flores, llegó a la puerta principal y llamó con un tremendo timbrazo. La señora *Lace*, entretanto, había huido a su habitación. Estaba encantada con aquel inesperado giro de los acontecimientos; *Jasper* le parecía mucho más atractivo que *Noel*, con aquella devoción suya demasiado obvia, pero casi había perdido la esperanza de conquistarlo tras el encuentro en el *Jolly Roger*. Le dijo a la criada que bajaría al cabo de un momento y se cambió de ropa y de cara a toda prisa. *Anne-Marie Lace* era una de esas mujeres cuya apariencia oscila entre dos extremos: la cochambre y la elegancia. Cuando estaba sola no se molestaba en cepillarse el pelo ni en pintarse las uñas o empolvarse la nariz, y cuando estaba acompañada siempre iba demasiado peripuesta. Después de arreglarse a su gusto, entró en la sala de estar tan silenciosamente que *Jasper*, que más por hábito que por interés

estaba leyendo una carta que había encontrado en el escritorio, dio un respingo por su infracción. Afortunadamente, la señora Lace pareció no darse cuenta y lo saludó efusivamente.

—¡Qué sorpresa! —exclamó—. *Enchantée de vous voir*. —Y recorrió la sala de estar con gran afectación, ahuecando cojines y recogiendo libros y periódicos con toda clase de ademanes despampanantes.

A Jasper, aquel numerito le hizo pensar en una actriz que se queda sola en el escenario durante unos instantes después de que el telón se haya levantado.

—Así está mejor —dijo ella con una sonrisa y los ojos muy abiertos—. Mis pequeñas han estado correteando por aquí, y ya se sabe que los niños lo desordenan todo en cuanto entran en una habitación. ¿Quiere sentarse y fumar un cigarrillo? —Se lo encendió ella, lo cual sirvió de excusa para unos cuantos ademanes dramáticos más.

»Bueno —prosiguió—, ahora ya podemos cotillear un poquitín. Me muero de ganas de preguntarle un montón de cosas, pero no fue usted muy simpático conmigo la última vez que nos vimos.

—¡Ah! Pero entonces hablábamos de política —dijo Jasper, insinuando que estaban a punto de abordar temas más personales—. ¿Qué quería preguntarme?

—Para empezar, ¿qué fue exactamente lo que les decidió a usted y Noel a venir a este pobre pueblo de mala muerte? El travieso de Noel siempre responde con vaguedades cuando se le pregunto.

—Ya imagino —repuso Jasper.

—¿Sabe una cosa, señor Aspect? Le tengo mucho cariño a Noel y me temo que está un poquitín enamorado de mí, pero...

—Pero ¿qué? —Jasper pensó que en toda su carrera nunca habían intentado seducirlo con mayor deliberación y menor efecto. No se sentía en absoluto atraído por la señora Lace, y decidió que regalársela toda enterita a Noel sería un gesto generoso y que le saldría barato.

La señora Lace prosiguió.

—Bueno, no creo que yo pudiera llegar a enamorarme de alguien como Noel, aunque es increíblemente dulce, ¿eh?

—¿Por qué no podría enamorarse de él?

—Supongo que porque es tan... tan indefinido.

—Es posible que en las presentes circunstancias le resulte difícil ser muy definido —dijo Jasper, empaquetando mentalmente a la señora Lace con papel marrón, por así decirlo, y entregándosela, de una vez por todas, a su amigo.

—¿Qué quiere decir?

—Quizá su situación actual es un poco ambigua.

La señora Lace frunció el entrecejo y miró a Jasper inquisitivamente.

—Pero claro, usted lo habrá adivinado hace tiempo.

—Me gustaría mucho poder saberlo a ciencia cierta —dijo la señora Lace, que naturalmente no tenía ni idea de a qué se refería Jasper.

—Me resulta imposible contárselo todo sin cometer una indiscreción. Lo máximo que me está permitido decirle es que si cree usted tener idea de quién es Noel en realidad, es probable que esté en lo cierto.

—¡Oh! —exclamó la señora Lace. No dijo nada más; estaba totalmente desconcertada.

Después de todo, se dijo con gran excitación, la señorita Smith no era la señorita Smith, y la señorita Jones no era la señorita Jones; bien al contrario, ambas eran figuras conocidas de la alta sociedad londinense. ¿Por qué no podía, pues, el nombre de Noel Foster esconder también una identidad emocionante?

—Ya veo que usted lo sabe muy bien, claro —continuó Jasper con una sonrisa—. No es fácil disimular esas famosas facciones, ¿verdad? Y ahora, querida señora Lace, una advertencia. No permita que el... no deje que él se dé cuenta de que usted lo sabe. Ha venido aquí con la explícita intención de evitar cualquier publicidad, formalidad, y el resto de tediosos atributos de su posición, y si se descubriera su identidad, incluso si la descubriese la dama a la que él (¿le importa si soy franco con usted?) admira con pasión, se marcharía inmediatamente. Lo mejor será que ninguno de los dos volvamos a sacar nunca este tema, ni siquiera entre nosotros, y, como es natural, confío en su absoluta discreción en lo relativo al resto del mundo. Si se descubriese su paradero, habría periodistas y fotógrafos detrás de cada árbol, y estas cortas semanas de privacidad que él necesita tan desesperadamente quedarían arruinadas.

—Guardaré su secreto encerrado en mi corazón para siempre —susurró la señora Lace con los ojos brillantes.

—Y ahora ha llegado el momento de cumplir con mi misión —dijo Jasper, mirando furtivamente por encima del hombro y bajando la voz—. ¿Dónde puede el... dónde puede mi amigo encontrarse un rato con usted a solas y sin temor a las interrupciones?

La señora Lace, con las mejillas encendidas, reflexionó unos instantes. Finalmente respondió:

—En Chalford Park, cerca de la antigua casa, hay un pequeño lago en cuya orilla se alza un templo rosa y blanco. Está prácticamente cubierto por la hiedra, la madreSelva y las amarilis, y queda oculto por los matorrales de rosas silvestres que lo rodean. Nunca va nadie.

—¡Ah! Bienaventurado Noel —exclamó Jasper galantemente—. ¡Con cuánta envidia contemplo su suerte! Esté entonces allí mañana a las tres, puntualmente, y cuando oiga ulular a un búho, conteste con el canto del pájaro carpintero, si está segura de que la costa está despejada.

—De acuerdo, cuente con ello —repuso la señora Lace. Como no estaba versada en ornitología, decidió que durante la cena le preguntaría al comandante Lace, que sí lo estaba, cómo era el canto del pájaro carpintero.

Jasper se incorporó y, con gesto cortés, le besó la mano antes de despedirse. Sin embargo, en aquel momento se oyó al señor Lace irrumpir en el vestíbulo, y Anne-Marie, que disfrutaba alardeando ante él de sus amistades, rogó a Jasper que se quedará un instante más.

—Siempre se queja si la gente se marcha en cuanto él llega.

Al parecer, el comandante Lace había asistido a una subasta de vacas con pedigrí. Su rostro, que habitualmente esbozaba una expresión jovial, estaba ensombrecido por la furia, ya que, durante la subasta, había pasado por error dos páginas del catálogo en lugar de una, y aquello lo había inducido a equivocarse de vaca al pujar. Acabó comprando la vaca que no tocaba por un precio exorbitante, y al final resultó que su adquisición carecía totalmente de ciertas zonas anatómicas imprescindibles: las ubres.

—Por lo visto es una bestia habitual de las subastas —exclamó con irritación—. Llevan meses exhibiéndola por el país con la esperanza de encontrar algún idiota que la compre. El tipo que estaba a mi lado va y me pregunta: «¿Por qué demonios has comprado esa vaca, Lace?». Y yo le contesto: «¿Por qué no? Es una buena vaca, con un buen pedigrí y buen rendimiento». «Debe de

haber un error, Lace —me ha dicho él—, el pedigrí no está mal, pero nunca dará leche. Ese bicho no tiene ubres». Entonces me he dado cuenta de lo que había hecho, pasar dos páginas del maldito catálogo a la vez. Qué rabia me ha dado.

—Le puede pasar a cualquiera —dijo Jasper con tono conciliador.

—De todas formas, hay que ser idiota. Si hubiese observado cuidadosamente al animal, no habría pasado nada de esto. No tiene ubres, ni una sola. ¿Quiere un *whisky* con soda, Aspect?

A Jasper le gustó el comandante Lace. Tras tomarse varios *whiskies* con él, lo acompañó a los establos y a las pocilgas e intercambiaron chistes verdes. El comandante Lace, que era de carácter socarrón y procaz, pensó que Jasper estaba muy por encima de los amigos habituales de Anne-Marie, y recuperó su buen humor rápidamente.

En cuanto a la señora Lace, aquella noche apenas durmió. La atormentaba la curiosidad por averiguar más cosas sobre Noel, pero se veía incapaz de conseguirlo. Se devanó los sesos intentando recordar la fisonomía de algún personaje real que pudiera parecerse remotamente a él. Entonces se le ocurrió que tal vez era una estrella de cine de enorme fama. En cualquier caso, no cabía duda de que era digno de toda la artillería pesada que ella pudiera desplegar, y ese pensamiento la ayudó a sosegar.

En cuanto Jasper salió del Jolly Roger en dirección a Comberry Manor, Noel se sumió en un estado de agitación espantoso. Se maldijo amargamente por haber accedido a un plan que conllevaba un largo *tête-à-tête* de Jasper con la señora Lace; el espanto del tormento de celos que estaría condenado a sufrir no lo asaltó hasta el instante en que vio a Jasper alejarse alegremente calle abajo. Entonces le pasaron por la cabeza pensamientos horripilantes. Jasper era un seductor profesional, y nunca había dudado en dejar en mal lugar a un amigo si la ocasión se presentaba; es más, la señora Lace ya había dado muestras de su evidente predilección por él. Y lo peor de todo era que todavía no había sucumbido en absoluto a las lisonjas de Noel, y él temía que lo considerase poco interesante. Se sentó y empezó a morderse las uñas sumido en la tristeza; en un momento dado se sintió tan desesperado que tuvo el impulso de seguir a Jasper, pero recordó que era de la mayor importancia averiguar los motivos de los dos detectives, y como no tenía ningunas ganas de que los celos lo convirtieran en el hazmerreír de Jasper y de la señora Lace, se obligó a quedarse donde estaba. Deambuló por el pueblo con los nervios a flor de piel, intentando consolarse pensando en el supuesto amor de Jasper por Poppy Saint Julien y en el poder financiero que ejercía sobre él, por leve que fuera. Pero ninguno de esos hechos lo tranquilizó demasiado.

Poco después hizo su aparición Eugenia y estuvieron hablando un ratito, pero pareció decepcionarla que no estuviese Jasper; era evidente que lo consideraba mejor socialunionista que él. Eugenia se dispuso entonces a arreglar una vieja casita, cuya llave había sonsacado al administrador de la finca de su abuelo, y convertirla en el cuartel general de los camisas tricolores en Chalford y región. Unos muebles Chippendale exquisitos, subrepticamente sustraídos de Chalford House, entraban a golpes, trancas y barrancas en las habitaciones por unas puertas que les quedaban varias tallas pequeñas. Dos o tres camaradas se afanaban como hormiguitas en esa tarea, mientras Eugenia daba ánimos y ocasionalmente echaba una mano. Su niñera también merodeaba por allí con un plumero, quitando el polvo de las piezas que ya estaban en su sitio y murmurando entre dientes sobre lo que diría su señoría si se enteraba de aquellos tejemanejes. Cuando el cuartel general estuvo listo (es decir, cuando todos los muebles estuvieron

encajados en su sitio, a pesar de las desportilladuras y los golpes, y las habitaciones quedaron decoradas con fotografías de tamaño natural de Hitler, Mussolini, Roosevelt y el capitán), Eugenia se encaramó a un sofá especialmente frágil y valioso, que se combó bajo su peso, y anunció que habría una ceremonia pública para la inauguración del nuevo cuartel general de Chalford el miércoles siguiente a las tres treinta.

—Bueno, ¿cómo ha ido? —quiso saber Noel, a quien el suspense estaba matando—. ¿Te ha gustado Anne-Marie? ¿Le has gustado tú a ella? ¿De qué hablabais? ¿Habéis congeniado?

—De maravilla —respondió Jasper—. Una gran chica, la señora Lace.

Noel casi soltó un gemido. Jasper percibió inmediatamente el estado de ánimo de su amigo, y le pareció bastante gracioso.

—Vamos a tomar una copa en el New Moon —propuso, decidiendo prolongar su agonía un poco más—. Deben de estar a punto de abrir.

»Y qué marido tan agradable tiene —prosiguió cuando se apostaron en la barra a la espera de que les sirvieran las cervezas—. Un hombre realmente encantador. Me ha contado algunas historias divertidísimas. Espero verlo muy a menudo a partir de ahora.

A Noel aquella noticia no le pareció en absoluto tranquilizadora. Sabía que Jasper siempre se esforzaba por estar en los mejores términos con los maridos.

Entonces Jasper cambió de tema como si nada. Le preguntó a Noel si había visto a Eugenia, cómo estaba y qué se traía entre manos.

—¿Y tú, has pasado una buena tarde? ¿Algún rastro de esos dos tipos? ¿No? Está claro que tampoco me seguían a mí. Por lo visto andan detrás de una de las chicas. Me pregunto de cuál...

Tomaron la cerveza en silencio. Noel tenía mil preguntas en la punta de la lengua, y no dejaba de devanarse los sesos en busca de algún modo de plantearlas sin resultar ridículo. Su aspecto era bastante patético, como si fuera a echarse a llorar en cualquier momento.

Entonces Jasper le lanzó unas migajas de consuelo.

—La señora Lace ha hablado mucho de ti —dijo.

Durante un instante, Noel esbozó una expresión de júbilo que no tardó en verse sustituida por una de aprensión. Le pareció más que probable que la conversación, dirigida por Jasper, se hubiese llevado a cabo en términos muy poco favorecedores, inseguro como estaba de la opinión de la señora Lace sobre él. Esperó que el siguiente comentario de Jasper lo hundiese en la miseria más profunda. Encogiéndose como si fuese a recibir un golpe físico, bebió un gran sorbo de cerveza y preguntó:

—¿Ah, sí? ¿Y qué ha dicho?

Sin embargo, de forma totalmente inesperada, a las migajas de consuelo les siguió la panadería entera.

—La señora Lace está loca por ti, viejo amigo. No piensa en nada más.

Noel siguió sospechando que ahí había trampa. Andándose con pies de plomo, dijo:

—No creo que lo esté en absoluto. Cuando está conmigo no lo demuestra, al menos.

—Mi querido amigo, eres un psicólogo escandalosamente malo. ¿No comprendes que la señora Lace es una de esas mujercitas tímidas y retraídas que esperan que sea el hombre el que tome la iniciativa? ¿No te has dado cuenta, por lo pronto, de lo reservada que es?

Ni siquiera Noel, cegado de amor como estaba, se había fijado en eso. Sin embargo, estaba más que dispuesto a creerlo.

—No te preocupes —prosiguió Jasper—, creo que a partir de ahora todo va a salir bien. Hoy he trabajado duro por ti, viejo amigo. Deberías estarme agradecido.

—¿Qué trabajo has hecho? —preguntó Noel con desconfianza.

—Para empezar te he puesto por las nubes, he dicho que tenías un carácter extremadamente noble, y tal y cual. Pero, todavía más importante, te he organizado una cita.

—¿No será con Anne-Marie?

—¿Con quién si no? Tienes que reunirte con ella en un sitio donde podáis estar todo el tiempo que queráis sin que os molesten..., un lugar romántico, un lugar que podría haberse diseñado (y probablemente así fue) para las citas de los amantes. Ella estará allí esperando tu declaración a las tres en punto de la tarde.

—¿Dónde es? —exclamó Noel, que como Jasper esperaba, era presa de un frenesí de excitación—. Rápido, Jasper, ¿dónde?

Jasper no contestó. Pareció haberse sumido en sus propias ensoñaciones, con la mirada perdida y una expresión absorta en el rostro.

—Jasper, maldita sea, ¿dónde está ese sitio?

—Por cierto, viejo amigo —dijo Jasper, regresando a la tierra repentinamente—, no me vendrían mal diez libras.

—Ya imagino —repuso Noel.

Hubo un largo silencio.

—Ah, ya veo —dijo Noel de mal talante—, conque chantaje, ¿eh?

—Oye, un momento, viejo amigo, esa palabra no me parece muy cortés. ¿Qué tal si lo llamamos comisión? Después de todo, de algo hay que vivir, ¿no?

—No veo por qué —replicó Noel.

Sin embargo, sacó un talonario y, de mala gana, procedió a extender un cheque por valor de diez libras.

Luego lo arrugó hasta formar una bola, que le arrojó a la cabeza. Jasper lo alisó cuidadosamente y lo leyó.

—Está hecho un desastre —dijo—, pero creo que servirá.

—El templo delante del lago junto a la antigua mansión de Chalford. Tienes que llegar ululando como un búho para demostrar que vas de buena fe; si todo está en orden, la señora Lace contestará con una alegre risotada. Ahora regresemos a nuestro hostel y averigüemos qué han estado haciendo las chicas toda la tarde.

Sin embargo, *lady* Marjorie y la señora Saint Julien no volvieron a hacer acto de presencia en toda la velada. Cenaron en su saloncito privado, como de costumbre, pero después no salieron a pasear al jardín para respirar el fresco aire nocturno, como solían hacer antes de irse a la cama. Se quedaron en su sala de estar y, a todas luces, estuvieron hablando por los codos. Jasper pasó casi toda la velada con la oreja pegada al ojo de la cerradura, obstaculizando así la labor de los detectives, que vagaban por allí como fantasmas con, al parecer, la misma intención que él.

Cuando, mucho más tarde que de costumbre, la señora Saint Julien se retiró a su propia habitación, se sorprendió un poco al ver que había una figura confortablemente arropada en su cama. Era Jasper.

—Todo controlado —dijo él—. Esos chicos me han visto colarme en la habitación de *lady* Marjorie; he entrado allí primero y luego he salido por la ventana para llegar hasta aquí. Resulta

ridículamente fácil engañar a un detective, y si es a ti a quien buscan a ella no le importará.

Poppy Saint Julien se sentó en la silla que había ante su tocador y lo miró con seriedad.

—Bueno, me pregunto cómo puedes saber que es a mí a quien buscan... Casi parece que hayas oído la conversación que he tenido con Marge hace un momento.

—Exacto —repuso Jasper, recolocando las almohadas para que su cabeza quedase más incorporada.

—Pareces carecer de cualquier noción acerca de las convenciones sociales más básicas.

—Tal vez lo que ocurre es que prefiero ignorarlas. Poppy empezó a cepillarse el pelo.

—De tu tono de voz de hace un rato —dijo Jasper—, se deducía que estabas enfadada por el comportamiento de Anthony Saint Julien. Lo siento.

Poppy siguió cepillándose el pelo.

—Al parecer, él también prefiere ignorar las convenciones sociales.

—Sí —repuso Poppy con melancolía—, pero él tiene excusa, pobrecito mío. Está enamorado.

—Yo también estoy enamorado.

—Eso dices tú. Pero eres un mentiroso, ¿no? Y me gustaría que no tiraras la ceniza del cigarrillo en mi cama.

—Entonces dame un cenicero, por favor, querida señorita Smith. Esa jabonera servirá. Un millón de gracias. ¿Quieres casarte conmigo?

—No seas tonto.

—Tonto es mi segundo nombre. Sin embargo, te he hecho una pregunta y quisiera una respuesta.

—Sal de la habitación, por favor.

—No hagas de gobernanta mandona.

—Quiero desvestirme.

—Pues desvístete.

—¡Oh! ¡Maldito seas! —exclamó Poppy.

—Vamos, mi querida señorita Smith —dijo Jasper—, sé razonable y escúchame un momento. Anthony Saint Julien no es de fiar y ya no te quiere porque anda detrás de desconocidas debutantes; en cambio, yo sí que soy de liar y sí que te quiero, y nunca te dejaré por otra persona mientras viva. Además, si te casas conmigo, todo el mundo estará contento: Anthony Saint Julien, su debutante, los detectives y yo. ¿No te parece una manera sencilla de hacer feliz a todo el mundo?

—Tú no puedes mantenerme con las comodidades a las que estoy acostumbrada —dijo Poppy.

—Ni tú a mí, ángel mío.

—Supongo que no, pero nadie espera que sea la esposa la que mantenga al marido.

—Nunca he entendido por qué. Me parece muy injusto.

—En absoluto. Lo menos que pueden hacer los hombres es mantenernos económicamente, teniendo en cuenta que somos nosotras, las mujeres, las que sufrimos todos los inconvenientes del embarazo y esas cosas.

—Bueno, nosotros tenemos resacas, ¿no? Viene a ser lo mismo, a fin de cuentas.

—En cualquier caso, la cuestión es que yo no puedo mantenerte y tú a mí tampoco. Deberías casarte con Marge.

—Lo sé. Haría una intentona si pensase que hay la más mínima posibilidad. ¿La hay?

—En absoluto.

—Pues ahí lo tienes. Ya lo sabía. ¿Para qué crearse falsas expectativas? ¿Ves? Parece que después de todo tendrás que ser tú, mi querida señorita Smith. No puedo decir que lo lamente demasiado. Eres increíblemente guapa, ¿sabes?

—¡Que amable! —dijo Poppy, bostezando. Y empezó a desvestirse.

La ceremonia de inauguración del cuartel general de Chalford coincidió con el cóctel para el que la señora Lace había enviado invitaciones. Como uno de los actos debía celebrarse a las tres y media de la tarde y el otro no comenzaba hasta las seis, pareció evidente que podría acudirse a los dos sin ningún problema. La fiesta de Anne-Marie se había organizado con el pretexto de poner en marcha la maquinaria de la representación. Iban a elegir un comité organizador y a considerar el reparto de los personajes secundarios (los papeles principales, el de Jorge III y la reina Carlota, ya los había acaparado la señora Lace para ella y Noel). En realidad, todo aquello resultaba innecesario. Jasper y Eugenia se las estaban arreglando perfectamente bien con los preparativos, pero proporcionaba la oportunidad que la señora Lace había estado esperando, a saber, una excusa para alardear ante los vecinos de los amigos y el amante que acababa de adquirir.

Naturalmente, le resultaba bastante molesto verse obligada a preservar el anonimato de Marjorie y a evitar susurrar conjeturas sobre la identidad de Noel; por otro lado, consideraba que ni siquiera los nombres de Foster y Jones ocultaban por completo la intrínseca buena presencia de sus portadores, mientras que el señor Aspect y la señora Saint Julien eran buenos peces gordos para su red. Además, ansiaba que llegara el glorioso día en que podría hacer gala de superioridad al afirmar que ella «lo sabía desde el principio». Cuando Chalford se enterase por fin de quién era la eminencia que allí se había cobijado bajo el nombre de Noel, el pueblo entero vería a la señora Lace desde una perspectiva más dramática. La gente diría: «¿Recuerdas, el verano pasado? Él se hospedaba en el Jolly Roger y se hacía llamar Noel Foster, y fue entonces cuando se enamoró de ella. Y pensar que ahora se han fugado juntos. Naturalmente, yo siempre supe que ella no se quedaría mucho tiempo en este sitio tan apartado, lo increíble es que se casara con ese pelmazo aburrido...». Incluso suponiendo que el sueño de fugarse juntos, que ahora ocupaba todos sus pensamientos, no llegara a hacerse realidad, se sabría que la señora Lace había sido el amor de su vida y que, aunque por razones políticas o de otra clase no había podido casarse con ella, Noel le seguía mandando cada año un pétalo de rosa seco en un estuche con su escudo.

Decidió que, después de aquello, se vestiría siempre de luto riguroso por su corazón viudo. También sería maravilloso susurrar a sus amigos íntimos: «Lo obligué a regresar. Él deseaba dejarlo todo por mí, pero yo no podía permitirselo. Tenía que dedicarse a su carrera, cumplir con su deber, hacer su vida. Es mejor así. Si le hubiese permitido hacer lo que él quería, con el tiempo

quizá habría empezado a odiarme; de este modo, nuestro amor sigue fresco y lozano, y será eterno. No, mi corazón está roto, pero no me arrepiento de nada». La señora Lace se dejaba llevar constantemente por su fértil imaginación.

La fiesta también estaba pensada como una oportunidad para demostrar a Noel que no era el único guijarro en la playa de la señora Lace; propósito superfluo, ya que el pobre Noel ya estaba firmemente convencido de que verla era desearla. Con ese fin, al artístico señor Leader y a sus colegas se los invitó a acudir desde Rackenbridge, esa Atenas local que hasta el momento había proporcionado a Anne-Marie todas sus cultas conquistas.

El gran día amaneció con tormenta en el aire, y poco después del desayuno la tormenta se desató también en el salón de los Lace. El comandante, cargando su pipa antes de marcharse a examinar a una vaca enferma, comentó con indiferencia:

—¿No era hoy tu jolgorio, Bella?

Anne-Marie esbozó una mueca de dolor. Le molestaba que utilizase su verdadero nombre, detestaba la palabra «jolgorio» y consideraba que el comandante Lace habría debido saber tan bien como ella que aquel era el gran día.

—He invitado a algunas personas a la hora del cóctel —dijo con su acento de alta sociedad—. ¿Te refieres a eso tal vez?

—¡Espléndido! Ya pensaba yo que era hoy. Me encontré con el viejo George Wilkins ayer en la feria y le dije que no se lo podía perder. Qué suerte que me acordase. No hay duda de que será la chispa de la fiesta.

Anne-Marie se quedó helada al oír esa noticia. Y, a continuación, entró en cólera. Se negó a que el señor Wilkins asistiera a la fiesta: era un hombre inapropiado, odioso, estúpido y desvergonzado. Lo odiaba. Odiaba su cara rubicunda, y Hubert lo sabía perfectamente, y Hubert solo lo había invitado por despecho, para estropear todos los planes de ella. Todos. Se echó a llorar.

El comandante Lace escuchó aquellas recriminaciones con una expresión de perplejidad que gradualmente se vio sustituida por otra de profundo desagrado.

—Querida mía, eres una esnob consumada —dijo en cuanto logró interrumpirla—. Ya sé qué piensas, que a esos nuevos y fabulosos amigos tuyos no va a gustarles el pobre George Wilkins, ¿eh? Bueno, pues resulta que te equivocas, estoy dispuesto a apostar una gran suma de dinero a que les gustará. Es el tipo más divertido que he conocido; de hecho, el viejo Wilkins le gusta a todo el mundo... menos a ti.

—No soy una esnob —exclamó la señora Lace airadamente—. Si fuese una esnob, ¿acaso sería amiga de artistas sin un céntimo como Leslie Leader? Al contrario, mucha gente diría que soy lo opuesto, que no soy lo bastante exigente. No es un esnobismo exigir ciertas cualidades en las amistades de uno... Yo, personalmente, prefiero codearme con gente con cierta cultura. Me desagrada la vulgaridad mental. Sin embargo, todo esto no viene al caso. Estaré encantada de que invites al señor Wilkins en cualquier otro momento. Pero a esta fiesta en particular es imposible que venga.

—¿Por qué?

—Por las razones que te he dicho. No es una persona adecuada para esta fiesta y, además, es tan *unsoigné*. Y, entre otras cosas, si él viniera Leslie Leader se marcharía de casa. Lo detesta por completo.

—Vaya, vaya, ¿de verdad? Eso hace aumentar la estima que le tengo. Nunca pensé que esa babosa blanca tuviese agallas para odiar a nadie. De todos modos, creo que voy a correr el riesgo; sería poco elegante desconvocar a Leader así, en el último momento.

—Naturalmente, eso ni se plantea. Voy a llamar por teléfono al señor Wilkins ahora mismo para decirle que cometiste un error.

—Anne-Marie, haz lo que quieras, pero te advierto que no asistiré a tu condenada fiesta a no ser que esté Wilkins —dijo el comandante Lace con determinación.

—¡Tonterías!, Hubert, claro que vendrás. Les parecería muy raro que no estuvieses, y, además, ¿quién prepararía los cócteles?

—Me importa un carajo quién prepare los cócteles. Que lo haga Leader.

—Ya sabes que no puede; es abstemio.

—¡Típico! En fin, si quieres que venga yo, también ha de venir Wilkins, lo tomas o lo dejas, querida mía. —Dicho lo cual, el comandante Lace se marchó dando un portazo en dirección a sus establos de vacas.

La señora Lace pasó buena parte de la mañana llorando de rabia. Durante el almuerzo no pronunció palabra, hecho del que aparentemente el comandante Lace no se percató, ya que actuó como de costumbre, hablando sobre la enfermedad de Johnie y la cantidad de bacterias de la tuberculosis que hay en una pinta de leche. No mencionó ni al señor Wilkins ni la fiesta, y en cuanto acabó de engullir la comida, salió disparado. Los preparativos de la fiesta mantuvieron a Anne-Marie ocupada durante la tarde, pero le proporcionaron poca satisfacción. Ni siquiera la llegada del señor Leader, que como había prometido acudía a decorar el salón con zarzamoras y celofán, mejoró su humor.

Sin embargo, mientras se cambiaba de vestido se fue animando, y para cuando empezaron a llegar los primeros invitados ya volvía a estar verdaderamente contenta. Tener invitados era lo que más le gustaba en el mundo y, considerando su falta de experiencia, era una anfitriona competente, con un inagotable afán por complacer.

Los vecinos fueron llegando uno tras otro: esposos, mujeres, hijas y algún hijo aislado de permiso o de visita desde Oxford. Todos eran muy afables y aburridos, y quedaron debidamente impresionados con los pantalones de noche de lamé plateado y el exagerado maquillaje de Anne-Marie. Los jóvenes de Rackenbridge aportaban, según ella, el punto perfecto de dejadez bohemia, con sus pantalones ajustados y sus camisas Aertex con el cuello abierto. De hecho, el decorado ya estaba listo para la entrada de los nuevos amigos de la señora Lace. Empezó a dirigir miradas ansiosas hacia el camino, y durante una hora entera tuvo que interpretar el papel de Pagliacci, charlando y riendo con el corazón destrozado, pues sus nuevos amigos no aparecían.

Cuando por fin llegaron, muy tarde y acompañados por una Eugenia sin medias, todos parecían al borde mismo del agotamiento.

—Verá, es que la fiesta de Eugenia nos ha dejado exhaustos —explicó Jasper—. Ha sido un absoluto desmadre de principio a fin. Pensamos que esta Eugenia nuestra es un genio. Eugenius, Eugenia. Eugenia.

—Ha sido estupenda —intervino *lady* Marjorie, a quien se veía mucho menos lánguida de lo habitual. Tenía color en las mejillas y le brillaban los ojos—. Pero cómo es que no ha venido usted, señora Lace; no puede imaginar qué fiesta tan estupenda.

—Hemos entonado himnos socialunionistas durante horas delante del cuartel general —añadió

Poppy—. «Adelante, camisas tricolores...». ¿Lo conoce? ¿Se lo enseñamos, o en otro momento tal vez? Luego hemos emprendido una maravillosa marcha al son de una banda cargados con banderas británicas. Y los camaradas eran divinos, guapísimos.

Se dejaron caer todos en sillas y se abanicaron. Poppy y Marjorie parecían cualquier cosa menos elegantes damas londinenses que supuestamente debían impresionar a las esposas locales. Eugenia, posando de pronto la mirada en el señor Leader, se lo señaló a Poppy y le dijo en un aparte:

—Es un conocido pacifista. ¿Lo pasamos por el rasero socialunionista?

—Ahora no —contestó Poppy en susurros—, estamos todos demasiado cansados.

Sobre la fiesta de la señora Lace empezó a cernerse una especie de sombra. Fue horrible para ella, porque nadie se comportaba de la manera que había planeado. La mayoría de los vecinos se habían ido a sus casas a cenar temprano, y los que quedaban formaban grupitos en el jardín y hablaban sobre deportes o departían con el comandante Lace sobre las iniquidades de la Junta de Comercio Lechero. Los chicos de Rackenbridge merodeaban por el bar comiendo y bebiendo todo lo que tenían al alcance, mientras que sus nuevos amigos no se portaban precisamente de maravilla, pues se limitaban a estar adoptando posturas de debilidad extrema.

—Que cansados estamos —repetían a modo de disculpa—, debería haber visto qué distancia hemos recorrido marchando, ha sido terrible. ¡Y con este calor, encima, uf!

Poppy, que para esa clase de cosas era una chica muy consciente, le susurró al oído a Jasper que deberían circular un poco más entre los invitados.

—Circulemos, entonces —contestó Jasper, pero no pasó nada.

La señora Lace acercó al señor Leader y se lo presentó a todo el mundo diciendo:

—Ha sido Leslie quien ha hecho toda esta maravillosa decoración para mí. Es un *surréaliste*, ya saben.

—¡Oh, qué interesante! —repuso Poppy educadamente—. ¿No son esas personas a las que les gustan los intestinos y arrancarles los ojos a los bebés?

Jasper dijo que en cierta ocasión había escrito una obra en la que toda la acción tenía lugar dentro del estómago de Jean Cocteau.

—Qué pena, vendí los derechos para la película —añadió—, si no, podría habérselos quedado usted. La cinta se estrenó en París y provocó que mucha gente tuviera que marcharse del Jockey Club y abandonar el catolicismo. Me sentí satisfecho.

Eugenia dirigió una mirada sombría al señor Leader y dijo con tono amenazador:

—Debería ver el interior del nuevo cuartel general de los socialunionistas.

—Es incluso más emocionante que el interior del estómago de Jean Cocteau —añadió Jasper.

Tras esas agudezas, la conversación decayó y el pobre señor Leader acabó por alejarse. Noel se arrellanó en el asiento y se tapó la cara con un periódico; nadie habría supuesto, viéndolo, que estaba locamente enamorado de su anfitriona, y tampoco iban a irse a casa los invitados con la impresión de que entre esas dos personas había un romance imperecedero. La señora Lace lo observó con desesperación.

Sin embargo, le esperaban cosas peores. En aquel momento, su odiado señor Wilkins, con un aspecto aún menos *soigné* de lo habitual y cubierto de polvo blanco, hizo su entrada en la habitación, acompañado por el comandante Lace, que se frotaba las manos.

—¡Aquí está por fin nuestro viejo amigo George, que ha perdido el control dos veces por el

camino! Pero más vale tarde que nunca, ¿eh, George? Me ha parecido oír tu vieja cafetera traqueteando sendero arriba. ¿Un cóctel o *whisky* con soda, eh?

—Adoro absolutamente el aspecto de ese hombre —le susurró *lady* Marjorie a Poppy.

—Desde luego tiene una cara de lo más graciosa —coincidió Poppy.

En ese punto, la señora Lace tuvo que ausentarse de la habitación para hablar por teléfono. Uno de los vecinos se había dejado un gabán, pasaría a recogerlo al día siguiente.

—Nos ha encantado su fiesta —añadió el vecino—, qué pena que hayamos tenido que irnos tan pronto.

La señora Lace estuvo de acuerdo en que era una pena, prometió poner el gabán a buen recaudo, y volvió al salón, donde se encontró con un espectáculo sumamente doloroso.

El señor Wilkins estaba sentado en un sofá entre la señora Saint Julien y *lady* Marjorie, y ambas se desternillaban de risa. El señor Aspect y el anónimo pero exaltado Noel, agachados en el suelo junto a ellas, también parecían divertirse muchísimo, mientras que el comandante Lace estaba de pie ante el grupo con la expresión de un prestidigitador que acaba de sacarse de la manga un juguete encantador.

—¿Y saben el del hombre que pide una copa de coñac? —estaba diciendo el señor Wilkins.

—No —contestaron al unísono.

—El camarero pregunta: «¿El señor lo quiere inglés o francés?», y el tipo contesta: «Me da igual, no pienso dirigirle la palabra».

El chiste provocó grandes carcajadas.

—¿Y el del tipo al que detuvo la policía?

—No.

—Le dijeron: «Cualquier cosa que diga podrá utilizarse contra usted», y él preguntó: «¿Me están diciendo que, diga lo que diga, lo pondrán contra mí?». «Sí», y el tipo dijo: «Muy bien, pues Greta Garbo».

Cuando la señora Lace contemplaba indignada aquella escena, el señor Leader se le acercó a despedirse con aspecto de haber captado un olor nauseabundo.

—Te acompañaré hasta el portón del jardín —dijo ella, contenta de tener una excusa para alejarse del odioso señor Wilkins y su éxito.

—Mi querida y encantadora Anne-Marie —dijo el señor Leader, apoyándole la mano en el brazo y con tono de reproche—, explícame a qué vienen esos nuevos amigos tuyos... ¿Qué sentido tiene que los frecuentes? Siempre me has dicho que te desagradaban muchísimo las personas ricas, finas, haraganas y estúpidas.

—No, no lo entiendes —respondió la pobre señora Lace—. En realidad son adorables, solo hoy parecen distintos. Si hablaras con ellos a solas no te parecerían estúpidos en absoluto.

—Querida mía, tienen que ser estúpidos si se han afiliado al Partido Socialunionista.

—¡Oh! Creo que todo eso es una broma.

—El socialunionismo no es ninguna broma. Es una amenaza para la obra de toda una vida de aquellos que, como yo, aman la paz y desean la igualdad para todos los hombres. Sin duda, Anne-Marie, no te habrás olvidado de todos tus maravillosos ideales en dos semanas escasas, ¿verdad?

—¡Oh! No, qué va —repuso Anne-Marie—. Pero siempre es interesante conocer gente, tratar de ver la vida desde un ángulo distinto, ¿no te parece? Y Noel Foster es, en muchos sentidos, muy excepcional. Los otros son agradables, pero él es diferente de cualquier persona que haya

conocido antes. No puedo explicarte por qué, tienes que volver a verlo en circunstancias más tranquilas y comprobarlo por ti mismo.

—No, gracias —contestó el señor Leader—, esta tarde ya lo he visto bastante.

—Me preguntaba —prosiguió la señora Lace— si todos vosotros, los de Rackenbridge, vais a ayudarnos con la representación histórica. Queremos que grupos distintos se encarguen de los diferentes episodios, aunque aún no hay nada definitivo.

El señor Leader dijo que lo pensaría.

—Ahora debo despedirme, maravillosa criatura. No olvides que eres la mayor inspiración que podría tener cualquier hombre, y nunca derroches tu amistad con alguien que pueda no ser digno de semejante don.

La señora Lace sintió deseos de darle una patada por no hacerle aquel bonito cumplido en presencia de Noel. Le pareció un completo desperdicio que lo pronunciara entre los húmedos laureles al fondo del jardín.

Cuando regresó a la casa descubrió que todos sus invitados se habían marchado con la excepción del señor Wilkins y su claqué, que seguía admirándolo.

—Aquí está Anne-Marie —dijo Noel con tono cariñoso—. Ven aquí y habla con nosotros un poco. Ya has hecho de anfitriona el tiempo suficiente.

—¡Oh, sí! —exclamó Poppy, haciéndole sitio en el sofá—. Queremos contarle todas las cosas que hemos estado organizando para la representación histórica.

—¡Ah! La representación histórica.

La señora Lace se sintió más contenta. ¿Qué más daba que su cóctel no hubiese ido todo lo bien que esperaba, cuando aún tenía la brillante perspectiva de la representación histórica? Se recordó que ella y Noel interpretarían los papeles de la reina Carlota y Jorge III. Juntos, se abrirían paso entre los vítores de las multitudes con inclinaciones de cabeza a derecha e izquierda, blanco de todas las miradas, en el precioso carruaje histórico que *lady* Chalford les prestaría para la ocasión.

Anne-Marie no podía quitarse esa imagen de la cabeza; pensaba en ella en casi todo momento. Qué dulce y guapa se la vería con el encantador tocado, qué apuesto estaría Noel con peluca y uniforme; qué evidente sería para todos los que observaran el gran amor que sentían el uno por el otro. En días venideros, aquellos que los hubiesen visto comentarían: «Qué lástima no haber sabido entonces quién era él en realidad. Supongo que podríamos haberlo sospechado por la elegancia y la soltura con que reconocía las ovaciones. Estaban profundamente enamorados, por supuesto, nadie podría haberlo pasado por alto. ¡Qué romántico es todo esto!».

Quizá aparecería su fotografía en los periódicos, una fotografía en que Noel la estaría mirando, derrochando amor por los ojos. El embriagador panorama de posibilidades que se extendía ante Anne-Marie cuando pensaba en la representación histórica no tenía fin.

¿Qué estaba diciendo Poppy?

—Sí, ha sido idea de Marge. Qué lista ha sido al pensar en ello, y ya está todo decidido. ¡El señor Wilkins será Jorge III! Por fin ha prometido que lo hará, pero hemos tenido que pedirselo de rodillas para convencerlo, ¿no es así, señor Wilkins? Y eso convertirá la representación en un éxito maravilloso, porque no ha habido nunca dos personas que se parezcan más que el señor Wilkins y Jorge III, ¿no lo había notado? Bueno, y ahora deberíamos ir volviendo a Chalford, porque es terriblemente tarde y la cena estará lista. Nos ha encantado su fiesta, en especial haber

conocido al señor Wilkins. Muchísimas gracias por todo, y por presentarnos al señor Wilkins, ha sido divino por su parte. Adiós, señor Wilkins, nos vemos mañana, entonces, sobre la una.

El comandante Lace no logró entender por qué su mujer lloró hasta caer dormida aquella noche. Supuso que debía de haberse quedado en estado otra vez.

Al día siguiente, a la hora habitual, Noel, ululando de vez en cuando, se abrió paso a través de la maleza que rodeaba su lugar de encuentro. Al no oír canto alguno por respuesta, supuso que Anne-Marie no había podido acudir. Sin embargo, la encontró desplomada, sumida en el desaliento, en los peldaños del templo, y al cabo de muy poco la tenía llorándole a moco tendido en el hombro.

—Cariño, de verdad que no consigo entender por qué tiene tantísima importancia —dijo Noel cuando por fin hubo entendido la razón de toda aquella desdicha—. Por supuesto que habría sido divertido hacerlo juntos, y es todo un detalle por tu parte que te preocupes tanto, pero en realidad *lady* Marjorie tiene razón: el señor Wilkins es el vivo retrato de Jorge III. Me pareció que había sido bastante astuta al advertirlo.

—¡Oh, no lo entiendes! —sollozó la señora Lace—. No soy tan estúpida como para armar todo este jaleo por un simple espectáculo histórico, aunque sí tenía grandes deseos de actuar contigo, especialmente.

—¿Qué pasa entonces, querida? —quiso saber Noel, que empezaba a aburrirse de aquella escena.

—Soy muy desdichada, terriblemente desdichada.

—Querida mía, ¿por qué?

—Eres tan desalmado conmigo... Creo que ya no puedo soportarlo más.

—¿Desalmado?

—Por todo este misterio.

—¿Qué misterio?

Para entonces, la señora Lace había recobrado más o menos la compostura. Sabía que estaba muy guapa cuando lloraba, siempre y cuando el llanto durase solo un ratito. Solía interrumpirse, por tanto, en el momento oportuno. Así lo hizo entonces, y procedió a cepillarse el cabello y empolvase la nariz dirigiendo de vez en cuando miradas a hurtadillas a Noel bajo las húmedas pestañas.

—Verás, cariño —continuó por fin—, es bastante cruel, lo de que no me cuentes nunca nada sobre ti.

«Típico motivo de queja», se dijo Noel.

—Querida mía, en realidad no hay mucho que contar. La historia de mi vida hasta la fecha es

aburridísima, créeme.

—Los detalles más insignificantes sobre ti son interesantes para mí —repuso Anne-Marie con vehemencia.

—Bueno —dijo Noel con el tono alegre y burlón que era uno de sus rasgos menos atractivos —, ¿empiezo por el principio? Nací de padres pobres pero honrados...

—¿Dónde?

—¿Que dónde nací? No lo sé con exactitud, fue en algún lugar de los Balcanes. Resulta que mi padre era arqueólogo, y él y mi madre pasaron los primeros años de su vida de casados vagando por esa parte del continente. Sé que ella lo pasó mal cuando yo nací, porque fui prematuro, y pasaron siglos sin poder localizar un médico como Dios manda. Ambos se mostraron siempre muy poco precisos al respecto.

Sí, ya veo. ¿Dónde te educaste, entonces?

—En Inglaterra, por supuesto. Cuando estalló la guerra, las circunstancias obligaron a mis padres a instalarse en Hampton Court, y fui a un colegio privado y a Eton, como cualquiera. Quisieron mandarme a alguna universidad extranjera, es verdad, pero hubo una serie de complicaciones y acabé yendo a Oxford.

—Y tus padres, ¿no regresaron nunca?

—No. Después de la guerra, dijeron que eran demasiado viejos (se habían casado bastante tarde). Además, las cosas habían cambiado tanto para entonces que prefirieron quedarse en Hampton Court. Ahora los dos están muertos.

Esa conversación pareció confirmar las sospechas que ya se estaban formando en la cabeza de la señora Lace. Estaba claro que Noel era el legítimo rey de alguna Ruritania que, en la soledad de un pueblo inglés, se preparaba para el *coup d'État* que debería reinstaurarlo en el trono. Un día de esos aparecería el mensajero y le anunciaría que había llegado el momento propicio y que el pueblo y los regimientos estaban debidamente mentalizados para darle de nuevo la bienvenida a la tierra de sus padres. Aquellos dos extraños hombres que había advertido merodeando por el Jolly Roger eran, sin duda, miembros de su guardia personal. La ignorancia total de la señora Lace sobre la política de Europa central, combinada con su naturaleza imaginativa, hizo que semejante conjetura le pareciera un hecho indiscutible; desde el instante mismo de su concepción, no tuvo el más mínimo recelo al respecto.

—¿Cómo se te ocurrió venir aquí? —preguntó sin tapujos.

Noel pareció incómodo. Difícilmente podía explicar sus motivos exactos para acudir a Chalford. Se preguntó si la señora Lace habría hablado de ello con Jasper y, de ser así, qué impresión se habría llevado. Por si acaso, murmuró sin concretar demasiado:

—Oh, no sé, solo estoy esperando a que surja algo.

El mensajero. Las noticias de su capital.

—Y ¿cuánto tardará en surgir? ¿Cuánto tiempo más esperas pasar aquí?

—Sencillamente todo el tiempo que pueda continuar viéndote todos los días, mi querida Anne-Marie.

—Ojalá me llevaras lejos de aquí —soltó ella con tono apasionado.

Noel frunció el ceño. Había estado esperando que esa conversación tomase un rumbo parecido.

—Cariño —repuso con toda naturalidad—, ¿qué iba a decir tu marido si lo hiciera?

—Se divorciaría de mí, y me importaría un comino.

—Mi querida Anne-Marie —dijo Noel, besándole la mano y oprimiéndosela con la suya—. He de explicarte algo, debería haberte explicado antes que no estoy en situación de casarme con nadie. Si lo estuviera, sería mi sueño dorado casarme contigo. Pero, por muchas razones, no es posible, ¡ay! Tienes que confiar en mi palabra al respecto, cariño.

Ahora viene la tormenta, se dijo Noel; ahora viene media hora de reproches históricos. Sabía exactamente qué iba a decir ella, había oído todo aquello antes. «Para ti no he sido más que una agradable diversión veraniega, pero tú, para mí, eres la vida misma», etcétera.

Cuando acabara, haría falta todo su tacto para volver a dejar las cosas más o menos como estaban antes, algo que confiaba de veras en conseguir. Pues seguía pensando que la señora Lace era una joven tremendamente atractiva.

Hubo una pausa durante la cual sintió formarse la tormenta. Se encogió, metafóricamente hablando, y se subió el cuello del abrigo. Pero, para su enorme sorpresa y su alivio, no se desató tormenta alguna. La señora Lace le rodeó el cuello con los brazos y le susurró al oído:

—Lo entiendo muy bien, ángel mío. No pensemos más en todo esto. Debemos ser felices juntos mientras aún sea posible la felicidad, y tratar de olvidar que no está lejos el día en que tendremos que separarnos, quizá para siempre. Y cuando ese día llegue, seamos valientes y ocultemos, si no el uno al otro, sí al mundo, nuestros corazones destrozados.

Noel apenas podía creer lo que oía. Se dijo que la señora Lace era, con mucho, la mujer más increíble que había conocido nunca.

—Te he dicho siempre que esa mujer era algo fuera de lo corriente —le comentó esa noche a Jasper tras repetir en su honor la conversación entera. La relación entre ambos era ahora muy cordial, y Noel sentía tanta gratitud por la intervención sorprendentemente leal de Jasper en el asunto que había perdonado y olvidado el chantaje posterior. Desde la tarde en que Jasper fue a ver a Anne-Marie, ella le había mostrado a Noel un amor perfectamente formidable, y a él le daba la sensación de que le habría llevado semanas de tímido cortejo conseguir un resultado como aquel.

Jasper observaba la situación que se desarrollaba ante sus ojos con diabólica diversión, y no pudo resistirse a contarle a Poppy lo que había hecho.

—¡Oh! Pues pobrecilla señora Lace —repuso ella, riendo—; de todas formas, supongo que no creyó una sola palabra.

—Y tanto que sí. ¿Por qué si no está siendo de pronto tan mona con Noel? Antes apenas lo miraba.

—Eso es verdad. Me parece tremendamente divertido, pero también tremendamente cruel por tu parte, Jasper.

—Qué va. La chica lo está pasando en grande, y Noel también. Creo que fue un gesto sumamente simpático por mi parte, sobre todo habiendo podido quedármela para mí con solo mover un dedo, y es un auténtico bombón.

—De verdad que lo tuyo es escandaloso, Jasper. Pásame la jabonera, ¿quieres?

En la siguiente ocasión en que estuvieron todos juntos, Poppy no pudo resistirse a tratar a Noel con exagerada deferencia por el bien de la señora Lace.

En cuanto a Anne-Marie, sus sueños se volvían más extravagantes con cada día que pasaba. Se veía ahora como la figura central de alguna tragedia inminente. En la escena de despedida, Noel,

con botas y espuelas y lleno de relucientes condecoraciones, la besaba a la luz de la luna mientras un secretario privado que sujetaba dos caballos lo esperaba a una distancia discreta. «Acepta este anillo y llévalo siempre, era de mi madre». Noel se embutiría el pequeño guante de ella (o su pañuelo, más le valía encargar algunos nuevos) en el cinturón y se alejaría al galope dejándola atrás, desfallecida. Seguirían semanas monótonas durante las cuales ella leería a los periódicos en busca de noticias sobre el triunfo de su amado. Entonces, mucho después, la boda. Anne-Marie, atraída como por un imán hasta la capital, estaría de pie entre la multitud mientras Noel se acercaba cabalgando con gran ceremonia para casarse con alguna princesa real de fealdad sin precedentes. Ella estaría de pie, cubierta por pesados velos, pero la mirada de él atravesaría su disfraz. El rostro de Noel asumiría una palidez cadavérica, y se mordería el labio hasta sacarse sangre para ocultar su temblor. Entonces, recobrando la compostura con gesto regio, continuaría cabalgando entre los vítores del populacho. En ese momento, el asesino sacaría el arma y, veloz como el rayo, ella se arrojaría ante él y detendría la bala con su propio cuerpo. Al cabo de unos minutos, moriría en brazos de Noel. Cuando le cerrara los ojos, él se arrancararía la más alta condecoración que pudiese conferir para prendérsela en el pecho. Había una alternativa. Tal vez, en el momento de su triunfo, Noel enviaría a buscarla y la instalaría en algún palacio magnífico que conectaría con el suyo a través de un túnel subterráneo. Ella se convertiría en su genio bueno y, con su maravillosa intuición femenina, lo guiaría a través del atolladero de la política interna e internacional. Los hombres de Estado de todos los países se inclinarían ante ella y solicitarían su mediación con el rey, y a su muerte, su extraña vida se recogería por escrito en varias lenguas distintas. En realidad, aquellas interesantes posibilidades no tenían fin.

Al día siguiente de su escena con la señora Lace, Noel se vio obligado a ir a Londres. Su abogado quería verlo; empezaba a serle necesaria una visita al dentista. Jasper sugirió que, ya que iba, aprovechara la oportunidad para comprarle un pequeño regalo a Anne-Marie.

—Que yo sepa, nunca ha hecho mucho daño en esta fase del proceso —comentó—, y después de todo te sobra la pasta, ¿no es así, viejo amigo?

Noel contestó que no era precisamente gracias a Jasper. Sin embargo, le pareció una buena idea, y cuando hubo concluido todos sus asuntos y almorzado, se dirigió a una casa de empeños y compró una aguamarina pequeña pero bonita engastada en un anillo. El precio, como le explicó el joyero, era sumamente razonable porque el mercado se había visto inundado desde la venta de las joyas imperiales rusas, que habían incluido varios juegos de esas gemas.

Para darle más romanticismo al regalo, dijo mientras lo deslizaba en el dedo de Anne-Marie:

—Este anillo, amada mía, brilló una vez en el dedo de una emperatriz, pero no era ni la mitad de guapa que tú.

—¡Una emperatriz! —exclamó la señora Lace—. ¡Qué maravilla!

Entretanto, los preparativos para el espectáculo histórico avanzaban a buen paso. Se había dispuesto que los huéspedes del Jolly Roger, la señora Lace y Eugenia y sus camaradas de la sección de Chalford serían responsables del vestuario y de la escena inaugural, en la que Jorge III haría su entrada para ser recibido en Chalford House. Después, Jorge y Carlota, rodeados por sus cortesanos, subirían a un pequeño estrado en el que les esperaban sendos tronos, y allí permanecerían mientras el resto de escenas, consistentes en acontecimientos destacados de su

reinado, se representaban ante ellos en jardín. Eugenia había confiado dichos episodios a distintas secciones vecinas de socialunionistas, cada una de las cuales se responsabilizaría de un episodio. (El señor Leader y sus amigos, al enterarse de que el espectáculo contaba con fondos de los socialunionistas, habían insinuado educadamente a la señora Lace que no podrían serle de ayuda).

Los ensayos para la primera escena habían empezado ya. La señora Lace, que se había resignado a la deprimente necesidad de aparecer en escena con el señor Wilkins, se alegró muchísimo cuando Jasper le prometió que Noel, en el papel del lord Chalford de entonces y vestido con la auténtica ropa del noble, los recibiría en la puerta principal, la ayudaría a bajar del carruaje y la llevaría del brazo hasta el estrado, donde pronunciaría un discurso de bienvenida. Eugenia, en el papel de princesa de Gales, Poppy en el de Fanny Burney, y *lady* Marjorie en el de duquesa de Devonshire estarían allí asimismo para recibirlos con aparatosas reverencias. La señora Lace tuvo la impresión de que, después de todo, tendría más oportunidades de intercambiar gestos coquetos con Noel de ese modo que si hubiesen llegado juntos en el carruaje, y se sintió feliz. Cuando hubo concluido el primer ensayo, Jasper le comentó a Poppy que quienes presenciasen la representación iban a asociar el nombre hasta entonces sin mácula de la reina Carlota con horribles escándalos.

Lady Chalford había invitado a Jasper a escribir y dirigir la obra, visto el conocido talento de su abuelo para redactar ingeniosas tarjetas de san Valentín. A Jasper la tarea le estaba resultando cualquier cosa menos agradable, pues cada decisión que tomaba parecía ofender a alguien, y Eugenia lo acosaba sin piedad insistiendo en que debía introducir elementos que revistieran gran interés para los socialunionistas.

—Mi querida niña, no veo cómo voy a hacer algo así —repuso él, desesperado—. Piénsalo un poco, ¿qué tienen en común Jorge III y el socialunionismo? Absolutamente nada.

—¿Y qué me dices de la gloria de Inglaterra? —soltó Eugenia con tono grandilocuente.

—Qué gloria ni qué narices. La gente corriente recuerda a Jorge III por el simple hecho de que se volvió chiflado y perdió América. Eso es todo lo que se supone que el pobre tipo hizo por Inglaterra.

—Pues no es culpa mía —dijo Eugenia—. Si vamos a celebrar un grandioso acto socialunionista con espectáculo histórico incluido, el socialunionismo tiene que aparecer en él de alguna manera.

Jasper se tiró de los pelos.

Al día siguiente, Eugenia apareció muy temprano en el Jolly Roger tras haber pasado la noche en vela enzarzada en la redacción de un escrito. En cuanto Jasper se hubo levantado, le tendió un documento en el que se leía lo siguiente:

Discurso de Jorge III

¡Salve! Y gracias a todos por vuestros buenos deseos. Nos complace hallarnos entre nuestros leales súbditos arios de Chalford y alrededores. En nuestro discurso de hoy, hemos pensado que os contaríamos un sueño profético y muy curioso que tuvimos anoche. Soñamos que, de manera gradual, este glorioso país nuestro empezaba a hundirse en el fango y el cieno de una democracia en decadencia. América, como tenemos la seguridad de que todos habréis advertido con espanto, se ha visto

contaminada por el mal, y suponemos que no tardaremos en tener que sacarla a patadas de nuestro glorioso imperio. Pero ni siquiera ese maravilloso acto previsor por nuestra parte supondrá diferencia alguna a la larga. Nada puede salvar a nuestro país de un contagio que ha de arrasarse la tierra. No importa, britanos, no desesperéis, pues en nuestro sueño hemos visto que, cuando todos os hayáis sumido en la noche más oscura, gobernados (si puede utilizarse semejante término) por una jauría de ancianas calamitosas que deberían llevar años muertas, despuntará un nuevo día. Entonces las ancianas se verán obligadas a retirarse a sus impíos lechos, y unos jóvenes y victoriosos camaradas ocuparán su lugar en Westminster. En esos días, resonará en las calles el clamor de los jóvenes que marcharán, todos con su pequeño estandarte, hacia la consecución de una gloriosa Britania. Un nuevo espíritu, el espíritu del socialunionismo, imperará en nuestra tierra, la vitalidad volverá a fluir por sus maltrechadas venas, y a la odiosa democracia le llegará su hora y morirá. Y ahora entonemos todos juntos el himno del socialunionismo, Tierra de los camisas tricolores de la madre patria.

—¿Qué te parece? —quiso saber Eugenia.

—Es un buen discurso —contestó Jasper, al que se le había metido cerveza por la nariz y estaba atragantándose contra el pañuelo.

Cuando el señor Wilkins lo vio, dijo que era muy común pero demasiado largo para aprenderse de memoria.

—¡Oh! Pero tiene que intentarlo —dijo Eugenia—. Un discurso como este quedaría fatal si lo leyera. Apréndase una frase cada día, tiene un montón de tiempo por delante.

—Lo intentaré —repuso el señor Wilkins de buen talante.

—Confío en que se una usted al partido socialunionista —continuó Eugenia—. Se le solicitará un pago de nueve peniques al mes, la camisa tricolor cuesta cinco chelines y la insignia, seis peniques. Cuando se haya afiliado, podrá utilizar el cuartel general siempre que lo desee. Tengo la esperanza de organizar pronto allí la instrucción en el boxeo y otros deportes socialunionistas, y celebraremos también reuniones sociales todas las veladas de los martes. Así que ánimo y únase a nosotros.

—Cualquier cosa por complacerla, señorita Eugenia, pero me temo que a día de hoy no sé gran cosa del partido... Pero espere un momento, ¿se opone a los extranjeros y la Sociedad de Naciones? Porque si lo hace, me afiliaré encantado. Malditos extranjeros del demonio.

El señor Wilkins había pasado varios años en las plantaciones de té en Ceilán, donde al parecer «extranjero del demonio» es una expresión de oprobio habitual.

—Pues sí —contestó Eugenia muy seria—. Algunos pensamos en esterilizar a todos los extranjeros, ¿sabe?

Pero no estoy segura de que nuestro capitán vaya a llegar tan lejos.

—¡Esas son las cosas que hay que inculcarles a las tropas! ¡Bien hecho, es justo lo que les hace falta! También pienso que Hitler es un tipo espléndido, aunque no lleva las cosas un poquitín demasiado lejos. A los hombres puede dispararles cuando le parezca, quiero decir, pero nada de cargarse a sus esposas ni el desayuno, ¿eh?

—Cuando tiene lugar un tiroteo —dijo Eugenia con frialdad—, el deber de una mujer es

retirarse al sitio que le corresponde, el dormitorio. Si interfiere en los asuntos de los hombres, debe apechugar con el mismo destino que un hombre.

—Tienes cierta razón en lo que dices, diantre. Las mujeres tienen la condenada afición de meter las narices en cosas que no son de su incumbencia, sobre todo últimamente. Mira qué te digo, voy a afiliarme... ¿Cuánto has dicho que te debo?

—Son nueve peniques al mes, la camisa tricolor cuesta cinco chelines y la insignia, seis peniques. Tiene que firmar aquí, ¿lo ve?

La desazón de Jasper como director de la representación teatral llegó a su clímax cuando Poppy se le acercó para decirle:

—Mira, querido, Marge quiere saber por qué no puede ser ella la reina Carlota en lugar de la señora Lace. Di que sí.

—No, me parece que no, de verdad —contestó Jasper—. Además, ¿por qué quiere ser ella la reina, así, de repente?

—Bueno, no quería que te lo dijera, pero supongo que tendré que hacerlo. Lo cierto es que... bueno, pues que el señor Wilkins le gusta, y claro, es natural que quiera ir en el carruaje con él.

—Mi querida señorita Smith, pues tendrás que decirle que sea sensata. Dile que puede hacerle tantos ojitos como quiera en el estrado (más le vale que la señora Lace le dé algunas clases sobre gestos amorosos), pero no veo cómo puede alterarse a estas alturas la obra entera.

—¡Oh, vaya por Dios! ¡Vaya por Dios! Marge va a ponerse simplemente furiosa. Está acostumbrada a salirse siempre con la suya.

—Todo cuanto puedo decir es que tendrá que ponerse furiosa por una vez. Lo cierto es que hasta mi propio puesto corre peligro si le digo a la señora Lace que no puede ser la reina Carlota. Lo más probable es que Noel deje de pagar mis gastos aquí si lo hago, ¡y supongo que no querrás que me vuelva derecho a Londres! No, ángel mío, lo siento mucho, pero es del todo imposible. Pero sí que te diré qué voy a hacer, si quieres.

—¿Qué?

—Voy a darte un buen mordisco en la nuca.

—No, gracias —contestó Poppy—. Bastantes cardenales tengo ya, la verdad.

Sin embargo, la cuestión no quedó zanjada ni mucho menos, pues la propia *lady* Marjorie pasó a la carga, fervientemente apoyada por Eugenia.

—¿Va a ser esto un gran mitin socialunionista o no? —quiso saber esta última, furibunda—, porque si lo es, lo lógico es que les demos los mejores papeles a los camisas tricolores. La señora Lace no solo no es uno de los nuestros, sino que es bien sabido que es buena amiga de los pacifistas; de hecho, no me sorprendería que fuera una espía. Me parece absurdo entonces insistir en que sea ella quien vaya en el carruaje, aclamada y vitoreada por los socialunionistas.

—Pues deberíais haber pensado antes en todo eso —dijo Jasper con cierta irritación—, no cuando ya está todo organizado. Personalmente, me importa un pimiento quién interprete qué papel, y en realidad desearía que estuvieses todos en el fondo del mar, pero deberías recordar que esa condenada belleza local está trabajando como una negra para hacer vuestros vestidos, y si quiere interpretar el papel de la reina menos atractiva de la historia, yo diría que permitírsele es una cuestión de simple decencia. En cualquier caso, debéis arreglarlo entre vosotras. Me niego en

redondo a ser yo quien le haga la más mínima sugerencia.

—Oh, bueno, entiendo qué quieres decir —repuso *lady* Marjorie de buen talante—. Se lo preguntaré yo misma mañana, en la reunión del comité.

Cuando lo hizo, sin embargo, la señora Lace se mostró absolutamente firme. Escuchó con calma mientras le sugerían el cambio, y entonces repuso que era una verdadera lástima, pero el traje de la reina Carlota ya estaba terminado y no podría arreglarse para que le cupiera a *lady* Marjorie, pues no había forma de soltar las costuras en las caderas y en torno a la cintura. Marjorie, a la que nunca le habían hablado de aquella manera, sintió más sorpresa que enfado, y se tomó la derrota con el mejor humor. Poppy y Eugenia se pusieron furiosas y comentaron después que la señora Lace era un mal bicho, y Poppy se apresuró a decirle a la señora Lace que, puesto que era igualita a la reina Carlota, hacía bien en quedarse ella el papel. Por desgracia, la absoluta ignorancia de la historia inglesa que tenía su víctima impidió que su saeta parta diera en el blanco.

Noel y Jasper, que últimamente se encontraban muy rara vez ante una copa tranquila en el *Rose Revived*, decidieron hacerlo entonces y estuvieron de acuerdo en que las mujeres eran imposibles en todas partes excepto en el sitio que, según Eugenia, les correspondía. Noel ya no se ponía de parte de la señora Lace en todo; seguro como estaba ahora del gran amor que sentía por él, era capaz de adoptar una postura prepotente, y no se sentía en absoluto inclinado a poner en peligro toda futura relación con Eugenia Malmains por su causa.

La señora Lace, por su parte, tranquila en la certidumbre de su propia situación romántica, tenía ahora la sensación de que podía tratar a las exprometidas de duques y a las nietas de condes con la más perfecta indiferencia. Llevaba la cabeza bien alta y se daba el lujo de mostrarse sumamente desagradable con todo el mundo menos con Noel.

Entretanto, los dos detectives continuaban ejerciendo su lúgubre oficio. Parecían ignorar la necesidad de reposo y no paraban de sorprender a los huéspedes del Jolly Roger con su aparición en los sitios más inesperados. En cualquier momento del día o de la noche, surgían de los rincones oscuros como siniestros muñecos de cajas de sorpresas. Finalmente, Jasper hizo un intento heroico aunque infructuoso de ganarse su confianza. Los invitó a una copa tras otra en el bar. Resultó que tenían más o menos el aguante de un toro; y aunque tras el cuarto *whisky* se relajaron lo suficiente como para reconocer cuál era su profesión, y tras el séptimo hicieron algunas revelaciones sorprendentes sobre las tendencias actuales de la sociedad londinense moderna, el ingenio y la generosidad humanas fracasaron en su intento de sacarles nada más. Con respecto a las dos cosas que tanto ansiaba saber Poppy —esto es, quién los empleaba, el propio Anthony Saint Julien o la madre de su debutante, y cuánto sabían sobre su relación con Jasper—, siguieron sin soltar prenda. El fin del asunto fue que los detectives se vieron obligados a llevar a Jasper escaleras arriba hasta la cama, donde permaneció, completamente vestido y con la vista fija en la bombilla, hasta bien entrado el día siguiente.

—No te preocupes —le dijo a Poppy cuando se hubo recobrado más o menos del ataque de intoxicación etílica que padeció—. Mi relación con ellos es ahora estupenda, y eso siempre es algo. Lo peor de todo es que me parece que les conté que tú y yo estamos comprometidos. ¿Tú crees que importará que se lo haya dicho?

—No lo sé —contestó Poppy—. No creo que haya sido muy inteligente por tu parte; además, no lo estamos.

—¡Oh! ¿No estamos comprometidos? Pensaba que sí.

—No, en absoluto —dijo Poppy—. Deberías tener presente el hecho de que ya tengo un marido perfectamente bueno, ¿no?

—Lo de perfectamente bueno me parece un eufemismo. Además, para cualquier hombre con dos dedos de frente es obvio que en este momento vas derecha a los tribunales de divorcio.

—Ese no es motivo para que quiera casarme contigo —repuso Poppy—. En cualquier caso, confío en que tengas la cautela de entrar siempre a través de la habitación de Marge. Lo haces, ¿verdad, Jasper?

—Lo hago cuando me acuerdo. Esa clase de cosas son facilísimas de olvidar.

—Pues me harías un favor si lo tuvieras presente de todas formas. A fin de cuentas, solo tengo que aguantar el tiempo suficiente para que Anthony Saint Julien se vea obligado a permitir que me divorcie de él. Entonces viviremos a lo grande.

—Solo más o menos. No olvides la espantosa temporada que pasa la parte inocente antes de la sentencia firme, con procurador del rey encima todas las noches. Pienso muchas veces que uno debería contemplar todos los aspectos de una cuestión antes de tomar medidas concretas. Sin embargo, veo que estás admitiendo nuestro compromiso, y eso ya es algo.

—No me digas. No estoy haciendo nada parecido.

—Se me ha ocurrido un plan muy bueno con el que aún podríamos sacar algo de dinero con que vivir. Iremos a ver a mi abuelo, que está aparcado en un asilo cerca de aquí. Igual se enamora de ti (por lo visto es cosa de familia) y nos cede sus bienes.

—Si está aparcado allí, no tendrá ningunos bienes que cedernos, ¿no? —dijo Poppy.

—Ahí es precisamente donde te equivocas, mi pequeña señorita sabelotodo. Verás, resulta que mi abuelo está en un aparcamiento muy especial donde solo admiten a lores lunáticos y cuyas normas son distintas de las de los sitios corrientes. Lo donó en 1864 una aristócrata vieja y rica que estaba a su vez claramente chiflada; lo hizo construir según los planos exactos de la Cámara de los Lores, para que se sintieran como en casa, y fue improvisando las normas sobre la marcha. En cierta ocasión me hice con una copia de ellas, tenía la sensación de que podían resultarme útiles... Aquí están. —Sacó un fajo de papeles mecanografiados del bolsillo—. Te leeré solo las partes que importan. Al principio hay una especie de prefacio en que se señala que la locura es un mal que puede recaer sobre cualquiera de nosotros, desde el más humilde al más noble, y que, por lo tanto, es posible que hasta los lores del reino sufran el ataque de tan angustiante enfermedad. La ancianita se refiere a continuación a un escándalo vergonzoso, a una mancha en el nombre de Inglaterra. A muchos de esos pobres y buenos viejitos, afirma, se los ha dejado perecer en la atmósfera odiosa y nada refinada de los manicomios corrientes sin que ellos tuvieran culpa alguna. Por lo visto, semejante escándalo la tenía obsesionada hasta tal punto que pasaba la mayor parte del tiempo visitando a los pobres viejos y tratando de hacerles la cosa más llevadera; les leía, les enseñaba a jugar al póquer y otras útiles y provechosas ocupaciones, y les proporcionaba, hasta donde lo permitieran las reglas de sus asilos, los pequeños lujos que tanto contribuyen a que merezca la pena vivir. «Tengo la sensación —dice—, y nuestra querida reina me ha concedido la gracia de dar su visto bueno a mis sentimientos con respecto al asunto, de que todo cuanto pueda hacerse por unos caballeros que han servido tan lealmente a su soberano y a su país pero a los que la inescrutable intervención de la providencia no solamente les ha impedido seguir ofreciendo ese servicio y disfrutar de cualquiera de los placeres de la vida, sino que también los ha apartado de la sociedad de sus seres queridos y de aquellos pares como ellos sobre quienes no se ha abatido aún la enfermedad, nunca podrá ser demasiado». Y la cosa sigue y sigue en esa misma tónica. Y ahora, si me estás escuchando, señorita Smith, aquí viene la norma en que se centran mis esperanzas, la norma número seis.

»«Con vistas a que a esos desdichados y nobles caballeros se les posibilite conservar el grado de dignidad que debería corresponderles por nacimiento, pero de la que tan a menudo se ven despojados por las circunstancias que se confabulan para negársela, los huéspedes de la residencia Peermont tendrán derecho, según lo estipula esta fundación, al control íntegro y pleno de la mitad de sus rentas vitícolas, y a disponer íntegra y plenamente, mediante testamento, de la

mitad de su fortuna después de la muerte”.

»La cosa es bien simple, ¿no? Ya ves que la mujer se inventó todas estas normas para ese sitio, y que quedaron ratificadas por una ley del Parlamento. Y resulta que sé que el viejito en cuestión, mi abuelo, tiene una fortuna de más de un millón, y es un absoluto tacaño, de manera que es lógico suponer que si ha tenido el control de, digamos, unas veinticinco mil libras al año durante los treinta años que ha pasado en Peersmont, debe de haber amasado una bonita suma. Por otra parte, conseguir que suelte la pasta es como tratar de sacarle sangre a una piedra. Sé que mi pobre madre ha pasado años acudiendo a verlo y nunca ha conseguido sacarle un penique. El tío Bradenham también es un tacaño, es un rasgo de familia.

—Pues la cosa no parece muy esperanzadora —dijo Poppy.

—Prácticamente no hay esperanzas, te lo digo yo, por eso nunca hasta ahora me había molestado en ir a visitar al viejo. De todas formas, no se pierde nada con intentarlo, y ver Peersmont será divertido. *Lady Chalford* no para de ofrecerse a prestarme su coche cuando quiera, de modo que voto por que vayamos allí un día de esta semana y probemos suerte, ¿eh?

—K. O. —repuso Poppy con indiferencia.

Jasper fue a ver a *lady Chalford* para hablarle de la representación histórica, como hacía casi todos los días, y le pidió prestado el coche. La relación entre ambos era muy cordial; ella pensaba que era un joven encantador y no ocultaba sus deseos de que pasara a formar parte de la familia, casándose con Eugenia; Jasper, por su parte, estaba cogiéndole mucho cariño a la anciana dama.

—Cómo no —respondió *lady Chalford*—. Estaré encantada de dejarle mi coche. Sí, lleve consigo a Poppy; al pobre Driburgh le hará bien ver su bonita cara. ¿Qué día tienen pensado ir? ¿Mañana? Muy bien, entonces le diré al jardinero que coja un racimo de uvas de primera y unos cuantos melocotones para que se los lleven de mi parte al querido Driburgh con mis mejores deseos. Esperaré con ansia a que me cuenten cómo lo han encontrado.

Jasper quedó encantado al oír aquello. Hacía tiempo que se echaban en falta las uvas de primera y los melocotones en el Jolly Roger, donde las fresas se habían acabado y las frambuesas se estaban volviendo decididamente pastosas.

—Sí parece ser más o menos el de siempre —continuó *lady Chalford* sin sospechar que a su joven amigo le pasaran por la cabeza tan sombríos pensamientos—, mi querido esposo y yo estaremos encantados de recibirlo aquí cuando sea. Me pregunto, por ejemplo, si el director le permitiría venir a ver la representación histórica. En cualquier caso, lo dejo en sus manos, señor Aspect, haga lo que crea más conveniente.

Lady Chalford pasó a hablar entonces de la representación.

—Han sido todos ustedes muy amables. No soy capaz de expresar lo agradecida que les estoy por haberme ahorrado todos los problemas en este asunto. Organizar un espectáculo como este habría quedado muy por encima de mis competencias, viviendo recluida como vivo desde hace tanto. Y esa querida mujercita, la señora Lace..., qué acierto por su parte haberla encontrado. Me dice que conoce a todos los vecinos en kilómetros a la redonda. Le he pedido que revise mi lista para que podamos enviar las invitaciones. El administrador de mi marido la examinará entonces y me informará con detalle sobre la gente, para estar bien seguros de que no se invite a nadie que pudiera resultar poco indicado para el trato con mi pequeña Eugenia. Un poco de cautela nunca

está de más, por supuesto. Me dice el administrador que la propia señora Lace es hija de un deán rural, y sé que Lace es un apellido muy respetado en estos pagos; la familia lleva cien años o más viviendo en Comberry, y el comandante Lace es un rector seglar. Estoy plenamente satisfecha de que Eugenia trabee amistad con ellos, son gente de lo más conveniente. Y ahora, dígame, ¿cuándo se espera que llegue el marido de la querida Poppy?

Poppy y Jasper recorrieron como bólidos los veinticinco kilómetros y pico de la Inglaterra rural que había entre Chalford y Peersmont. Viajaban en un vetusto Rolls Royce de color granate, la única concesión de lord y *lady* Chalford a la era del progreso. En lugar de viajar casi reclinados, sin ver otra cosa que pintura reluciente, como en los coches modernos, iban sentados bien tiesos y disfrutaron de buenas vistas del paisaje estival. El interior del coche olía un poco a mohó y la tapicería quedaba oculta bajo fundas de Holanda.

El campo se veía sumamente hermoso, cubierto como estaba por parches alternos de maíz dorado, bosques de un verde oscuro y rastrojos de color limón moteado con gavillas de mies. Hacía un calor intenso. Poppy dijo que le entristecía pensar que, al cabo de pocos años, esos campos preciosos y solitarios estarían probablemente cubiertos de casitas miserables de construcción chapucera.

—Piensa en Sussex —añadió con un estremecimiento—. Qué agradable sería que Inglaterra pudiera volverse mucho más pobre y pequeña, que pudiera pasar inadvertida entre las naciones y ser civilizada una vez más.

—Volverse más pobre no la haría necesariamente más civilizada —repuso Jasper—. La civilización depende de un factor económico, y es el de las desigualdades materiales extremas. El inevitable advenimiento del socialismo, sea nacional o internacional, supondrá el golpe fatal a lo que queda de nuestra civilización.

—Si opinas eso, me sorprende que te hayas afiliado al partido de Eugenia, que es claramente una forma de socialismo nacional, ¿no?

—Prefiero el socialismo nacional que los de otra clase, es muchísimo más romántico. Además, me inclino a pensar que a la civilización occidental que conocemos le hace falta que le den el golpe de gracia lo antes posible y acaben con su sufrimiento. Está vieja y cansada, la edad de las tinieblas se nos echa encima de todas formas, y prefiero que nos invada marchando con trompetas y banderas a que se nos acerque con sigilo al son de las máquinas de escribir. Supongo que, en el fondo, soy un nihilista.

—Ni idea de qué es eso —respondió Poppy.

—¡No! Pues entonces eres una chica con poca amplitud de miras, ¿no?

—Qué va.

—¡Oh, sí que lo eres! Como a la mayoría de mujeres, solo te importan las personalidades, las cosas no te interesan.

—Eso es simplemente falso. Las cosas me interesan terriblemente... Me muero por un abrigo de marta cibelina.

—No seas frívola, me molesta.

—Bueno, pues es la verdad —replicó Poppy, desafiante—, y si tuviera uno estaría eternamente satisfecha.

—¡No me digas! Qué extraordinarias sois las mujeres.

—No obstante, cariño, tú me quieres, ¿no?

—Debo decir que sí. Pero te querría mucho más si estuvieras al mismo nivel intelectual que yo.

—Como siempre te digo, deberías casarte con Marge. Habla cuatro idiomas.

—Como siempre te digo, nada me convendría más, pero eres tan holgazana que nunca das los pasos necesarios para que lo consiga.

—Ya es demasiado tarde, está loca por el señor Wilkins, simplemente loca. No puedes imaginar cómo adora a ese hombre.

—¿Más de lo que tú me adoras a mí?

—Mucho más. Verás, es el único hombre que le ha gustado en su vida, literalmente, de modo que le parece perfecto. No tiene nada con qué compararlo.

—He de decir que ha obrado un gran cambio en ella. Ahora se muestra civilizada conmigo, en lugar de tratar de arrancarme la cabeza a mordiscos cada vez que hablo, como hacía al principio. El amor es algo sumamente increíble, en ciertos sentidos. Y bien, ¿qué piensa hacer al respecto?

—Bueno, creo que le ha escrito a Osborne para decirle que su compromiso está definitivamente roto... Antes lo tenía pendiente de un hilo, como Nellie Bly y su mosca en la cancioncilla aquella, ya sabes. Vaya, mira esa casita blanca. No me importaría vivir ahí, ¿y a ti?

—¿Y cuáles son sus intenciones con respecto al señor Wilkins?

—Son estrictamente honestas. Ha decidido esperar dos semanas y luego declarársele si él no ha hecho nada, está claro entonces. Estoy segura de que Wilkins no habrá hecho nada, está claro que es un hombre sin imaginación o iniciativa.

—Desde luego, es una chica sumamente horizontal —comentó Jasper con tono meditabundo—. No obstante, debo decir que el señor Wilkins es un tipo con suerte.

—¡Oh, y tanto que sí!

—¿Tanto dinero tiene ella?

—Es fabulosamente rica. Tengo entendido que su padre le dejó cerca de tres millones.

—Pues qué rabia —dijo Jasper—, y desde luego eso viene a demostrar que debo de ser un nihilista, por qué si no iba a estar comprometido con la única chica pobre de la parroquia.

—No estás comprometido. Y aún te queda Eugenia —le recordó Poppy.

—Eugenia es una buena chica, pero es de ti de quien estoy enamorado, mi querida señorita Smith.

—Qué bien —dijo Poppy, brincando en el asiento hacia Jasper para rodearle la cintura con el brazo—. ¡Pero bueno! Hay algo duro en tu bolsillo que hace mucho bulto... ¿Qué es?

—Como hay pocas probabilidades de que le saquemos nada al viejo, se me ocurrió que sería buen plan convertir esta visita en un medio de obtener dinero contante y sonante a la menor

oportunidad. Hay un tipo del Evening Banner que me dará cincuenta libras por una fotografía del abuelo... Resulta que solo tienen una tomada hace setenta años, vestido de marinerito, y como no tardará en morir van a necesitar una más reciente para la nota necrológica. De modo que me he traído esta Kodak (están estrictamente prohibidas en Peersmont). La encontré en casa de la señora Lace la primera vez que fui, y me pareció que podía serme de utilidad.

Cuando llegaron al pueblo de Peersmont se detuvieron en una posada y tomaron lo que Poppy describiría más tarde como un almuerzo francamente delicioso pero en realidad bastante asqueroso. Le dedicaron una cantidad de tiempo tan desmedida que cuando volvieron a ponerse en marcha en el Rolls Royce rumbo al manicomio, ya habían dado las cuatro. Traspusieron un sombrío portón Victoriano flanqueado por altos muros negros sobre los cuales había una doble hilera de alambre de púas. En el interior se extendían fríos y húmedos jardines de coníferas entre las que aparecieron de pronto las torres y las agujas del Parlamento. Tenían pinta de sentirse extrañamente incómodas en su rústico emplazamiento. El chófer se detuvo sin titubear ante la entrada de la Cámara de los Lores, donde un policía abrió de inmediato la puerta del coche y preguntó qué se les ofrecía.

—¿El duque de Driburgh? —preguntó Jasper como quien no quiere la cosa.

—Tengo entendido que su excelencia está en la Cámara en este momento —respondió el policía—. Sean tan amables de seguirme y le diré al director que están aquí. ¿Su nombre, por favor?

Los precedió a través del patio hacia lo que debería haber sido la Cámara de los Comunes pero que, por lo visto, era la zona residencial del manicomio. El director estaba sentado en una pequeña sala gótica con una decoración tremenda de tallas de madera, y los recibió con calidez. Era un joven encantador.

—¿El duque de Driburgh? —preguntó cuando Jasper le hubo explicado quién era—. ¡Espléndido! El duque estará encantadísimo de verles, lo sé. Pero verán, resulta que la Cámara está en plena sesión en este momento, ¿no pueden esperar a que la levanten? No les llevará más de media hora a lo sumo, hoy hay muy pocos asuntos que tratar. De hecho, mandaría ahora mismo en busca del duque si no fuera porque está desempeñando las funciones de nuestro lord canciller, lord Rousham, que vuelve a engrosar la lista de los enfermos... No, no es nada serio, me alegra decir. Ha vuelto a encaramarse al gran olmo, eso es todo, y se está haciendo un nido allí. Últimamente ya no se lo impedimos, se supone que nunca hay que impedirles esa clase de cosas inofensivas. Con este tiempo caluroso no va a coger frío, y a los demás les gusta observar cómo le va con su nido. En realidad, les divierte bastante.

—Qué interesante —comentó Jasper—. Y, dígame, ¿tiene mi abuelo algún pequeño pasatiempo de esa clase?

—Nada que resulte espectacular. Le gusta construir cosas y lee un montón de novelas de Rider Haggard. Unos cuantos ladrillos y un cubo de pintura blanca lo tienen contento durante horas; cree que la pintura es argamasa, ¿saben? Pero no ha tenido nunca un ataque desde que llegó aquí, es muy fácil de llevar, desde mi punto de vista.

—¿Por qué lo encerraron? —quiso saber Jasper—. Me lo he preguntado muchas veces, pero ocurrió años antes de que yo naciera, y en la familia se ha mantenido muy en secreto desde entonces.

—Yo tampoco lo sé con absoluta seguridad..., aunque podría buscarlo en el archivo. Déjenme

ver... —Abrió un cajón y sacó un fichero—. A, B, C, D. Driburgh. Aquí está. Oh, sí, por supuesto, ahora me acuerdo. Estaba cazando en su finca y algo lo perturbó... Los pájaros iban en la dirección equivocada, o algo parecido. Sea como fuere, el resultado fue que disparó adrede a un guardabosque y tres batidores, dos a cada lado, así, por las buenas. Qué curioso que perdiera así los nervios, aquí siempre parece bastante cuerdo. Y es una figura muy destacada en el plano político, ¿saben?

—Y ¿cuáles son sus opiniones políticas? —preguntó Poppy con una risita que sofocó a toda prisa cuando el director le dirigió una mirada severa. Supuso que no se fomentaban en exceso las bromas sobre los internos y sus excentricidades.

—El duque es conservador y antioficialista de pies a cabeza.

—Pero imagino que todos lo son, ¿no? —dijo Jasper.

—Mi querido señor, está usted muy equivocado. Comparativamente, tenemos pocos lores reaccionarios, aquí la mayoría son baldwinistas moderados; entre los liberales, algunos son sumamente progresistas, y podemos alardear además de contar como mínimo con cuatro comunistas y dos nacionalistas escoceses.

Un timbre eléctrico sonó dos veces en la mesa del director.

—Se ha levantado la sesión —anunció—, incluso antes de lo que esperaba. Hagan el favor de venir conmigo y les encontraré al duque. Por cierto, ese objeto que lleva en el bolsillo no será una cámara, ¿verdad?

—No, en absoluto —respondió Jasper—. Tengo cierta sordera, y es un instrumento para mejorar mi audición.

El director se sonrojó.

—Lo lamento muchísimo —repuso—. Era mi obligación preguntárselo, pues las cámaras están estrictamente prohibidas aquí.

—Naturalmente —dijo Jasper.

El director los hizo salir a la terraza, que, como en el prototipo de Westminster, pendía sobre una extensión de agua y estaba cubierta de primorosas mesas de té. Manando en tropel desde otra entrada, se acercaba una multitud de caballeros de aspecto fúnebre y, en su mayoría, prehistórico. Al emerger, varios formaron grupitos de conversación animadísima, mientras que otros fueron derechos a las mesas de té, donde pidieron a pleno pulmón helado de vainilla, bollitos tostados, mermelada de frambuesa o salchichas con puré.

—¡Ah, duque! —exclamó el director. Internándose en uno de los grupos, acorraló a un anciano alto, más bien barrigón pero apuesto, y lo condujo hacia donde esperaban Jasper y Poppy—. Han venido dos visitantes a verle, su nieto, el señor Aspect, y la señora Saint Julien.

—Muchacho —dijo el duque con tono de exagerada emoción. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y una grandota cayó y se estrelló contra el suelo. Agarró el brazo de Jasper por dos sitios y lo sacudió de arriba abajo con vigor—. Mi querido muchacho. Muy amable por tu parte venir a ver a tu viejo abuelo. Últimamente no hay muchos de mis descendientes que se molesten en hacerlo.

El director los dejó solos.

El duque saludó entonces a Poppy con una cortés inclinación y los condujo a ambos a una mesa cercana. Una vez sentados, Jasper dijo, indicando a Poppy:

—Mi prometida.

—Sí, sí, eso he supuesto —repuso el duque—. Una damita encantadora. Solía pensar, cuando era más joven, que pocas cosas pueden compararse con una viuda guapa, y tú, querida, eres una viuda muy guapa, si me permites que te lo diga. —Debajo de la mesa, oprimió con suavidad el pie de Poppy con el suyo. Ella esbozó una sonrisa alentadora, con lo cual el anciano procedió a cogerle la mano—. Y ¿puedo preguntar cuándo vais a casaros? Eres un tipo con suerte —añadió dirigiéndose a Jasper pero reteniendo con firmeza la mano de Poppy.

—De eso precisamente queríamos hablar con usted, señor —dijo Jasper—, porque, como es natural, no haríamos nada sin su aprobación. En cuanto la señora Saint Julien aceptó convertirse en mi esposa, le dije que debíamos venir a pedirle su bendición. Nos alojamos en Chalford, ¿sabe?

—Válgame Dios, pues es muy cortés y considerado por tu parte, jovencito —exclamó efusivamente el duque—. Ni uno solo de mis propios hijos se ha molestado nunca en hacer nada parecido, estoy sumamente emocionado. Y vaya damita tan encantadora, además, encantadora. Bueno, y ¿a qué te dedicas últimamente, mi querido Jasper? ¿Eres soldado, marinero, fabricante de candeleros o qué, eh?

—Bueno, en este momento no tengo trabajo —respondió Jasper—. Llevo una vida de ocio, podría decirse.

No supo muy bien cómo encajaría el duque aquella noticia. Otras personas mayores a las que conocía andaban siempre metiéndole prisa por aceptar empleos extraordinariamente desagradables. No habría hecho que se inquietara, pues el duque quedó encantado.

—Pues me parece una noticia excelente, qué diantre —repuso—, realmente excelente. Vaya, creo que eres el único de mis nietos que no anda metido en negocios. Detesto los negocios, no son propios de caballeros. Los caballeros, mis nietos, deberían disponer de tiempo libre, y de sobra; detesto todo ese corretear de aquí para allá, levantándose pronto por las mañanas para vender automóviles y otras sandeces por el estilo. Todos los hijos de Bradenham hacen eso, lo cual es bien poco considerado por su parte, en mi opinión. Supone ir contra las tradiciones de una familia buena y antigua. Los caballeros deberían meterse en política, he ahí su deber..., para gobernar el país, para eso es para lo único que están en condiciones, de todas formas.

»¿Qué filiaciones políticas tienes tú, muchacho?

—Soy conservador y antioficialista de pies a cabeza —fue la intencionada respuesta de Jasper.

—Espléndido. Ya veo que vamos a llevarnos divinamente. Dime, y ¿no te presentas para parlamentario?

—No puedo permitírmelo —contestó Jasper, que ansiaba derivar la conversación hacia el tema del dinero.

—Haces bien. Nadie puede permitirse mezclarse con esa chusma de los comunes, es el mayor de los errores, créeme. Si esperas lo suficiente, te concederán el título de lord, siempre acaban por hacerlo, y entonces podrás venir aquí. Esta es la única asamblea legislativa que vale un pimiento últimamente, te lo aseguro.

Hubo un silencio mientras Jasper se devanaba los sesos en busca de los términos más agradables con que formular una petición de dinero. El duque, sin embargo, le evitó la necesidad de hacerlo al decir:

—Ojalá pudiese hacer algo por ti, muchacho, pagar tus deudas o darte una asignación, pero así

están las cosas... Espero que comprendas la situación. De hecho, me figuro que soy más pobre que tú.

Jasper miró a Poppy y puso los ojos en blanco.

—Nosotros, los terratenientes —prosiguió el duque—, estamos pasándolo muy mal últimamente. Desde que nos han quitado de las manos los proyectos de ley presupuestaria, el país ha ido de mal en peor. Hemos tenido un gobierno socialista tras otro, y no sé quiénes son más socialistas, si los laboristas o esos antioficialistas de medio pelo, pusilánimes y perversos, que se hacen llamar conservadores. Es un escándalo. Se te llevan la mitad de los ingresos antes de que hayas podido echarles mano siquiera, y la otra mitad poco después. Corren tiempos duros para los millonarios, te lo digo yo. Y luego resulta que mis gastos aquí —en ese punto bajó la voz— son muy muy elevados. Vaya, pero si un té cuesta seis peniques, y he de decir que me gusta tomarlo con tostadas de vez en cuando, ¡cuatro peniques más! Es un robo a mano armada, desde luego. Sin embargo, te diré qué vamos a hacer, mi querido muchacho. Enviaré aviso a mi banco para ver si tengo alguna chuchería allí que esta damita encantadora acepte como regalo de boda.

—¡Oh! Muchísimas gracias, qué amabilidad por su parte —dijo Poppy con dulzura. Jasper, imaginando un medallón de aljófares, se limitó a fruncir el entrecejo.

En ese momento se produjo un alboroto en el otro extremo de la terraza. Dos empleados de librea se precipitaron a llevarse entre ambos a un joven de aspecto desaliñado que gesticulaba como un loco. El resto de lores no prestó la menor atención a semejante incidente.

—Ese es Gunnersbury —explicó el duque—, un tipo horrible. Uno de esos espantosos socialistas, ya sabéis.

—Pobrecito, parece que está de los nervios —comentó Poppy.

—Todos los pares laboristas están muy molestos en este momento, es por un proyecto de ley que les tumbamos la semana pasada. Lo llamaban el peaje de las carreteras o alguna estupidez por el estilo, y nos tuvieron en pie hasta las cuatro de la mañana hablando de las sandeces más absolutas que podáis imaginar. Por lo visto, cada año, varios miles de personas totalmente sin importancia fallecen en las carreteras, y ese lunático de Gunnersbury, apoyado por unos cuantos remilgados imbéciles en los escaños laboristas, presentó un proyecto de ley para abolir todo el transporte motorizado. Estos socialistas le conceden un valor absolutamente exagerado a la vida humana, ¿sabéis? Es ridículo. Como dije en mi discurso, qué más da si fallecen unos cuantos, no estamos en guerra, ¿no? No los necesitamos como carne de cañón. Entonces, ¿qué bien le hacen a nadie? Matémoslos en las carreteras, claro que sí, así aligeran las cifras de desempleo y es probable que nadie se entere siquiera.

—Ya entiendo qué quieres decir —repuso Jasper—. Así pues, supongo que fue un debate bastante acalorado, ¿no?

—Pues sí, muy acalorado. Sin embargo, los conservadores prevalecimos... Siempre lo hacemos, por supuesto; dejadme que os diga que en este sitio aún reina un poco de sensatez. Sea como fuere, esos laboristas son una absoluta lacra, siempre andan presentando un proyecto de ley u otro, y luego arman un revuelo de mil demonios porque aquí son minoría. Pues para el país es rematadamente bueno que lo sean, debo decir. Y luego, ese condenado chiflado de lord Williams, un comunista redomado, presentó el otro día un proyecto de ley para sustituir las fresas de nuestras coronas por dientes de león, y el armiño de nuestras túnicas por piel de conejo. Cualquiera pensaría que el pobre tipo está mal de la azotea, tal como se comporta.

El duque los llevó entonces al jardín, que era húmedo y sombrío, para dar un corto paseo. Durante el transcurso del mismo, sin embargo, Jasper pudo obtener varias prometedoras fotografías de su abuelo, así como un interesante estudio de lord Rousham, quien, asomándose en su nido cuando pasaban, los acribilló con pieles de naranja al tiempo que parlotaba para sí.

—Un tipo estupendo, este Rousham —comentó el duque sin molestarse apenas en levantar la vista—, es capaz de hacer cualquier cosa que se proponga. Ese nido que se ha construido es de primera. Me han dicho que está forrado por entero con páginas del informe sobre la India. Lo echamos de menos en la Cámara, naturalmente, pero apuesto a que está haciendo un buen trabajo ahí arriba.

En ese momento se unió a ellos el director, que venía a informar a Jasper de que todos los visitantes deberían estar fuera de los jardines a las seis en punto.

—Faltan diez minutos —explicó—. ¿Por qué no vuelve en otra ocasión y saca al duque? Siempre lo permitimos en el caso de los moderados. Hay una excelente tienda de golosinas en el pueblo y les encanta ir, supone un cambio agradable para ellos.

—Sí, lo haré algún día —repuso Jasper—. Había pensado en llevarlo a visitar a *lady* Chalford, pues sé que eso lo complacería. Y, por cierto, va a celebrarse una fiesta en los jardines de Chalford House, con representación teatral incluida, el miércoles de la próxima semana, y *lady* Chalford me pidió que averiguara si le gustaría a usted acudir y traerse a alguno de los lores.

El director aceptó encantado aquella invitación, y lo mismo hizo el duque de Driburgh cuando se lo plantearon. Luego, Poppy y Jasper, sintiéndose más agotados que si hubiesen pasado el día con un niño pequeño en un colegio privado, subieron al Rolls Royce y se fueron.

Los jóvenes artistas de Rackenbridge estaban muy molestos por la aventura amorosa en que se hallaba inmersa la señora Lace. Sus corazones se veían quizá menos afectados que sus estómagos, pues aunque ningunas faldas habían conseguido alterar en exceso las emociones de dichos jóvenes, hasta entonces siempre habían podido contar con Comberry Manor y su castellana para comodidades tan agradables como comidas gratis y dinero para sus gastos durante el verano. Ese año había tenido lugar un cambio deprimente. La colonia llevaba ya más de un mes en Rackenbridge, pero su mecenas no les había encargado todavía un solo cuadro, fotografía, pieza de cerámica o tela tejida a mano, y tampoco había llevado a sus estudios, como solía hacer, a ningún crédulo visitante. Casi peor que aquella crisis comercial era el hecho de que prácticamente no les llegaban invitaciones a comer en Comberry. Los jóvenes artistas se estaban cansando de consumir huevos revueltos y sardinas en los suelos del estudio, y ansiaban sentarse a una mesa y atacar un buen pedazo de carne.

Ese estado de cosas lo achacaban directamente a Noel.

Además de distraer por completo a la señora Lace de su rutina habitual, había minado su creencia de que sus amigos eran genios. Le aseguraba que en Londres eran perfectos desconocidos, y la actitud que mostraba hacia su obra era también angustiante. Por ejemplo, tras echar un vistazo a la serie de fotografías del señor Forderen titulada Anne-Marie en algunos de sus exquisitos estados de ánimo que, cuando se tomaron un año antes, habían causado el mayor de los entusiasmos en Rackenbridge, Noel había comentado bastante a la ligera que la señora Lace debería hacer que un fotógrafo de verdad le tomara un retrato.

—Pero es que estas fotografías —había respondido Anne-Marie— no me representan a mí sino mis estados de ánimo, ¿no lo ves? Mira esta, por ejemplo, «Pensativa a la luz de la hoguera»... ¿No te parece asombrosa?

—Pues no —contestó Noel, cuyo estado de ánimo ese día tampoco era muy risueño que digamos—. No es más que una foto que ese aficionado te ha sacado en una actitud fingida. Francamente, no veo mérito alguno en ninguna de ellas, y como ya te he dicho antes, todos esos jóvenes estetas de Rackenbridge me parecen horriblemente salidos de 192.3, y encima falsos.

A resultas de esa conversación, la serie abandonó las paredes del salón de Anne-Marie, donde llevaba largo tiempo revolviéndole el estómago al comandante Lace, y quedó relegada a las de un

lavabo de la planta baja. Allí fue debidamente contemplada por el pobre señor Forderen con ocasión del cóctel en Comberry.

Sometidos a la presión de semejantes circunstancias, los de Rackenbridge renunciaron a los celos insignificantes que solían perturbar su paz y tomaron una decisión unánime sobre lo que iban a hacer. El señor Leader, que hasta entonces había sido el favorito en Comberry Manor, posición envidiada que nadie ponía en duda, fue designado para alejar a la señora Lace de su filisteo amante o, de no resultar factible lo anterior, señalarle en cualquier caso que sus viejos amigos merecían una pequeña parte de su tiempo y su atención. Con ese fin, el señor Leader envió una notita acompañada del obsequio de miel en un tarro hecho a mano, en la que le rogaba a la señora Lace que acudiera a una cita con él a medianoche en un sitio que ambos conocían bien, una pequeña loma verde coronada por un roble gigantesco. Conocía lo bastante bien a su Anne-Marie para estar convencido de que, aunque podría fácilmente negarse a verlo si se presentaba en su casa a las seis, como siempre, sería incapaz de resistirse a la perspectiva de una escena lacrimógena a la luz de la luna. Y, en efecto, justo cuando daban las doce, Anne-Marie abandonó con sigilo el lecho conyugal y al comandante Lace con la compañía de sus propios y tremendos ronquidos que, como ella bien sabía, nada que no fuera un terremoto podía perturbar. Echándose un chal de *chiffon* sobre el camisón de *chiffon*, se alejó flotando para encontrarse con el señor Leader en su roble.

Cuando se acercaba, él dio un elegante paso adelante, tendiendo ambas manos, y exclamó:

—¡Mi precioso cisne! —confiando con ello en evocar recuerdos románticos de un tiempo en que se les conocía en Rackenbridge como «Leader y el cisne»—. Nunca te había visto tan hermosa como esta noche. ¿Eres una moradora de esta tierra, oh maravillosa criatura, o acudes a nosotros desde otra esfera?

Anne-Marie, acomodándose en la pradera, adoptó una pose clásica y alzó hacia él una mirada de ojos tristes.

—He venido —dijo con el acento extranjero más pronunciado que de costumbre—. Ha sido peligroso y difícil, pero he venido. ¿Qué quieres de mí?... *Que veux-tu, mon ami?*

—Todo —contestó el señor Leader de mal humor— o nada.

Anne-Marie se recostó y aguardó el apasionado arrebató que, sin duda, vendría ahora, o eso esperaba; no quedó decepcionada. El señor Leader, adoptando la actitud que tan bien le había funcionado cuando, él en el papel de Hamlet y ella en el de Ofelia, habían tomado por asalto Rackenbridge dos años atrás, empezó a acusarla de mostrarse injusta, no con personas, sino con la imperecedera causa del arte. Le dijo que solo ella podía proporcionarles inspiración a los que la amaban tantísimo, que ese año no había salido de Rackenbridge una sola obra buena y que nunca volvería a salir ninguna hasta que ella consintiera en brillar una vez más como una estrella entre ellos. Como personas, podían soportar su pérdida aunque los estuviese matando; como artistas, era su deber recordarle a Anne-Marie el que ella tenía para con ellos. El señor Leader siguió diciendo cosas por el estilo un rato más durante el cual Anne-Marie lloró y disfrutó muchísimo, y deseó especialmente que Noel hubiese podido oírlo. Cuando por fin tuvo la oportunidad de hablar, dijo que aquellos para quienes tanto significaba debían hacer ahora un esfuerzo tremendo por comprenderla. Explicó que era, probablemente, una de las grandes amantes del mundo, y que su amor por Noel se relataría en días venideros como uno de los mayores amores de la historia.

—Debes recordar —dijo alzando la vista hacia la luna que pendía sobre ellos como un gran

melón— que el amor, si ha de valer la pena, es siempre trágico, siempre requiere un sacrificio inmenso. De otro modo no tiene valor alguno. Yo se lo sacrificaré todo sin piedad: sacrificaré a mi marido, a mis hijos, mi reputación, os sacrificaré incluso a todos vosotros, mis amigos; vosotros y vuestra maravillosa obra habréis de alimentar las llamas que iluminen el altar de mi amor. *Je n'en peux rien, que voulez-vous. C'est plus fort que la mort.*

—Maravilloso —dijo con melancolía el señor Leader, comparando mentalmente huevos revueltos y sardinas con la muy satisfactoria calidad de la comida de la señora Lace—. Pero, mi querida Anne-Marie, ¿es digno acaso de tu exquisito intelecto? Todos nos tememos mucho que no lo sea.

—Es posible —contestó ella con suficiencia—, pero eso no viene al caso. ¿Qué es el intelecto comparado con la pasión? Te digo que le amo, que él ocupa mi tiempo, mis pensamientos, mi alma misma... En este momento no hay espacio en mi vida para nadie más. Cuando él se haya ido, como habrá de hacer, es posible que yo vuelva a todos vosotros como una cáscara hueca, vacía; la vida ya no tendrá nada que ofrecerme, pero al menos habré amado y habré hecho el gran sacrificio, y lucharé hasta el final, viviendo por mis recuerdos.

Su voz dio paso a un sollozo. El señor Leader, viéndose ante semejante fortaleza y tantísimo dolor, no encontró palabras con que sugerir que unas cuantas comidas gratis y un par de encarguitos de los habituales supondrían una gran ayuda para él y sus compañeros.

Le aseguró a Anne-Marie que, llegada la hora de sus pesares, encontraría en Rackenbridge a sus amigos que tanto la querían, ansiosos por aplicar bálsamo en sus heridas. Antes de que pudiera extenderse más sobre el tema, Anne-Marie, cuyo vaporoso *chiffon* proporcionaba bien poco abrigo, y que estaba azul de frío, flotaba ya de regreso a la excelente circulación que, en su opinión, constituía la mayor virtud del comandante Lace como marido. El señor Leader emprendió tristemente la larga caminata de vuelta a Rackenbridge.

A la una de la madrugada, el pueblo de Chalford dormía profundamente cuando una luz vacilante apareció en el cielo y no tardó en convertirse en un intenso resplandor carmesí. Su reflejo penetró en la habitación de Jasper, que se levantó, medio adormilado, y salió a la plaza para comprobar de dónde venía. Entonces, chocó contra el señor Leader, que caminaba a buen paso hacia Rackenbridge.

—¡Oh, hola! —exclamó Jasper—. ¿Qué es, una casa o un granero?

El señor Leader se limitó a dirigirle una mirada hosca y se alejó a toda prisa.

Jasper, al volver la esquina, vio que el cuartel general de los socialunionistas de Eugenia era pasto de las llamas. Lo lamentó por ella; supo que se llevaría un gran disgusto por aquel desastre. Constituía un buen espectáculo y para entonces estaba bien despierto, así que se quedó a verlo arder. Al cabo de poco aparecieron los demás; los había despertado el olor a quemado.

—Una hoguera estupenda, ¿no? —comentó Jasper rodeando la cintura de Poppy con el brazo—. Afortunadamente, no podemos hacer nada de utilidad. ¡Ah! Aquí llegan los camaradas; ellos sí que han tenido mala pata, debo decir.

Los camaradas marcharon hasta allí en formación, pero al ver que ningún esfuerzo humano conseguiría extinguir aquel horno, se permitieron entonar unos cánticos para mantener alta la moral ante aquel revés infligido a su causa.

Lady Marjorie distinguió al señor Wilkins a la luz de las llamas y, con un gritito de emoción, echó a correr hacia él.

—Qué maravilla lo que puede hacer el amor por una chica —observó Jasper—. No creo que tenga tiempo últimamente de engrasarse la cara; supongo que no tardará en quedársele agarrotada, como un automóvil. ¡Oh! Aquí llegan los Lace, que no quieren perderse la diversión... Adiós, Noel. ¿Qué decía yo? Este pueblo es un perfecto hervidero de romances, ¿no crees, mi querida señorita Smith? —Le besó la oreja—. ¡Oh, Dios santo! Aquí están otra vez los detectives; venga, larguémonos, ¿eh? Estoy harto de verlos.

—Sí, en cierto sentido —repuso Poppy—. Pero si siguen aquí es que aún no tendrán pruebas contra nosotros.

—No consigo imaginar por qué no les pasas la información y dejas que el viejo se divorcie de ti si quiere hacerlo. Nos ahorraría un montón de problemas.

—Cautela femenina, supongo —contestó Poppy.

Estaba muy enamorada de Jasper, pero no del todo segura de querer casarse con él. Ciertos aspectos de su carácter no le parecían precisamente satisfactorios.

—Es un tremendo carterista, ¿sabes? —le confió Poppy a Marjorie en un arrebato—. No puedo dejar mi bolso por ahí ni un segundo.

—Solo Dios sabe cuánto habrá sacado del mío —repuso *lady* Marjorie.

—Curioso, cómo han cambiado las costumbres —comentó Poppy—. Estoy segura de que en los tiempos de nuestras madres las damas no se enamoraban de ladrones.

A primera hora de la mañana siguiente, Eugenia irrumpió en el pueblo a galope tendido a lomos de *Vivian Jackson*. Tras inspeccionar las ruinas todavía humeantes de su cuartel general, se dirigió al Jolly Roger, donde encontró a Jasper y Noel desayunando en pijama.

—Es un fastidio —fue cuanto dijo.

A Jasper le pareció que había estado llorando. La atiborró de salchichas, y Eugenia se animó un poco.

—Por supuesto que tuvo que ser obra de los pacifistas —dijo con la boca llena—, y podéis tener la seguridad de que voy a llegar al fondo de este asunto. Esperad a que haya dado con ellos, con esos brutos cobardes que encima estarán, sin duda, financiados por los judíos.

—Hablando de pacifistas —intervino Jasper de pronto—, ¿a quién crees que vi anoche alejándose a toda prisa de tu cuartel general justo después de cuando debió de empezar el fuego? A nuestro querido señor Leader. Me pareció que se comportaba de una forma sumamente sospechosa.

Eugenia hizo el gesto que suele acompañar a un chasquear de dedos. Era un gesto que le encantaba, pero como tenía unas manos muy suaves y de niña, rara vez lograba emitir un chasquido satisfactorio. En esa ocasión, brilló totalmente por su ausencia.

—¡El señor Leader! —exclamó—. Qué tonta he sido, me había olvidado completamente de él. Pues claro, si tenemos un nido de cobardes asquerosos entre nosotros, no tenemos que buscar más allá. Muy bien, actuaré de inmediato.

—¿Qué vas a hacer?

—Mandaré a los camaradas en su busca —declaró Eugenia—. Terrible ha de ser el destino de los enemigos del socialunionismo. De hecho, creo que me ocuparé de que los camaradas lo apresen esta misma tarde, mientras trabaja en su estudio. (Pronunció esa palabra con infinito

desdén). Supongo que estará riéndose, pensando que nadie descubrirá nunca quién es el autor de tan abyecto crimen. Lo atarán y lo amordazarán, y luego lo llevarán a un sitio tranquilo que conozco en Chalford Park, donde lo someteré a un consejo de guerra al son de los tambores.

—¿Y si se le declara culpable?

—¿Cómo que «si se le declara»? —exclamó Eugenia—. Por supuesto que será declarado culpable y... ¡Vaya! Haré que le den una buena paliza. Terrible ha de ser el destino...

Sin embargo, y con ciertas dificultades, Jasper consiguió que se contuviera y no llevara a la práctica medidas tan extremas. Le explicó que aún no era el momento de un baño de sangre en Chalford, que actuar de esa manera le haría un daño tremendo a su causa y que si lo hacía se metería en serios problemas con los camaradas del cuartel general de Londres. Insinuó que, movidos por la mala publicidad que un paso así podía acarrear, aquellos hombres de hierro podían degradarla fácilmente de su rango de líder de patrulla y quitarle la insignia. Fue este último argumento el que convenció a Eugenia de dejar todo el asunto en manos de Jasper.

—Si de verdad lo hizo él, creo que sí tendrá que caerle algún pequeño castigo —dijo Jasper—, pero es absolutamente esencial que oigamos primero lo que tenga que decir.

—Por eso hay que celebrar un juicio —repuso Eugenia—, y no se lo podrá juzgar a menos que esté atado y amordazado primero. Es demasiado astuto y cobarde para meter solito la cabeza en la boca del lobo.

—Debemos considerar el asunto con calma —aconsejó Jasper—, es probable que haya métodos para conseguirlo.

Por fin, *lady* Marjorie, cuya pasión por el señor Wilkins la había bajado de su pedestal para dejar al descubierto una criatura sorprendentemente bondadosa, permitió que la utilizaran de señuelo. Envío una nota a la señora Lace pidiéndole que acudiera a tomar el té al Jolly Roger. «Esperamos ansiosamente que pueda usted venir, suya afectísima, Marjorie Merrith. Posdata: Nos gustaría invitar también al encantador señor Leader, al que conocimos en su cóctel, pero no conseguimos averiguar dónde vive. ¿Sería usted tan amable de transmitirle nuestro mensaje?».

—Fantástico —opinó Jasper cuando le enseñaron el mensaje—. Me gusta en especial el uso del plural mayestático.

Anne-Marie quedó encantada con la invitación. Era la primera ocasión en que alguien, con excepción de Noel, le pedía que asistiera a algo que no tenía que ver con la representación teatral, y se dijo que ya iba siendo hora. También le gustó que se hubiese incluido al señor Leader, y no al pelmazo de su marido. Llevaba algún tiempo deseando que hubiese un acercamiento entre el Jolly Roger y Rackenbridge. Sería estupendo, se dijo, que los habitantes de ambos integraran una Sociedad de Admiradores de la Señora Lace. Además, a decir verdad, la conducta de Noel durante aquellos últimos días había sido levemente inquietante: se lo había visto preocupado y falto de pasión. Supondría un excelente estimulante para él que entrevistara el corazón destrozado del señor Leader.

Noel estaba preocupado, en efecto. No era propio de él vivir como lo hacía Jasper, al día, cubriendo las necesidades del momento con medios de procedencia lícita o ilícita y viendo como, cada tres años, más o menos, algún pariente protestón lo sacaba a rastras de la sección de morosos del juzgado. Siempre había admirado a Jasper por su modo de vida, envidiándole la facilidad con que conseguía cosas gratis y su eterna serenidad, pero era incapaz, en definitiva, de imitarlo. Su madre era escocesa y, aunque los escrúpulos morales difícilmente eran una carga para

él, sí había heredado de ella cierta preocupación ante el futuro. Con cuánta frecuencia se maldecía ahora por haber dejado que Jasper supiera de su legado. Aquella ocurrencia descabellada de perseguir herederas (olvidaba que la idea, en un momento de exaltación, había surgido de él) habría quedado en nada de no haber sido por Jasper. Una vez que hubiese remitido la primera oleada de entusiasmo, Noel se habría tomado unas vacaciones baratas, en España, quizá, y después habría vuelto a su trabajo, contento de contar con la seguridad que le proporcionaba la posesión de un pequeño capital. Con el tiempo, sin duda habría conseguido convertirse en socio de la empresa.

En aquellas circunstancias, le resultaba especialmente irritante ver que Jasper, más contento que un niño con zapatos nuevos, seguía con su política habitual de vivir en el presente. Viendo esa risueña cara, nadie habría imaginado que existía un pasado mañana.

Noel, por su parte, no disfrutaba con nada, ni siquiera de su aventura con Anne-Marie; lo atormentaba la idea de estar derrochando la herencia de su tía sin sacar nada a cambio, y no se le pasaba nunca por la cabeza que unos días felices pudiesen suponer una buena contrapartida de las ventajas más materiales que el dinero podía proporcionar. Hizo que le mandaran la libreta de ahorros, y al enterarse de que, de un modo u otro, se habían esfumado ya cuatrocientas libras, quedó abrumado por la desdicha y se hizo un montón de reproches.

El pesimismo en que se sumió después de aquel descubrimiento fue evidente para todo el mundo, y todos le dieron interpretaciones distintas. Jasper pensó que habría estado jugando en bolsa; Poppy, que la señora Lace estaba siendo dura con él; Eugenia, que había escrito un artículo para *El Tricolor* y se lo habían rechazado. A ella le ocurría continuamente.

La señora Lace le rogó en vano que se confiara a ella. Era obvio que Noel había recibido malas noticias de su país: quizá los regimientos se mostraban inesperadamente leales al usurpador, o podía ser que los comunistas supusieran una amenaza mayor de lo que se temió en un principio. La señora Lace pasaba mucho tiempo enfrascada en su mapa de Europa de colegiala y aventurando muchas posibles respuestas, pero siempre terminaba sumida en el desconcierto. Lamentablemente, carecía de cultura general y solía declarar que la política, y en especial la política extranjera, era espantosamente aburrida en comparación con el arte y la literatura. Su lectura de los periódicos quedaba limitada a las columnas de cotilleos, los artículos sobre estrellas de cine y las noticias como el nacimiento en Dumfriesshire de un mirlo con dos cabezas.

Noel no ayudaba mucho, que digamos. Si ella le hacía alguna insinuación como, por ejemplo: «A menudo pienso que sería interesante y divertido visitar los Balcanes», él se limitaba a contestar: «Qué idea tan rara, querida. El viaje es carísimo, y al llegar allí no hay nada que hacer. Habría jurado que el sur de Francia era más tu estilo». Al principio, la señora Lace se había sentido un poco insultada con aquel comentario; ¿acaso pensaba él que no era más que una estúpida alocada en busca de placeres? Más tarde, sin embargo, una vez que hubo reflexionado sobre las palabras de Noel, vio en ellas otro significado. Tal vez, incapaz de llevarse consigo a su amada a su reino, tenía pensado instalarla en alguna magnífica villa en la Riviera, donde podría visitarla en vacaciones. A Anne-Marie le pareció que se adaptaría muy bien a un arreglo de esa clase, pues le gustaban muchísimo los hombres latinos y tomar el sol. Se preguntó si sería demasiado pedir que le pusiera también un piso en París.

La señora Lace tuvo ciertas dificultades para llevar al señor Leader al Jolly Roger. El instinto le decía al artista que aquel nuevo círculo de personas que habían venido a amargarle el verano difícilmente lo valorarían por lo que era, y se oponía enérgicamente a frecuentar la compañía de cualquiera que resultara intelectualmente superior a él. Al final, la señora Lace logró convencerlo de que más le valía acompañarla con la insinuación de que quizá le encargarian el diseño de vestuario para la representación histórica, encargo que, si le pagaban bien, no atentaría contra sus principios, sin duda. Al señor Leader aquel argumento le pareció muy convincente; y, además, no era de los que se resisten a comer gratis, en el fondo.

Cuando llegaron al Jolly Roger, se encontraron al grupo ya sentado en torno a una mesa de té en el jardín. Consistía en Marjorie, Poppy, Eugenia, Jasper y el señor Wilkins. Noel no estaba, pues se había visto obligado a pasar la jornada en Londres. La señora Lace sintió rabia ante su ausencia, pero lo disimuló y tomó asiento junto a Jasper. No había silla para el pobre señor Leader, que se vio obligado a ir en busca de una al salón. Poppy y *lady* Marjorie lo hicieron sentarse entre ambas y le preguntaron, con la cordialidad más absoluta, por qué él y sus amigos no se habían hecho cargo de un episodio de la representación teatral.

—Nuestros principios políticos nos lo impiden —respondió el señor Leader—. Gracias, me gusta flojo, sin leche ni azúcar... Además, somos hombres ocupados.

—Tan ocupados —intervino Eugenia, yendo al grano— que todavía no habéis visto el interior de nuestro cuartel general socialunionista.

—Todavía no —admitió el señor Leader.

—¿Sabías que le han pegado fuego? —inquirió ella, mirándolo fijamente con aquellos ojos como dos enormes faros azules.

—¿De veras? Vaya, qué mala suerte.

—No queremos tus condolencias, muchas gracias, lo que queremos es saber qué andabas haciendo anteanoche.

La señora Lace miró con inquietud al señor Leader.

—Pues, la verdad, no tengo ni idea. ¿Qué estabas haciendo tú?

—No seas impertinente —repuso fríamente Eugenia—. Es curioso que te hayan visto abandonar con aire de culpabilidad la escena del incendio, a ti, un conocido pacifista, poco después de que se iniciara el fuego. ¿Cómo explicas esa coincidencia?

El señor Leader aguardó en silencio a que Anne-Marie le proporcionase la coartada. Anne-Marie no hizo nada semejante. La inquietaba sobremanera que Noel por un lado, o el comandante Lace por el otro, se enteraran de su cita a medianoche. Si salía a la luz en aquella mesa, Noel lo sabría sin duda por Jasper, y el comandante Lace, por el señor Wilkins. No podía correr ese riesgo.

—Contesta y di la verdad —exigió Eugenia—. Mentir no te servirá de nada.

La señora Lace se volvió hacia Jasper y dijo:

—Esto es absurdo. La pasión de esta chica por el teatro es muy divertida, desde luego, pero la hace comportarse a veces como una cría, ¿no?

—Si Eugenia sospecha que un tipo ha pegado fuego a su cuartel general —repuso Jasper—, creo que es justo para los dos que sea interrogado y tenga ocasión de limpiar su nombre. Después

de todo, su conducta de esa noche fue bastante sospechosa. ¿Qué tiene que decir al respecto, señor Leader?

El señor Leader guardó silencio.

—Lo que pensaba —dijo Eugenia—. Es un Van der Lubbe; siempre tuve la sensación de que no era ningún Dimitrov.

Ante semejante insulto, el señor Leader se levantó y se fue.

Si la señora Lace se sintió inclinada a seguir a su amigo, que después de todo había dado muestras de valentía al no delatarla, no hizo ademán alguno de dar ese paso. Debía mantener a toda costa una relación cordial con Eugenia hasta después del gran mitin socialunionista, la representación y la fiesta en el jardín. No iba a sacrificar la oportunidad de montar en aquel carruaje por ninguna lealtad hacia nadie.

Empezó a charlar alegremente sobre muchas cosas, aderezando sus comentarios con un auténtico derroche de gestos, y por fin le preguntó a Jasper por qué el travieso de Noel se había ido a Londres tan de repente.

—Es un secreto de Estado —contestó Jasper.

Ella le lanzó una mirada muy elocuente y entonces, bajando la voz, preguntó:

—¿Qué tal va?

—Perfectamente —contestó Jasper.

—No me cuenta nada.

—Le da miedo... ponerle las cosas difíciles a usted.

—Este silencio se me hace muy duro.

—El papel de una mujer suele ser duro. Tiene que ser valiente.

—¿Cuándo tendrá que marcharse?

—¿*Quién sabe?* —soltó Jasper en español.

La señora Lace se preguntó si *lady* Marjorie y la señora Saint Julien estarían al corriente de aquel secreto, aunque no le sería de mucha ayuda que lo estuvieran. Nunca conseguiría sonsacarlas, ni aunque el orgullo le permitiera intentarlo.

—Me pregunto —le dijo a Jasper, todavía en voz baja— si podría escribirme su lema. He pensado en darle un detallito, un pequeño recuerdo, y me gustaría hacer grabar en él su lema.

—Desde luego —repuso Jasper, que últimamente había averiguado un par de cosas a través del señor Wilkins. Cogió el papel y el lápiz que ella le ofrecía y escribió: «Bella, Hórrida Bella». Sobre esas palabras dibujó una corona de exageradas dimensiones.

La señora Lace dobló con cuidado el papel y lo metió en el bolso. Le pareció una coincidencia increíblemente romántica que se hubiese incorporado su propio nombre al emblema real de los antepasados de Noel.

—Por cierto —dijo Poppy, interrumpiendo aquellas confidencias—, llevo siglos queriendo preguntarle si ha hecho ya esa lista de vecinos para mi tía Maud Chalford. Creo que cuenta con ella, y las invitaciones deberían enviarse en el término de un par de días, porque el tiempo se nos echa encima.

Lady Marjorie le preguntó al señor Wilkins si no estaba emocionadísimo ante la representación teatral, y él contestó que suponía que sí.

—No puedo esperar —añadió *lady* Marjorie.

—Bueno, pues me temo que tendrá que hacerlo —repuso el señor Wilkins, al que le gustaba

recalcar lo obvio.

—La lista ya está a punto —anunció la señora Lace—. La he traído conmigo para que Eugenia pueda dársela a *lady* Chalford sin más demora.

—Ah, déjeme verla —pidió *Lady* Marjorie—. ¡Oh, qué bien! Wilma Alexander. Pues claro, había olvidado que vive aquí cerca... y los Faircombe también. Vaya, Poppy, en esta lista hay un montón de gente que conocemos, ¿tú crees que importará?

—No creo que nos reconozcan con los trajes de época.

—Bueno, y si lo hacen tampoco podremos evitarlo. La verdad es que no puedo pasar el resto de mi vida disfrazada por culpa de Osborne. —Siguió examinando la lista.

—Ya hemos organizado todos los episodios de la obra —le dijo Jasper a la señora Lace—. Cada sección socialunionista del condado será responsable de uno. Habrá casi trescientos camaradas actuando, calculo, para los que hará falta vestuario. Tenemos que celebrar una reunión del comité para hablarlo.

»Y la señorita Trant, la organista, ha tenido una idea magnífica. Piensa que podríamos celebrar al mismo tiempo una feria medieval, y está organizando danzas de mayo y puestos de bordados y esas cosas.

—¡Oh! —exclamó la señora Lace—. Pero las cosas medievales son siempre un fastidio, ¿no? Habría dicho que preferíamos que todo tuviese un espíritu dieciochesco... ¿Qué tal un cotillón estilo regencia, por ejemplo?

—Nos gusta más la época medieval —dijo Jasper— porque es muchísimo más divertida. Además, una representación histórica de esta clase no debe tener pretensiones intelectuales porque entonces pierde su carácter popular.

—La señorita Trant es amabilísima y servicial. Es un encanto de mujer —intervino Poppy—. ¿La conoce?

La señora Lace llevaba sus ocho años de casada tratando con altanería a la señorita Trant, a quien consideraba una mujercita estúpida y vulgar, solo un poco menos pelmaza que el señor Wilkins. Por lo visto, los inconvenientes que la pobre señora Lace estaba condenada a soportar no tenían fin.

Eugenia, que desde la partida del señor Leader había permanecido en silencio mascando una tableta de a dos peniques, dijo que tenía que marcharse. Llamó a *Vivian Jackson*, que apareció de la nada, cogió la lista de vecinos de la señora Lace, le dio una patada a *Reichsbund*, que roncaba al sol, y se alejó al trote sin dejar de masticar. Aquella noche, unos hombres enmascarados y con camisas tricolores sacaron a rastras de la cama al señor Leader y lo arrojaron a un estanque de patos que había cerca. Como hacía un tiempo sumamente cálido, no cogió frío y no sufrió más que cierta vergüenza y la pérdida de los pantalones de pijama de color *eau-de-nil*. No hubo testigos, y el señor Leader no emprendió acciones legales o de otro tipo. Aun así, quedó plantada la semilla de un vivo resentimiento hacia el socialunionismo y hacia su traicionera hechicera, la señora Lace.

Lady Chalford mandó su coche al Jolly Roger con el mensaje de que deseaba ver a la señora Saint Julien y al señor Aspect con relación a un asunto de suma importancia y de que les estaría enormemente agradecida si acudían a Chalford House de inmediato. El coche esperaba para llevarlos. Los dos se subieron algo inquietos, sintiéndose, en gran medida, como niños traviesos y preguntándose qué atrocidad en particular habría quedado al descubierto.

Cuando llegaron, sin embargo, se tranquilizaron en ese sentido; L. P. V. estaba al borde de la histeria, pero no a causa de nada que hubiesen hecho ellos.

—Mi querida niña, mi querido señor Aspect —dijo blandiendo ante ellos la lista de vecinos—. Necesito su consejo, ha ocurrido algo terrible... No sé cuánto hacía que no me llevaba un disgusto así. Al leer esta lista he quedado horrorizada y asqueada, porque no hay nadie en ella (ni una sola persona) a la que pueda invitar a mi casa. Como después de haberla leído dos veces seguía siendo incapaz de creer que no hubiese habido algún error, he mandado llamar al administrador de mi marido y él me ha asegurado que es perfectamente correcta, que todas las familias en kilómetros a la redonda aparecen mencionadas en ella. No tenía ni idea de que vivíamos en un vecindario tan espantoso.

—No me diga —repuso Poppy con interés—. ¿Por qué? ¿Qué les pasa a todas esas personas?

—¿Que qué les pasa? —repitió *lady* Chalford con tono de asombro—. Lo que les pasa es que ni una sola de ellas es respetable. De verdad que no lo comprendo. Está claro que desde que dejé de salir varias casas han cambiado de manos, pero en general en muchas de ellas siguen viviendo las mismas familias que yo conocía bien y que eran gente normal y decente como tú y como yo. Desde aquellos tiempos, al parecer han tenido lugar cosas terribles y escandalosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Querida mía, haces bien en preguntarlo. Te digo yo que esta lista me ha dado un disgusto que ni te cuento. Elige cualquier nombre al azar..., todos son por el estilo, todos tienen relación con algún asunto turbio. Mira por ejemplo el primer nombre de la lista, los Alexander. Al difunto lord Alexander, amigo íntimo de mi marido durante muchos años, lo ha sucedido en Bruton Park su hijo mayor, lord Bruton, al que de niño tuve en brazos muchas veces. ¿Y de qué me entero ahora? De que al desdichado jovencito lo ha arrastrado hasta el altar una mujer mayor que él, una mujer salida del teatro de variedades; lo que se llama, tengo entendido, una artista de cabaré.

Poppy dirigió una rápida mirada a Jasper, y ambos contuvieron la risa. Arrastrado hasta el altar difícilmente era la expresión que habrían utilizado con lord Alexander, del que se sabía que había perseguido a su encantadora esposa por tres continentes antes de con vencerla de casarse con él.

—Pero Wilma Alexander es perfectamente respetable y la persona más dulce del mundo, ¿sabe? —repuso Poppy—. Le encantaría. Son felicísimos juntos, y ella se desvive por Bertie y los niños.

—Querida mía, estoy dispuesta a creer cualquier cosa que me cuentes sobre esa *lady* Alexander, pero no tengo intención de invitarla a mi casa. Por lo que sé, puede ser una esposa y una madre excelente, como lo son a veces esas mujeres. Pero el hecho es que nunca podrá ser una amiga apropiada para una jovencita como Eugenia. Sin embargo, y para que no pienses que estoy siendo excesivamente puntillosa, voy a leerte unos cuantos ejemplos más de este desagradable documento. —*Lady* Chalford se ajustó las gafas y prosiguió—: Aquí tenemos al honorable Adrian Duke y señora; al parecer, la señora Duke era esposa de un coronel que se divorció de ella, de manera que estas dos personas están, de hecho, viviendo juntas en adulterio.

—El coronel no se divorció de Dodo —explicó Poppy—. Fue ella quien se divorció de su marido, que la trataba como un perfecto animal.

—Me sorprende que pienses que supone alguna diferencia. «Hasta que la muerte nos separe», se dice en los votos. Si el marido era cruel con ella, podría haber solicitado la separación y haber vivido en decente reclusión durante el resto de su existencia. No, te lo ruego, querida, no me interrumpas. Aquí tenemos al señor John Shipton, nieto de un hombre que fue públicamente acusado, en su club, de hacer trampas en el billar. Recuerdo bien el incidente, que produjo gran malestar en su momento; por supuesto, lo obligaron a abandonar el país. Aunque no es culpa de este tal señor Shipton haber nacido en el seno de semejante familia, y aunque es posible que sea perfectamente respetable, lo cierto es que no puedo arriesgarme a invitarlo aquí. La mala sangre suele aflorar tarde o temprano, y nunca se puede pecar de demasiado cauteloso en lo que concierne a una jovencita como nuestra querida Eugenia. *Sir* Archibold y *lady* Faircombe, pobrecillos, tienen una hija divorciada que ha abierto una *boutique* en Londres... No es muy agradable que digamos. Al hijo del comandante Montgomerie lo expulsaron de Eton; en mis tiempos, cuando semejante vergüenza recaía sobre una familia, sus integrantes solían marcharse e instalarse en alguna colonia. La madre del señor Newman era medio alemana, y mi marido se niega con toda la razón a tener a nadie de extracción alemana dentro de esta casa. Lord George Fairbrother tiene fama de borracho y la gente dice que el general Parsley tuvo que abandonar su regimiento por culpa de las deudas de juego. No voy a aburrirlos con más ejemplos de esta gente tan horrible, los hay a docenas en este papel, y os aseguro que forman una larga y sórdida historia de vicio, ebriedad y ludopatía demasiado terrible para considerarla siquiera. De verdad que no sé qué le ha ocurrido a este desafortunado vecindario; cualquiera diría que ha sido víctima de una maldición.

Poppy y Jasper se dieron cuenta entonces de que *lady* Chalford no podía estar muy bien de la cabeza; supusieron que la larga reclusión habría afectado su cordura. Convenía seguirle la corriente.

—Vaya situación tan horrorosa, tía Maud —dijo Poppy con dulzura—. Debería decirnos qué quiere que hagamos con respecto a la representación histórica y la fiesta del día dieciséis.

—Eso me ha tenido muy preocupada, precisamente —repuso *lady* Chalford con tono lastimero—. Con todas las molestias que os habéis tomado no quiero decepcionaros, y Eugenia, pobrecilla, ha puesto todas sus ilusiones en esta representación teatral. Creo que sus *scouts*, exploradores o camaradas, o como sea que los llame, han estado trabajando muy duro, y me alegra especialmente ver que por fin está haciendo algo por el pueblo. No había conseguido que sintiera el menor interés hasta que pasó a pertenecer a ese movimiento suyo, sea el que sea. Por tanto, y teniendo en cuenta todo eso, he decidido que, aunque ahora es imposible agasajar a mis vecinos con una fiesta, no hay motivo para no llevar a cabo la obra teatral. Ese día abriremos las puertas del parque cobrando una pequeña suma con fines benéficos, y de esa forma no habréis perdido el tiempo y mi pequeña Eugenia no quedará desilusionada.

—Es el mejor plan, desde luego —dijo Poppy con tono tranquilizador.

—¡Ay! Pero ahora estoy más lejos que nunca de solucionarle el futuro a mi pobre nietecita.

—Es muy joven —intervino Jasper—, ya verá como su futuro acaba resolviéndose satisfactoriamente.

Lady Chalford le dirigió una mirada escrutadora. Pareció a punto de decir algo, pero se contuvo.

Cuando volvía andando con Poppy a través de Chalford Park, Jasper comentó:

—Está claro que la pobre vieja es más tonta que una lechuza y más cegata que un murciélago. Cree que voy a casarme con Eugenia, y encima le gusta la idea. La verdad, por lo que sé de su escala de valores, nunca habría dicho que yo fuera a ser de su agrado, más bien al revés.

—Quizá su administrador no sabe aún gran cosa sobre ti.

—Es posible. Ele de decir que la mujer tiene algunas opiniones bien raras sobre el tema de las relaciones sociales. Condena al ostracismo a todas las personas que han tenido mala suerte, como las que hacen trampas en el billar y las pillan o las que tienen maridos desastrosos, mientras que es evidente que no le importaría un pimiento que hicieran cosas malas de verdad como oprimir a los pobres. Creo que los valores éticos de nuestra generación son muchísimo mejores que los de la suya; nosotros vemos a la gente que nos gusta, aunque sea más mala que Caín, y evitamos a la que no. Es el único criterio sensato, ¿no estás de acuerdo, señorita Smith?

—Tú no puedes hablar de ética ni de escala de valores —repuso Poppy con amargura—, porque no conoces el significado de esas cosas.

—Soy más buen chico de lo que parece creer —dijo Jasper con despreocupación—. Nunca le hago mucho daño a nadie, y soy leal a mis amigos cuando toca serlo.

—No me ha parecido que le seas especialmente leal al pobre Noel.

—Ahí te equivocas. Nadie comprende lo de Noel y yo; la nuestra es una relación muy complicada que empezó hace casi veinte años, cuando éramos dos niños nuevos en el colegio. Se basa sobre todo en el hecho de que Noel espera de mí cierta clase de tratamiento, y se molestaría muchísimo si le diese otro. Lo cierto es que mis travesuras le proporcionan un gran placer indirecto. Por ejemplo, le gusta tenerme aquí, disfruta de mi compañía y todo eso; pero lo que adora de verdad es la sensación de que es el chantaje más burdo y sin escrúpulos por mi parte el que lo obliga a tenerme aquí. No sentiría ni una cuarta parte de la satisfacción que siente si yo tuviera que pagar mis gastos como cualquier persona corriente, porque entonces no estaría a la

altura de la idea que él tiene de mi personalidad.

—Supongo que es una forma de verlo —repuso Poppy no muy convencida.

—Además, piensa en el maravilloso favor que le hice con la belleza local. Vaya, si la chica pretendía cazarme a mí, y bien emperrada que estaba, pero al cabo de solo media hora de conversación conmigo, se dio la vuelta y se lanzó a la caza de Noel, y desde aquel día no ha mirado atrás una sola vez. No, no puedes decir que soy desleal.

—Yo no consideraría una muestra de lealtad arrojar a alguien en los brazos de esa señora Lace tan horrible, cursi y pretenciosa.

—¿Bella, Hórrida Bella? A mí me parece un bombón. Pero la cuestión es que no conoces a ese chico tan bien como yo. Desde su punto de vista, el único amor que importa una sarta de pimientos es el que no tiene esperanzas. En cuanto la chica se muestra capaz de sentarse en la misma habitación que él, pone rumbo a otra costa. Si la amiga B. L., o belleza local, todavía anduviese dándome caza, él aún estaría loco por ella; tal como está la cosa, Noel se está enfriando de lo lindo. Mi querida señorita Smith, harías bien en admitir ahora que soy un tipo leal.

—De acuerdo, tesoro, no armes tanto jaleo. Supongo que incluso tú tienes unas cuantas cualidades, todo el mundo las tiene. Solo sugería que, a juzgar por la escala de valores imperante, eres un poquito ladrón.

—¡Oh! Bueno, si eso es todo... —repuso Jasper—. Uno tiene que vivir de alguna manera, ¿no? La lucha por la supervivencia en nuestro entorno es muy dura. Pero mira, ¿por qué no te casas conmigo? Prometo dejar de ser un ladrón y ganarme la vida de otro modo... ¿Qué te parece?

—Ya veremos —contestó Poppy—. Verás, en realidad no apruebo el matrimonio. Creo que hoy en día hay que decantarse por los acuerdos prematrimoniales.

—¿Y por qué te casaste con Anthony Saint Julien?

—Qué estúpido eres. Una chica tiene que casarse una vez, no puedes dejar que sigan llamándote señorita... Lo de señorita toda la vida suena demasiado idiota. De todos modos, el matrimonio es aburridísimo, al final los chalecos de tu marido terminan tirados por todo el dormitorio y esas cosas. Con el tiempo te acaba deprimiendo. ¡Oh, mira! Aquí llegan Eugenia y *Vivian Jackson*. ¡Salve! —exclamó.

—¡Salve, camisas tricolores! —Eugenia trotó hasta ellos, desmontó y mandó a paseo a Vivian Jackson con un tremendo porrazo en los cuartos traseros—. ¿Habéis venido a ver a L. P. V.? Cuando me he ido estaba de los nervios.

—Así es —contestó Poppy—, y ahora vuelve a estar tranquilita.

—Muy bien —repuso Eugenia con inquietud—, pero ¿en qué habéis quedado?

—Todo arreglado. No habrá fiesta sofisticada en los jardines, pero el espectáculo teatral va a hacerse igual y se cobrará una pequeña cantidad de entrada.

—¡Oh! Fantástico —dijo Eugenia con evidente alivio—. Así nos será mucho más fácil celebrar nuestro gran mitin socialunionista. Tengo que empezar a ocuparme de los carteles y los panfletos; he pensado que, ya puestos, podíamos distribuir himnos y propaganda del movimiento.

—L. P. V. parece bastante entusiasmada con el tricolorismo.

—Sí, cree que es el Instituto de la Mujer y lo apoya totalmente. No para de decir que está encantada de que por fin haga algo por el pueblo. Nanny, en cambio, le tiene un odio terrible. Siempre me estoy temiendo que esa vieja pacifista vaya a delatarme.

—No creo que vaya a hacer eso.

—Más le vale, a menos que quiera que los camaradas le den una paliza.

Hubo una pausa en la conversación. Eugenia empezó a tararear, como siempre hacía, la melodía de «*Deutschland Deutschland Über Alles!*», pero sustituyendo la letra por las palabras «Arriba, tricolores, a por ellos, ¡restregad sus rostros en el barro!».

Finalmente, Jasper dijo:

—Poppy y yo estábamos hablando de casarnos.

—¿Con quién?

—El uno con el otro, querida.

Eugenia los miró muy seria.

—Si la prima Poppy Saint Julien fuera fiel a los verdaderos principios del socialunionismo, volvería con su marido y le daría varios hijos varones y sanos.

—Mi querida Eugenia —exclamó Poppy—, eso a él no le gustaría un pelo. Cuando pienso en todas las molestias que me he tomado para...

—¿Es ario tu marido?

—En realidad, no sé muy bien qué es un ario.

—Bueno, es bastante fácil. Un no ario es el eslabón perdido entre hombre y bestia; la prueba de ello es que ningún animal, excepto el ganso del Báltico, tiene los ojos azules.

—¿Y los gatos siameses? —intervino Jasper.

—Es verdad. Pero los gatos siameses poseen, en grado sumo, la virtud nórdica de la fidelidad.

—Pues resulta que no —replicó Poppy—. El verano pasado tuvimos uno, y traía una pareja distinta cada noche. Incluso Anthony estaba impresionado.

Aquello no desalentó en lo más mínimo a Eugenia.

—Ya lo sé, quizá no son fieles a los gatos no arios, ¿por qué deberían serlo? Pero adoran a sus dueños nórdicos, y hasta van a dar largos paseos con ellos.

—¿Así que tu definición de un ario es alguien dispuesto a dar largos paseos con otros arios? A ver, señorita Smith, ¿va Anthony Saint Julien a dar largos paseos con usted o es el eslabón perdido?

—Camisa tricolor Aspect —dijo Eugenia secamente—, nada de frivolidades, por favor. —Se volvió hacia Poppy y añadió—: Si tu marido es ario, deberías ser capaz de convencerlo de que lo adecuado es vivir juntos y reproducirse; si es un sucio no ario, es posible que tu deber sea dejarlo y casarte con el tricolor Aspect. No estoy segura del todo, no queremos inmoralidades en el movimiento...

—No pasa nada —repuso Jasper—, créeme cuando te digo que Anthony Saint Julien es de la clase más baja y que de ganso del Báltico no tiene nada.

Eugenia no le prestó atención.

—Acabo de ir a ver al camisa tricolor Foster y me he visto obligada a hablar con él sobre su asociación con la señora Lace. Es posible, por supuesto, que sea perfectamente inocente, pero da mucho que hablar en el pueblo, o eso me cuentan mis camaradas. Tiene que acabarse, por tanto; lo menos que puede decirse es que les da a los pacifistas una excusa para sus calumnias sobre el partido al que pertenece el camisa tricolor Foster, y en el peor de los casos quizá esté alejando a esa mujer de sus deberes como esposa y madre de arios.

—Vaya, vaya, pues sí que es un poco mandón, este movimiento tuyo —comentó Jasper—. Bueno, y ¿qué tenía que decir en su defensa el camisa tricolor Foster?

—Su declaración no ha sido ni satisfactoria ni convincente —respondió Eugenia—; de hecho, me veré obligada a redactar una solicitud para su renuncia formal del movimiento esta misma noche.

—No sé quién es peor, si tú o L. P. V.

—Hay que purgar los vicios mezquinos de este país antes de que esté en condiciones de gobernar el mundo —exclamó Eugenia. Volvió a montar en *Vivian Jackson* y se alejó al galope.

—Es una buena chica —dijo Jasper—. Si hubiese nacido veinte años antes, habría sido sufragista.

Jasper y Noel estaban sentados en el bar, abandonados por las mujeres, que habían ido a Comberry Manor a probarse trajes para el espectáculo teatral. Bebían cerveza y hablaban sobre ellos, la conversación se había iniciado en un tono sumamente cordial. Por lo visto, Noel se sentía ahora un poco incómodo por su aventura con los Lace; Anne-Marie había abandonado la serenidad filosófica que a él le había parecido tan insólita y admirable para embarcarse en una serie de escenas lamentables. Y, según su mujer, el comandante Lace estaba celoso y abrigaba sospechas. Cabía prever problemas en ese ámbito, por tanto.

—Está claro que fui un tonto por pensarlo —dijo Noel con tono sombrío—, pero me pareció distinta de otras chicas. Para otra ocasión, tengo que recordar que al final son todas iguales.

—Lo bueno que tienen las mujeres —comentó Jasper— es que les apasiona dar por sentadas las relaciones amorosas. Parece ser su objetivo primordial en la vida. Si se han embarcado en una aventura corriente, no estarán satisfechas hasta haberla convertido en un romance del tipo «hasta que la muerte nos separe», mientras que el matrimonio, incluso hoy en día, nunca está tan lejos como debiera de su punto de mira. Cuando se trata de arrastrar a un pobre tipo hasta ese redil particular, resultan increíblemente expertas, no hay método demasiado deshonesto para lograr ese fin. Si no están casadas, fingen que su madre les ha prohibido verte; si lo están, que el marido se está poniendo celoso, hasta que uno, enloquecido por todas esas restricciones, acaba proponiéndoles matrimonio. Ni la madre ni el marido tendrían la menor idea de que pasa algo fuera de lo corriente si los tesoritos no anduvieran haciendo oscuras insinuaciones continuamente, por supuesto. ¡Oh, qué criaturas tan exasperantes! Desde luego, envidio a la gente cuyos gustos van en otra dirección. —Y añadió—: De todas formas, he de decir que mi señorita Smith parece excepcional en ese sentido.

—No lo creas —repuso alegremente Noel—, se limita a dejar una puerta abierta por si puede convencer a ese marido suyo de que vuelva a aceptarla.

—Maldito seas —espetó Jasper. También él sospechaba hacía mucho que era así.

—En cualquier caso —prosiguió Noel—, sí tiene una gran ventaja: comprende al menos que no puedes permitirte casarte. Ojalá pudiese yo convencer a Anne-Marie de lo mismo con respecto a mí... Aquel anillo fue un tremendo error táctico por mi parte, desde que se lo regalé, parece suponer que soy enormemente rico. ¿Qué diablos crees que me ha sugerido esta mañana? ¡Pues

que le compre una villa en el sur de Francia, como lo oyes, y la instale allí de amante! La chica debe de estar mal de la azotea.

Jasper soltó una risita.

—Me parece divertido.

—A mí no me lo parece —repuso Noel—. Estoy demasiado atrapado en todo esto y es un auténtico plumazo, te lo digo yo. En cuanto acabe la representación histórica pienso largarme pitando de aquí.

—¿Adónde irás?

—De vuelta a mi antiguo empleo en Fruel's, supongo —respondió Noel con tono triston—. Como por lo visto he defraudado a todas estas herederas, me veré obligado a seguir trabajando para ganarme la vida.

Al pronunciar esas palabras surgió ante él la horrible visión de la señorita Brisket, la mecanógrafa poco agraciada, la señorita Clumps, la mona, y los ojos de hurón y la nariz perspicaz del señor Farmer, el encargado. Estaban enmarcados en roble antiguo y vitrales, y parecían demonios aguardando en el infierno para atormentarlo.

La voz de Jasper lo hizo volver a la tierra.

—En realidad —estaba diciendo—, no creo que vayas a volver a Fruel's.

—¿Oh? ¿Por qué no?

—Porque el otro día, cuando estuve en Londres, me dirigí a New Broad Street y tuve una pequeña charla con el señor Percy. Le expliqué que, en muchos sentidos, soy en realidad más indicado que tú para esa rama particular de negocio, y mira por dónde se mostró bastante de acuerdo conmigo. Un hombre encantador e inteligente, ese *sir* Percy. Me contó que esta vez te habías marchado para siempre. Empiezo a trabajar allí a primeros del mes próximo.

Noel palideció. La visión que le había parecido tan demoníaca un instante antes volvió a él con un aspecto extrañamente alterado. La señorita Brisket, la señorita Clumps y el señor Farmer, en su pintoresco marco de antes, aparecieron ahora como ángeles celestiales que cantaban para dar la bienvenida a los peregrinos de las tinieblas.

—Jasper —dijo con amargura—, siempre he sabido que eras el mayor cerdo que conocía, pero hasta ahora no me había dado cuenta de lo cerdo que eres.

—Mi querido y viejo amigo —repuso Jasper con afligida sorpresa y arqueando mucho las cejas—, vamos, no nos hagamos mala sangre por esto, por favor. Tú habías dimitido de forma definitiva, ¿no? Como empleo no está mal, y me pareció poco menos que sensato que siguiera en la familia, por así decirlo. Francamente, viejo amigo, lamento muchísimo que te hayas llevado un disgusto, pero debo decir que no acabo de ver de qué te quejas.

—Muy bien —dijo Noel de pronto—, puesto que ahora tienes mi empleo y estoy encantado de que te quedes con mi parte de la señora Lace, ya no puedes hacerme más malas pasadas. De modo que puedo dejar de pagarte la cuenta en este agujero asqueroso. Supone un consuelo. ¡Eh, señorita! Cargue todas estas cervezas a la habitación ocho, ¿quiere?

Por una vez en su vida, Jasper se quedó sin habla.

Después de aquello, Noel empezó a tomar medidas para encontrar empleo. Se quedó en Chalford porque la excitación general ante la representación teatral lo había contagiado; y, además, en Londres hacía mucho calor y la gente influyente no estaba. De modo que escribió cartas. Le daba la sensación de que era inútil confiar en una invitación a recuperar su antiguo

puesto en las oficinas de Fruel y Grimthorpe; tras las saetas envenenadas que Jasper habría insertado, sin duda, en la mente de *sir* Percy Fruel, una solicitud de trabajo allí no haría sino entrañar el riesgo de un desaire colosal. Escribió, por tanto, a sus tres tíos, todos bien colocados en el mundo de las finanzas. Explicó que estaba perdiendo el tiempo en una oficina de corredores de bolsa; le daba la sensación de que era una ocupación que ofrecía pocas posibilidades para su talento. Preferiría algún empleo en que pudiera hacer uso de los idiomas que conocía y de su especial conocimiento de las condiciones en Europa central. «Si Jasper puede abrirse paso en la vida marcándose faroles —se dijo—, yo también debería ser capaz de hacerlo». Sabía bien que sus tíos, si bien no lo consideraban un joven excepcional, sí que confiaban en él cuando se trataba de desempeñar tareas con laboriosidad y diligencia. Llevaban años condenando su amistad con el tristemente famoso señor Aspect, y era probable que se sintieran muy inclinados a conseguirle un trabajo en el extranjero, lejos de esa maligna influencia. Noel también pensaba que, una vez lejos de Chalford, no sería mala cosa poner el mar del Norte entre él y la señora Lace durante algún tiempo. Mientras esperaba que las cosas tomaran un nuevo rumbo, sin embargo, continuó coqueteando con la dama en cuestión, a cuyos atractivos no era quizá tan insensible como le gustaba imaginar.

—Qué cosa tan misteriosa —dijo Poppy, que acababa de volver, acompañada por Jasper, de ensayar su episodio con el grupo de Chalford. Era el penúltimo ensayo antes de la obra, y había sido un sonado fracaso—. Qué cosa tan misteriosa, hay un paquete enorme para mí. Es muy raro, porque nadie sabe que estoy aquí, excepto Anthony, supongo, y no es probable que él me mandara un paquete.

—No, solo un mandato judicial —repuso Jasper.

—Qué curioso —continuó Poppy—. No es mi cumpleaños ni nada parecido; además, aquí nadie recibe nunca correo, excepto los detectives. —Empezó a abrir el envoltorio de papel de estraza—. Vaya, es como una sombrerera muy pesada, y viene certificada, además. Sencillamente, no lo entiendo.

Cuando por fin logró abrir un agujero en el papel de estraza, que era especialmente grueso, apareció una pulcra caja de madera, que claramente requería martillo y cincel para su apertura. Jasper, que para entonces sentía casi tanta curiosidad como Poppy, fue a pedirle dichas herramientas al señor Birle.

—Es exactamente la clase de caja en que solían llegar mis regalos de boda —explicó Poppy, pululando en torno a Jasper mientras este se ensañaba con ella—. Alguien siempre acababa haciéndose daño al abrirlas, y entonces tenías que zambullirte en un mar de virutas para encontrar algún espantoso tintero de cristal. Vaya lloreras me pegaba cuando estaba comprometida.

—No me sorprende. El matrimonio con el eslabón perdido Saint Julien no puede haber supuesto una perspectiva de futuro muy divertida para una simpática chica nórdica como tú.

—¡Anda! —exclamó Poppy—. ¿Qué te había dicho? Un mar de virutas. Como en los viejos tiempos... Ahora, a por el tintero.

Entre las virutas había un gran estuche de piel roja.

—Quiquiera que haya mandado esto no quería correr el riesgo de que se rompiera su precioso tintero.

Dentro del estuche de piel roja había una gran diadema de brillantes.

Poppy y Jasper parpadearon. Se miraron y volvieron a mirar la diadema, y ninguno de los dos pronunció palabra. Al cabo de unos minutos, Poppy la dejó con cuidado sobre la mesa del vestíbulo y, apartando con cierta desgana la vista de ella, volvió a rebuscar entre las virutas. Lo hizo con la actitud puramente mecánica de alguien cuyos reflejos se han visto condicionados a tener una reacción particular al recibir diademas de brillantes. No tardó en encontrar lo que andaba buscando: una tarjeta de visita. El nombre grabado en ella era el del abuelo de Jasper, y, escrito a lápiz, se leía: «*Para una damisela encantadora de un viejo amigo, que espera poder presumir muy pronto de una relación más íntima*».

Jasper se la quitó de las manos y la leyó a su vez.

—Bueno —dijo con satisfacción—, ahora sí que podremos casarnos.

Poppy, que se estaba probando la diadema ante un espejo, preguntó:

—¿Por qué?

—Con lo que saquemos por la venta, boba.

—¿La venta de qué? Me parece que no tengo intención de vender mi diadema, si te refieres a eso. —Movi6 la cabeza de un lado a otro para que lanzara destellos—. La verdad es que me sienta muy bien, ¿no?

—Recuerda que vas a ser la esposa de un hombre pobre, no puedes permitirte esos caprichos caros.

—Sí, pero si me quedo con Anthony Saint Julien podré permitírmelos con facilidad.

—Bueno, debo decir que esta sí que es buena. Si te quedas con Anthony Saint Julien, es de esperar que serás lo bastante honesta como para ceder la diadema.

—¿A quién, si puede saberse?

—A mí, por supuesto. Después de todo, el viejo la ha enviado como regalo de boda para mí, ¿no?

—No estoy en absoluto de acuerdo. Vuelve a leer la tarjeta y muéstrame una sola mención en ella a ti o a la boda. Quizá podría devolvérsela al duque, pero no tiene nada que ver contigo.

—Mira —dijo Jasper, sosteniendo en alto la tarjeta—, «que espera poder presumir muy pronto de una relación más íntima». ¿Qué me dices de eso?

—Confío en que las intenciones del duque sean honorables —repuso Poppy con despreocupación. Cogió la diadema y volvió a meterla en el estuche, y luego, con él en las manos, cruzó el vestíbulo y exclamó—: ¡Señor Birk!

El señor Birk salió de su despacho.

—¿Puede prestarme su coche, ahora mismo? Quiero ir al banco de Rackenbridge.

—Sí, por supuesto, señorita Smith.

—Son las cinco —intervino Jasper—, y los bancos cierran a las tres, querida.

La mirada del señor Birk fue de uno al otro. Poppy le dijo:

—Tengo aquí conmigo una joya que ansío poner a buen recaudo, señor Birk. ¿Cree que habría alguna forma de ponerme en contacto con el director del banco?

—Sí, desde luego, señorita Smith. De hecho, resulta que el director es hermano de mi esposa... Yo mismo la llevaré hasta Rackenbridge y me ocuparé de ello. Estoy seguro de que hará lo que sea por complacerla. Si quiere esperar un momento, iré a poner en marcha el coche.

—Muchísimas gracias —repuso Poppy—. Iré hasta el garaje con usted.

Unos minutos más tarde, se la vio partir en el vehículo en dirección a Rackenbridge, todavía aferrando el precioso estuche de piel roja.

«Esta chica ha aprendido un par de cosas desde que llegó», se dijo Jasper con cierta admiración. Se dirigió como un autómatas hacia el bar, donde se encontró con la señora Birk.

—Perdone que lo moleste, señor, pero aquí tiene su cuenta de esta última semana. El señor Foster nos dijo que teníamos que hacer la suya por separado desde el jueves pasado.

—¡Oh! Sí, gracias —respondió Jasper.

La cuenta le pareció exorbitante. Leyó los apuntes, reconoció con un suspiro que eran correctos y extendió un cheque por la cantidad, que le tendió a la señora Birk como quien no quiere la cosa.

—Un *whisky* doble, por favor —añadió.

En muchos kilómetros a la redonda de Chalford, unos espantosos carteles cuidadosamente ilustrados a mano en tinta negra afeaban la campiña. Habían ocupado durante semanas las horas de ocio de Eugenia y sus camaradas. Combinaban un poco de discreta propaganda con el anuncio de que iban a celebrarse en Chalford House un gran mitin socialunionista, un espectáculo teatral, una fiesta en los jardines y una feria medieval. Las puertas se abrirían a las dos y media de la tarde del miércoles, y la entrada costaría un chelín. Eugenia le señaló a Jasper lo que hacía de esos carteles algo verdaderamente *chic*: no había dos iguales.

—Oh, no me digas —repuso él—, pues a mí me han parecido todos clavados... En cualquier caso, todos parecen llevar una imagen de King Kong.

—Qué estúpido eres —espetó Eugenia, llevándose una mano a la daga, furiosa—, ¿no ves que es un camarada de los camisas tricolores que tiende la antorcha del socialunionismo a la juventud de Gran Bretaña? Todos llevan esta imagen; lo que quiero decir es que el texto de cada uno es distinto, según dónde vayan colgados. ¿No has leído el que hay en el exterior del Jolly Roger, por ejemplo?

—No lo he leído —admitió Jasper— porque estaba demasiado absorto admirando a King... quiero decir, al camarada camisa tricolor.

—Bueno, pues deberías hacerlo. Hace referencia a la decadencia de la alta sociedad en estos días de posguerra y señala que sus miembros ya no tienen valor alguno para la comunidad puesto que no poseen ni sentido moral ni integridad política. Va destinado a todos vosotros.

—Oh, pues muchas gracias —repuso Jasper.

—Los carteles de Rackenbridge hablan de la cobardía de los pirómanos pacifistas y de que todos los enemigos de la causa socialunionista correrán sin duda el destino de Van der Lubbe. Hay uno en el gran establo de vacas del comandante Lace que compara nuestra política agrícola con la de esos conservadores blandengues y explica que, bajo nuestro régimen, se nacionalizará la agricultura y a los granjeros ya no se les permitirá andar enredando por su cuenta. El de la vicaría anuncia que, como la religión ha fracasado tanto en este país, el socialunionismo no tardará en ocupar su lugar; el de casa del señor Isaac promete que se enviará a todos los judíos a vivir en Jerusalén, la ciudad dorada que mana leche y miel, y el de las puertas del jardín de lord Alexander contiene información sobre la naturaleza obsoleta de la legislación hereditaria.

—Supongo que te estás volviendo increíblemente popular por estos pagos.

—¿Qué es la popularidad? —exclamó Eugenia con desdén—. ¿Qué es la vida misma comparada con La Bandera? Los camaradas están emocionadísimos con lo del miércoles. No sabes lo maravillosamente bien que lo han organizado todo. Se esperan siete grandes ómnibus llenos de camisas tricolores, y acudirán todos también al ensayo general del lunes. Los que no tengan un papel propiamente dicho llevarán también trajes de época y engrosarán las filas de los que ovacionen a Jorge III. ¡Oh, maldita sea! Desde luego, es un fastidio que tenga que ir la señora Lace en ese carruaje.

—No importa, mejor concéntrate en el señor Wilkins, que, por lo visto, ahora es un miembro entusiasta.

—Sí, es un consuelo. Voy a pedirle que lleve esta insignia en el traje; después de todo, Jorge III fue una especie de profeta, ¿no?

—Uno bastante chiflado, tengo entendido —puntualizó Jasper.

—La señorita Trant ha estado maravillosa —continuó Eugenia—. De verdad que no sé qué habríamos hecho sin su ayuda. Se las ha apañado para alquilar cien disfraces de Dolly Varden y cien de pastor de Dresde por solo media corona cada uno, y está organizando el té. Ahora tengo que irme a escribir tarjetas para recordarles a todas las respectivas secciones que el ensayo general será el lunes a las dos de la tarde, no a las tres como se estableció en un principio. ¡Oh! Crees que va a ser un éxito, camisa tricolor Aspect, ¿verdad?

—Estoy seguro de que va a resultar una tarde de lo más entretenida —contestó Jasper. Eugenia se alejó trotando en su poni negro—. ¿Sí, señor Birk?

—Lamento mucho molestarlo —dijo el señor Birk. Llevaba un cheque en la mano que a Jasper no le costó reconocer: era con el que le había pagado a la señora Birk unos días antes—. Esto nos ha venido devuelto, debe de haber algún error.

Jasper lo cogió, le echó un vistazo rápido y dijo:

—Oh, ya veo. Algún pequeño malentendido, sin duda. Qué estupidez por parte de mi banco, supongo que tendré que mandarle un telegrama a ese idiota del director.

Se alejó en dirección a la oficina de correos, desde donde le envió un telegrama a su hermana rogándole que le mandara un giro de diez libras, y lo firmó con un «S. O. S. Jasper». Estaba bajo de moral. Como Poppy seguía empeñada en su plan de tenerlo sobre ascuas, él no tenía ni idea de si estaba también emocionalmente comprometida o no. Los detectives se habían ido de Chalford, desvaneciéndose tan rápida y misteriosamente como habían aparecido, y eso parecía preocuparla.

—Da la sensación de que ya tienen las pruebas que necesitaban —dijo—. Hemos sido unos locos al no tomar más precauciones.

Jasper pensó que no podía haber nada en el mundo tan deprimente como problemas financieros acompañados de incertidumbre emocional. Confiaba de veras, por cierto, en que su hermana no se hubiese marchado aún al extranjero.

Noel acentuó entonces el sufrimiento de Jasper al comportarse de pronto con una alegría excesiva. Alardeaba continuamente de los maravillosos empleos que iban a encontrarle sus tíos en el continente. De hecho, le habían escrito en términos muy cariñosos al respecto, y esperaba recibir un día de esas noticias más definitivas de uno u otro.

Con esa esperanza, mantenía a raya a la señora Lace con vagas pero interesantes promesas, tarea no muy difícil en aquellos momentos, teniendo en cuenta que todos los pensamientos y las

energías de Anne-Marie estaban puestos en la representación teatral. Tan enfrascada estaba en sus ensoñaciones sobre el día que se avecinaba que no advirtió la insólita conducta de los jóvenes de Rackenbridge. El señor Leader evitó saludarla un día en la calle del pueblo, y el señor Forderen ni siquiera le había contestado una carta en que lo invitaba a fotografiarla en varios estados de ánimo dieciochescos. No se le ocurrió llegar a la conclusión, a partir de esos y otros indicios, de que en Rackenbridge pudiesen estar trazando sus propios planes para la tarde del miércoles.

La víspera del espectáculo teatral cayó un aguacero tremendo y con toda la pinta de ser de los que duraban al menos una semana.

—Va a llover sin parar —anunció alegremente el señor Birk, silbando entre dientes. La previsión meteorológica en el *Daily Mail* apoyaba su temible profecía: «Las perspectivas para los días venideros son inciertas», rezaba.

Poppy, Marjorie, Jasper y Noel se habían apiñado en busca de mutua compañía en el salón, donde contemplaban la lluvia que caía a cántaros y se preguntaban si valdría la pena pedirle a la señora Birk que reemplazara los helechos y el papel arrugado en la chimenea por un fuego. A primera hora de la tarde se unieron a ellos Eugenia y la señora Lace, y se sumieron todos juntos en la melancolía. El trabajo de varias semanas y la entusiasmada expectativa de algo que parecía irreplicable se estaban frustrando ante sus mismísimos ojos; se sentían terriblemente abatidos.

—Nos queda la pista de *squash* —musitó Eugenia sin mucha convicción.

Además, el ensayo general del día anterior había constituido un absoluto fracaso en todos los sentidos, y todo el mundo había decidido de forma unánime que era esencial hacer otro, pero eso era ahora imposible, claro.

La conversación avanzaba a trompicones. De común acuerdo, todos fingían dar por sentado que al día siguiente haría buen tiempo.

—El señor Wilkins debe acordarse de quitarse el sombrero, o de inclinarse o de lo que sea, ante el pueblo que lo vitorea. Ayer se quedó arrellanado en su asiento y ni siquiera se le veía.

—A mí me pareció que estaba maravilloso —opinó *lady* Marjorie.

—Además, creo que debería sentarse a la izquierda, para poder bajarse primero y ayudar a la señora Lace.

—Noel va a ayudarme a bajar —repuso la señora Lace.

—Eugenia, si te acuerdas, dile al cochero que vaya a paso de persona; después de todo, debemos intentar que la llegada sea realmente impresionante, es el episodio más importante, con mucho. En mi opinión, todo depende de cómo vaya eso.

—¿No les pareció que el estrado se veía un poco desnudo? Ele pensado que podríamos colgar banderas o algo así, para alegrarlo un poco.

—Banderas tricolores —puntualizó Eugenia—. Me ocuparé de ello.

—Hay que decirle muy estrictamente al primer mensajero que no se acerque al estrado hasta que la pequeña Margaret Cooper haya ofrecido el ramo de flores a la reina Carlota. Toda esa parte se hizo ayer con una prisa espantosa.

—Yo, por mi parte, pienso que deberíamos poner primero el baile folclórico, antes de que den comienzo los episodios.

—No es mal plan, pero si lo hacemos, que no se nos olvide decírselo a la señorita Trant.

—Y al señor Wilkins.

—¡Oh, qué fastidio de lluvia!

—Opino que la disparidad entre episodios es tremenda. El del motín del té de Boston en particular me pareció un desastre.

—Pues claro que lo fue. Resulta que no aparecieron los actores principales y la señorita Trant tuvo que leer todos sus papeles, así que tenía que quedar fatal, supongo.

—En cualquier caso, fue exactamente igual que Alicia en el país de las maravillas... y siempre lo será.

—¿Quién es responsable del motín del té de Boston?

—La sección de Barton —contestó Eugenia—, y esta mañana me ha llegado una carta de su líder en que dice que se les estropeó el ómnibus de camino hacia aquí. Para mañana ya estará arreglado. Camisa tricolor Aspect, digo yo que podrías hacer que el señor Wilkins hablase más alto en el discurso del motín del té, el de «Marchaos de nuestro gran imperio, viles demócratas». Es un discurso de suma importancia y lo pronunció farfullando horriblemente.

—A mí me pareció que lo hacía de maravilla —intervino *lady* Marjorie—. ¡Oh, Dios santo! ¡Y qué divino estaba con el traje de ceremonia!

—¡Oh, qué fastidio de lluvia!

—Una cosa —dijo Eugenia—: si las precipitaciones de mañana superan los dos centímetros y medio, sacaremos cien libras del seguro.

Jasper se había encargado de la operación, de la que se había llevado una discreta tajada.

—Las sacaremos en cualquier caso —dijo—. Van a medirlo con el pluviómetro del maestro, y he pensado que me acercaré allí en algún momento del día con una regadera.

—Sabes qué te digo, Jasper, tenemos que hacer algo con el brazo de Nelson, para que no se le vea. Ayer se le veía todo el rato bajo la manga doblada, y quedaba absurdo.

—Sí, y ¿por qué cojea Nelson y finge ser sordo? A eso lo llamo yo sobreactuar a lo bestia.

—El episodio entero de Nelson peca de poco satisfactorio. Por ejemplo, ¿era *lady* Hamilton de verdad tan campechana con Jorge III? No sé por qué, creía que ni siquiera llegaron a recibirla en la corte, y de todas formas él ya estaba chalado para entonces.

—Nadie va a saber eso.

—Bueno, diría que no, pero seguro que lo que sí sabe todo el mundo es que no estuvo en el lecho de muerte de Nelson. Para empezar, hay un cuadro muy famoso de esa escena.

—Es que no debería participar en ella —exclamó Jasper desesperado—. Le he dicho mil veces que se mantenga al margen. Su presencia echa por tierra lo de «Ven a darme un beso, Hardy».

—¡Oh! Pero lo que pasó ayer fue que Hardy ni siquiera apareció, y como alguien tenía que besar al pobre tipo, *lady* Hamilton pareció la persona más indicada.

—Por lo visto está loca por él... En la vida real, quiero decir; me lo contó la señorita Trant.

—En todo caso, en una carta en el *Sunday Times* se decía que lo que Nelson dijo fue, en realidad, «El destino avieso, Hardy».

—No me importa, Hardy lo besó y ya está. Todo el mundo sabe que fue así.

—¡Oh, qué fastidio de lluvia!

—¿No les parece que la parte en que Wolfe recita la Elegía de Gray a sus tropas se hace un poco pesada? Supongo que no puede recortarse, ¿no?

—Y Napoleón a bordo del *Bellerophon* tenía exactamente el mismo aspecto que «Nelson cae herido en las islas Canarias». Ya les dije que pasaría eso.

—Me sorprendió mucho que Napoleón estuviera ciego, por cierto.

—Bueno, pues no sé dónde encontró algo que beber, yo no lo conseguí.

—El ennoblecimiento de Pitt fue bonito —intervino Eugenia—. Tengo que decirles a los camaradas que vitoreen como locos durante la escena. Si estuviera vivo hoy en día, Pitt habría sido socialunionista, por supuesto. Y Fox también.

—¡Oh, qué fastidio de lluvia!

—Por cierto —dijo Eugenia—, como uno de los viejos caballos del carruaje está cojo desde ayer, vamos a utilizar a *Vivian Jackson* en su lugar. Está contentísimo, le encanta participar en las cosas.

La lluvia continuó cayendo toda la tarde sin interrupción. Llovía y llovía. A la hora del té, el telegrama que Jasper había enviado a su hermana le fue devuelto. «En el extranjero, paradero desconocido».

—Oh, Dios —se lamentó—, siempre llueve sobre mojado. Supongo que cuando a uno empiezan a devolverle cheques, es natural que los telegramas vengan después. Vamos, viejo amigo, préstame diez libras.

—Lo siento, viejo amigo.

—Mi querida señorita Smith —dijo aquella noche—, ¿vas a casarte conmigo o no? Me gustaría saberlo pronto.

—¿Por qué?

—Porque si no, creo que me largaré después de la obra.

—¿Adónde?

—A Uruguay.

—Oh, yo que tú no haría eso.

—Entonces cástate conmigo.

—Te lo diré mañana —repuso Poppy—, cuando haya acabado la representación, si es que al final se hace. ¡Oh, qué fastidio de lluvia!

Jasper se preguntó por qué se le hacía imposible pedirle diez libras a Poppy. Jamás había tenido esa falta de seguridad en sí mismo en sus relaciones con las mujeres. A la pobrecita Marigold, de hecho, la había dejado en prenda una vez en un hotel de París en el que le había resultado imposible pagar la cuenta, y por lo que él sabía allí seguía. No conseguía imaginarse dándole ese trato a Poppy.

—Buenas noches, cariño —dijo—. ¡Oh, qué fastidio de lluvia!

Aquella noche nadie durmió gran cosa en el *Jolly Roger*, pues el tiempo estaba demasiado presente en los pensamientos de todos. Algunos se dispusieron a descansar con las cortinas descorridas para poder observar cualquier cambio desde la cama; otros trataron de olvidar su ansiedad cerrando las ventanas, pero no tardaron en encontrarse haciendo continuos peregrinajes para volver a abrirlas. A las dos de la madrugada, la lluvia cesó de pronto y no se oyó otro sonido que el gotear regular de los árboles. No se veía el cielo ni las estrellas; la oscuridad era profunda. Poco antes de las cinco, la creciente luz del día reveló que el pueblo se hallaba envuelto en una niebla blanca y opaca. A las ocho empezó a disiparse, y a las nueve, un cálido sol vertía sus rayos sobre los campos empapados. Hacía un perfecto día de verano.

Hacía un perfecto día de verano. El sol irrumpía a través de las ventanas del Jolly Roger, pero no consiguió despertar a sus ocupantes. En cuanto tuvieron la absoluta confianza de que el buen tiempo era un hecho irrefutable, todos decidieron compensar la noche de vigilia sumiéndose en un sueño feliz y libre de preocupaciones. Cuanto más brillaba el sol, más profundamente dormían. A las once, cuando Eugenia y *Vivian Jackson* aparecieron en los jardines de Chalford, los despertó por fin un alboroto tremendo compuesto de gritos, relinchos y el restallar de un látigo. Rostros soñolientos aparecieron, uno por uno, en cuatro ventanas.

—¡Salve! ¡Arriba, camaradas camisas tricolores! —exclamó Eugenia—. No sé cómo podéis seguir en la cama con un día como este... Yo estoy en pie desde el amanecer. Hay mucho trabajo que hacer en Chalford Park; os ordeno, como líder de vuestro distrito, que me sigáis sin más demora. —Hizo girar en redondo la cabeza de *Vivian Jackson*, el animal se empinó dos veces y, tras tremendos corcoveos, se alejó al galope mientras Eugenia, firme como una roca en la silla, cantaba a pleno pulmón el himno *Tierra de los camisas tricolores de la madre patria*.

Poppy fue la primera en estar a punto. Abandonó su puesto habitual en la batalla por el baño, pues se le había ocurrido la astuta idea de que igual podría darse un buen baño caliente en Chalford House cuando se vistiera para la representación. Bajó por las escaleras encantada de haberles ganado así por la mano a los demás. Sobre la mesa del vestíbulo vio, por primera vez desde su llegada al Jolly Roger, una carta dirigida a ella; es más, era una carta con la dirección escrita en la letra antaño adorada y siempre familiar de Anthony Saint Julien. Se sintió un poco mareada al abrirla.

Para tratarse de él, era una carta larga, de cuatro páginas, cuya letra empezaba siendo pequeña y pulcra y acababa grandota y descuidada. En ella, Anthony Saint Julien sugería que Poppy debía volver con él de inmediato. Decía que la casa se estaba volviendo muy incómoda: la cocinera se había despedido, y la criada o no podía o no quería mandar la ropa de cama a lavar, a pesar de que él se lo recordaba cada día. Anthony consideraba, además, que los gastos semanales de la casa se habían disparado. Procedía entonces a decir, hacia el final de la segunda página, que ninguna otra mujer llegaría a significar tanto para él durante el resto su vida, y que si estaba dispuesta a olvidar el pasado, él estaría encantado de recibirla en casa con los brazos abiertos. No había referencia directa alguna a los detectives o a la debutante. Poppy se preguntó qué hacer.

Después de todo, Anthony Saint Julien era su marido, y ella adoraba su casita en Chapel Street. No le hacía falta cerrar los ojos para visualizar el salón con el papel pintado de enrejado, las lujosas cortinas rojas y los muebles de madera satinada. Le sería mucho más duro abandonar una casa por la que sentía una devoción especial que a un marido para el que la devoción pertenecía al pasado. En una situación en que muchas mujeres estarían contraponiendo una vieja lealtad con una nueva pasión, Poppy se encontró preguntándose si sería posible sacar su escritorio a hurtadillas de la casa si por fin decidía unirse al señor Aspect. Semejante indecisión no la inquietó en lo más mínimo, porque estaba bastante segura de que, cuando la gran representación histórica de los camisas tricolores y la fiesta en el jardín llegaran a su fin, sabría con certeza qué decisión tomar.

También Noel encontró una carta aquella mañana. Era de uno de sus tíos y lo informaba de que debía ir a Londres cuanto antes, momento en que se le concertaría una entrevista con un banquero vienés que podía estar dispuesto a ofrecerle un empleo. Mandó de inmediato un telegrama al tío para decirle que estaría en Londres al día siguiente.

Cuando todos estuvieron listos, se embutieron en el coche que el amable señor Birk había puesto a su disposición y que los llevó hasta Chalford Park. En la casa y los alrededores reinaba el caos; se hacía difícil imaginar que las cosas fueran a resolverse. Obreros, socialunionistas, miembros del Instituto de la Mujer y una muchedumbre de periodistas tropezaban unos con otros en el exterior, mientras que en el interior la señorita Trant y la señora Lace andaban enzarzadas en una batalla campal por los camerinos. *Lady* Chalford había puesto a su disposición para dicho propósito catorce grandes dormitorios, y la señora Lace insistía en que, para vestir a los actores que aparecían en el episodio de Chalford, iba a necesitar al menos siete. Como ella era la responsable de vestir a veinte personas y la señorita Trant iba a tener en sus manos al menos doscientas, daba la sensación de que las exigencias de la señora Lace eran desproporcionadas. Finalmente, tras una larga y furibunda discusión, consiguieron convencerla de que se apañara con solo tres camerinos, que procedió entonces a llenar de galas, extendiendo trajes sobre camas y sillas, y cubriendo las mesas de accesorios. Jasper y Poppy entraron a echar un vistazo y concluyeron que la señora Lace había pasado demasiado tiempo bajo el influjo de los jóvenes de Rackenbridge. Sus ideas sobre el vestuario eran muy modernas.

—Me parece —dijo Jasper en uno de sus apartes en voz alta— que estos vestidos medievales de paño americano, estas pelucas de cartón y *écharpes* de celofán van a quedar muy peculiares junto a los doscientos disfraces de Dolly Varden y pastores de Dresde que ha alquilado la querida señorita Trant en el modisto teatral de Oxford.

—Anda, qué feos son —murmuró Poppy—, ¿de verdad tengo que llevar esta monstruosidad de peluca?

—Es culpa tuya, cariño; no quisiste tomarte la molestia de buscarte tú misma un traje y ahora estás a merced del gusto de Rackenbridge. Lo tienes bien empleado, además.

Lady Marjorie parecía loca de emoción y corría de aquí para allá en busca del señor Wilkins.

—No puedo esperar, no puedo esperar —decía.

El señor Wilkins, sin embargo, no había aparecido aún en escena.

La mañana pasó en un santiamén.

Lady Chalford, que estaba disfrutando de lo lindo con aquel insólito trajín, les rogó a todos que se quedaran a tomar un almuerzo frío al que ya estaban invitados el director de Peersmont y

sus pupilos. Daba la sensación de haberse quitado un montón de años de encima, parecía una jovencita cuando salió a recibir a su viejo amigo el duque de Driburgh y a dos de sus colegas que el director había considerado candidatos adecuados para la excursión del día.

El duque, sin embargo, huyó del lado de *lady* Chalford en cuanto la decencia se lo permitió y fue derecho hacia Poppy, a quien incomodó considerablemente con sus atenciones. Cuando llegó la hora del almuerzo, llevó a cabo las maniobras necesarias para que se sentara junto a él, mantuvo la rodilla pegada a la de ella durante toda la comida y le cogió la mano entre plato y plato. Cuando Poppy trató de darle las gracias por la diadema, el duque se la comió con los ojos y dejó caer unas cuantas insinuaciones misteriosas.

—¿Qué tal está lord Rousham? —preguntó ella cambiando de tema.

—Ha dejado su dieta, lamento decir. Ahora se niega a comer otra cosa que los cocos y los pedacitos de sebo que dejamos para los herrerillos. Gunnersbury está enfascado en hacerle un ponedero; vaya viejo tonto y metomentodo, siempre ha estado metiendo bulla con el problema de la vivienda y esas cosas. No tengo paciencia con sus absurdas ideas socialistas; si alguien quiere construir su propio nido, dejémosle que lo haga. Los sindicatos han sido la perdición de este país, mi querida damisela, oye bien lo que te digo.

Después del almuerzo, el duque condujo a Poppy a una ventana en saledizo y le propuso matrimonio.

—Pero si usted ya está casado, duque —exclamó Poppy para ganar tiempo. Había una expresión demente en sus ojos que no le acabó de gustar.

—Ah, piensas que estoy pasado de moda, que soy un anticuado, ¿eh? Pues últimamente me he vuelto muy moderno, te lo aseguro, y tengo entendido que hoy en día es de lo más corriente comprometerse cuando uno aún está casado. Vaya idea tan sensata, diantre. Ahora sugiero que le demos a la querida Maud todas las pruebas que quiera y que nos escapemos a un juzgado de paz. ¿Qué me dices a eso, mi querida damisela? En el árbol del que salió esa diadema cuelgan muchos y preciosos regalitos más, ¿sabes?

—Me parece estupendo —repuso Poppy—, y ahora, duque...

—Llámame Adolphus.

—Y ahora, Adolphus, de veras que estoy ocupada. Si me disculpa, creo que debería irme. Pero volveremos a vernos muy pronto.

—Y para siempre, mi querida damisela, para siempre —exclamó el enamorado Adolphus con expresión lasciva cuando ella se alejaba.

Poppy, que no tenía nada que hacer durante al menos una hora más (habían almorzado temprano y muy deprisa), huyó hasta la biblioteca contigua, donde podría esconderse de su admirador tras las prominentes estanterías. Se alegró al comprobar que estaban ahí los periódicos del día, pulcramente dispuestos sobre una gran mesa redonda con sobre de cuero, y empezó a hojear el *Times* sin entusiasmo. Lo primero con que se topó, prácticamente, fue con el nombre de la debutante de Anthony Saint Julien encabezando la lista de futuros enlaces; la chica estaba comprometida con un conocido jugador de polo.

Poppy comprendió entonces el entusiasmo con que Anthony Saint Julien había querido que regresara; lo lamentaba por él, pero le pareció asimismo que su conducta era innecesariamente cruel. Podría haber esperado un par de días. Al mismo tiempo, no dejó de agradecerle que se hubiese mostrado tan canalla, pues ahora, fuera cual fuese el rumbo que ella decidiera tomar, solo

le estaría dando el trato que merecía. Sus pensamientos volvieron una vez más al escritorio. Era pesado, pero entre ella y Jasper probablemente podrían sacarlo de la casa en plena noche.

Por fin dio con ella *lady* Marjorie, que tenía un aspecto horrible y macabro con los faldellines de paño malva sobre una falda de brillante tela impermeable plateada. Como la peluca de redcilla de alambre le había quedado pequeña y le hacía daño, le pidió prestada a la señorita Trant una de Dolly Varden. Era de crin de caballo blanca, tiesa y despeinada, y le formaba una enmarañada aureola en torno a la cabeza; tras una oreja le pendía un tirabuzón que, con cada paso que daba, se parecía más a un sacacorchos y menos a un tirabuzón. La peluca le iba grande y el cabello oscuro de *lady* Marjorie asomaba por detrás pese a incontables horquillas.

—¡Caramba! —soltó Poppy, tratando de no parecer aterrada ante aquella aparición—. ¿Ya te has vestido?

—No hacía falta, aún quedan siglos, pero quería acabar de una vez. Estoy demasiado nerviosa para quedarme sentada y esperar.

—Yo he tenido que esconderme aquí —explicó Poppy— porque me perseguía ese duque viejo y espantoso. De hecho, ha llegado a proponerme matrimonio y todo.

—¡Oh! Pues vaya engreído está hecho el viejo y espantoso duque. Cuando pienso en cómo me mareabas con lo de Osborne... Bueno, supongo que habrás aceptado encantada, ¿debo felicitarte, querida?

—Mi querida Marge... ¿Con ese duque viejales?

—Tonterías. Es un viejo duque muy agradable, mucho más que esa montaña de pomposidad con la que tú quieres que me case. ¿Me veo bien, querida?

—Estás preciosa, querida.

—Menos mal, porque... ya sabes, es por el señor Wilkins. Quiero estar lo más guapa posible para él, qué ángel de hombre. ¡Oh, Dios! La verdad es que se me hace duro no poder ir en el carruaje con él.

—No te preocupes, en realidad creo que tienes más posibilidades de intimar con él así, porque pasarás horas sentada a su lado en el estrado, y cuando los episodios hayan concluido, Noel escoltará a la belleza local en su recorrido por la feria medieval. Ahí tendrás tu gran oportunidad.

—¡Oh, qué emocionada estoy! No paro de sentir escalofríos. Los socialunionistas llegarán aquí en cualquier momento con sus ómnibus. Ven a vestirte ya, Poppy, me da demasiada vergüenza ir sola en busca del señor Wilkins.

Poco después, acompañados de canciones, vítores y gritos de los tricolores, empezaron a llegar los camaradas.

Parecían animadísimos cuando sus líderes de sección los condujeron hasta los camerinos de la señorita Trant, donde procedieron a cubrirse las camisas tricolores con chaquetas de brocado de algodón y bombachos de satén, o faldellines de brocado de algodón y faldas de satén, según el sexo. Llevaban chorreras de encaje barato en torno al cuello y volantes cosidos en las mangas, pero estas no solían ser de su talla y en la mayoría de casos asomaban unos centímetros de las camisas rojas, blancas y azules. Jasper, muerto de calor y sudando en uno de los artísticos trajes de goma de la señora Lace, se tomaba sus obligaciones de director con la mayor seriedad.

Correteaba de aquí para allá con un mugriento pedazo de papel en una mano y un megáfono en la otra, reprendiendo a los distintos líderes de sección y tratando de asegurarse de que todos los grupos hubiesen llegado a escena. Finalmente, se encaramó a una silla y se dirigió a todos ellos a través del megáfono.

—A ver, muchachos —dijo—, hay un par de cosas que deseo mencionar. El ensayo general del lunes no fue demasiado bien. No solo faltó el vestuario, sino que ni puede decirse que fuera general, porque fallaron muchos, ni podría llegar a considerarse un ensayo. Sin embargo, eso no va impedirnos hacerlo de maravilla esta tarde. Ahora quiero que todos tratéis de sumergiros en el ambiente de la época; recordad que a partir de ahora estáis en el siglo XVIII. Cuando llegue el carruaje que lleva al rey Jorge y la reina Carlota, quiero que estéis todos flanqueando el sendero; quiero que les rindáis una buena ovación, pero no chilléis ni soltéis el saludo socialunionista. Que sean audibles una serie de frases: «Que Dios bendiga a su majestad», «Larga vida a la casa de Hannover», «Viva la reina Carlota», y esa clase de cosas; e hincad la rodilla en el suelo al paso del carruaje. Los que no llevéis la peluca cosida al sombrero podéis descubrirlos... Me refiero a que os quitéis el sombrero, no la peluca, y lo agitéis en el aire. Otro punto importante: recordad que dispondréis de tiempo de sobra para ocupar vuestros puestos en los episodios mientras los reyes se apean y se disponen a escuchar los discursos de bienvenida. El lunes todo el mundo correteaba en desorden y se armó un lío tremendo. Ahora volveré a leeros la lista de episodios en el orden que toca, porque quiero que os quede bien claro.

»Llegan Jorge III y la reina Carlota (camisa tricolor Wilkins y señora Lace).

»Discurso de bienvenida de lord Chalford (camisa tricolor Noel Foster).

»Discurso de respuesta de Jorge III.

»Pausa para danza folclórica.

»Llega el primer mensajero para anunciar la victoria de Wolfe sobre los pacifistas franceses en Québec.

»Primer episodio: a Wolfe lo alcanza una bala perdida y muere sobre un montón de paja mientras les lee la *Elegía escrita en un camposanto* a sus tropas. La banda de música de Rackenbridge toca la *Marcha fúnebre de Saúl*.

»Llega un mensajero para anunciar las novedades del motín del té de Boston. Discurso de Jorge III, “Marchaos de nuestro gran imperio, viles demócratas”, etcétera.

»Segundo episodio: los burgueses de Boston, con sogas al cuello, vierten el té en el suelo y beben en cambio *whisky* ilegal. La banda de música de Rackenbridge no tiene que tocar la *Marcha fúnebre de Saúl*, como hizo el lunes, sino *La jarrita marrón*.

»Llega un mensajero para anunciar que lord Clive y Warren Hastings están haciendo un papelón en la India.

»Tercer episodio: Clive y Warren Hastings, a lomos de un elefante y rodeados por muchachas bayaderas (por cierto, confío en que el camarada que va dentro de las patas de atrás ya esté aquí esta tarde, la señorita Trant tuvo que hacer su papel el lunes... ¡Ah! Camisa tricolor Pierpont, estupendo). La banda de música de Rackenbridge toca *En un jardín persa*.

»Pausa para la ceremonia de ennoblecimiento de Pitt. La banda de música de Rackenbridge toca *Porque es un muchacho excelente*.

»Llega un mensajero para anunciar la revolución francesa. La banda de música de Rackenbridge toca *Mademoiselle d'Armentières*.

»Llega otro mensajero para anunciar que Nelson ha resultado herido en las islas Canarias y su victoria naval sobre los pacifistas franceses.

»Discurso de Jorge III: “Dios sopló y se dispersaron”, etcétera.

»Cuarto episodio: a Nelson, que se lleva el catalejo al ojo ciego y mira con el otro a *lady* Hamilton, le vuelan el brazo. La banda de música de Rackenbridge toca *Todas las chicas bonitas quieren a un marinero*. Cuadro vivo de *lady* Hamilton en una de sus poses.

»Llega un mensajero para anunciar la muerte de Nelson.

»Quinto episodio: Nelson, moribundo, sobre un montón de paja; Hardy lo besa. Discurso de Nelson: “Esto que hago ahora es mejor, mucho mejor”, etcétera. Nelson muere diciendo: “Cuidad de la pequeña y graciosa Emmie”. La banda de música de Rackenbridge toca otra vez la *Marcha fúnebre de Saúl*.

»Cuadro vivo final: “El exilio de Napoleón”.

»La banda de música de Rackenbridge toca *Dios salve al rey*.

»Confío en que os haya quedado todo bien claro —concluyó Jasper, bastante ronco, bajándose de un salto de la silla.

Entretanto, los vecinos aparecían en gran número. Quién iba a decirle a L. P. V. que su cambio de planes no iba a servirle de nada y que la mismísima gente cuya presencia bajo su techo se le hacía tan repugnante estaba pagando afanosamente el dinero de la entrada en las puertas de los jardines. No solo estaban ansiosos por ver esa representación histórica anunciada en carteles de tan peculiar redacción, sino que la mayoría llevaba mucho tiempo sintiendo una curiosidad inmensa por ver a Eugenia, la heredera desconocida, y las bellezas para entonces casi legendarias de Chalford House. Grandes y brillantes automóviles recorrían el sendero, uno tras otro, dirigidos por los camaradas hasta un aparcamiento empapado en que descargaban a la infame élite del vecindario. Todos reían y charlaban unos con otros, declarando a gritos que la casa era de ensueño y preguntándose si conocerían a Eugenia; la vergüenza no pesaba gran cosa sobre sus hombros, y los habría sorprendido la violencia de los sentimientos que *lady* Chalford abrigaba hacia ellos.

Ya faltaba poco para las tres de la tarde. La señora Lace, que con su vestido dorado de paño americano y la peluca de sujetapapeles parecía salida de 1927, había desaparecido rato antes junto al señor Wilkins hacia un punto detrás del huerto en que los esperaba el carruaje real. El grupo de bienvenida se había apostado con elegancia en torno a la entrada principal, listo para recibir al soberano y su consorte con corteses inclinaciones y reverencias; montones de bellos Brummel, Pimpinelas Escarlata y *lady* Teazles flanqueaban el sendero hasta donde alcanzaba la vista, todos muertos de ganas de hacer una demostración de lealtad dieciochesca. La multitud de espectadores había asumido unas proporciones mayores de lo que nadie se habría atrevido a pronosticar.

Un silencio expectante descendió entonces sobre todos ellos.

—Va a ocurrir algo espantoso —dijo Jasper con nerviosismo—. Lo sé.

Por fin se oyeron vítores entusiastas, y fue evidente que el carruaje estaba en camino. Una oleada de excitación recorrió la multitud; todos los cuellos se estiraron para ver la gran llegada, todos los alientos se contuvieron para añadirse a las ovaciones cada vez más cercanas. De pronto

los vítores flaquearon, perdieron fuelle y se interrumpieron. Se oyó en su lugar un ruido como el de un trueno salpicado de chillidos horribles y agudos, y un instante después el carruaje apareció dando tumbos y con los caballos a galope tendido, claramente fuera de control. La señora Lace, gritando a pleno pulmón, trataba de arrojar por una ventanilla, y el señor Wilkins le impedía a la fuerza que lo hiciera. A ambos se les había caído la peluca.

La multitud puso entonces pies en polvorosa. Cuando nada parecía poder evitar que el carruaje y los caballos se hicieran trizas contra la casa, de pronto el señor Wilkins, tras haber tirado al suelo a la señora Lace, salió por la ventanilla y trepó hasta el pescante, donde arrancó las riendas de manos del mozo de cuadra de *lady* Chalford, más viejo que Matusalén. En un pisapés, se las apañó para conducir a *Vivian Jackson* y su colega hacia la explanada de césped. El carruaje, tras mecerse con frenesí unos instantes, volcó, y ambos caballos tuvieron que detenerse en seco. Los camaradas salieron disparados: se apresuraron a sacar a rastras a la histérica señora Lace y se llevaron al cochero en una camilla improvisada; al parecer, sufría una conmoción. *Lady* Marjorie, fuera de sí de puro amor y admiración, le imploraba a su héroe que le dijera si seguía vivo, algo que él hizo muy efusivamente; Eugenia sollozaba contra el cuello de su caballo.

—Mi querido *Vivian Jackson*, nunca, nunca más vuelvas a darme un susto así, podrías haberte matado. ¿Seguro que estás bien? —Le palpó las patas una por una y luego se lo llevó de la brida hacia el establo móvil.

—Qué cosa más rara —le dijo el señor Wilkins a Jasper—, un tipo que vive en Rackenbridge (no recuerdo su nombre) ha sido el causante de todo. Ha salido de pronto de entre la multitud agitando una bandera amarilla ante los caballos, vaya estupidez tan extraordinaria, ¿no? Digo yo que los caballos podrían haberse desbocado.

Se llevaron a la señora Lace a Chalford Elouse. Tenía el vestido dorado roto por varios sitios y la peluca hecha un desastre, pero su persona no había sufrido daño alguno. Se permitió una consoladora demostración de histeria hasta que el comandante Lace le dio un buen meneo, después del cual recompuso su rostro, le pidió prestada una peluca de lana de algodón a la amable señorita Trant y volvió a ocupar su sitio junto al señor Wilkins.

Entretanto, la representación teatral continuaba como si no hubiese ocurrido nada fuera de lo normal. El señor Wilkins, perfectamente impasible tras el ajetreo, recordó mejor que nunca sus discursos e interpretó su regio papel como si hubiese nacido para hacerlo.

Los socialunionistas le dieron una bienvenida entusiasta cuando subió al estrado.

—¡Jota, o, erre, ge, e! ¡Queremos a Jorge! —exclamaron.

Lady Marjorie se plantó a su lado, con los rizos de crin de caballo brincando, el corazón palpitante y las mejillas arreboladas. Ella también quería a Jorge.

Fue todo un éxito. Los episodios se sucedieron sin un solo tropiezo y nadie pareció advertir que Jasper había llevado la falta de respeto a la veracidad histórica a un punto sin precedentes en las representaciones teatrales. Las escenas más populares fueron aquellas que menos se atenían a los hechos.

Los socialunionistas y el público por igual prorrumpieron en un frenesí de vítores cuando, tras la llegada de un mensajero que comunicó a Jorge III que unos marxistas no arios habían rajado a Luis de Francia, el monarca inglés observó con tristeza:

—¡Ay! ¡Mi pobre hermano!

Los episodios deberían haber concluido con un vivo cuadro en que se representara a Napoleón

a bordo del *Bellephoron*, pero Eugenia lo había vetado en el último momento porque se le ocurrió de pronto que, aunque Napoleón fuera un asqueroso extranjero, había sido líder de alguien. De manera que acabaron, de forma un poco absurda, con la muerte de Nelson, que no fue un éxito rotundo en opinión de Jasper, pues tanto Hardy como *lady* Hamilton se precipitaron a besar al moribundo almirante con bastante falta de decoro. El público, sin embargo, pareció disfrutar con la escena.

Después, la banda de música de Rackenbridge tocó la melodía de *Adelante, soldados cristianos*, sobre cuyo fondo los socialunionistas, bien firmes, entonaron su himno.

*Adelante, tricolores,
por la gloria de Inglaterra,
la vida por nuestra tierra
daremos sin más temores.
Los mohines extranjeros
arrastremos por el barro,
corra sangre a bocajarro,
empuñad vuestros aceros.
Adelante, tricolores,
por la gloria de Inglaterra,
la vida por nuestra tierra
daremos sin más temores.*

*Adelante, tricolores,
Inglaterra victoriosa
se alzaré, siempre gloriosa
con sus bravos vencedores.
Temblarán los deshonestos,
más razones les daremos
para temblar en sus puestos
a los corruptos blasfemos.
Adelante, etcétera.*

*Luchad con armas de fuego,
con aceite de ricino,
luchad con versos y pliegos,
abrid al leal camino.
Abajo los pacifistas,
abajo el ladrón infecto,
nuestros puños con su efecto
tumbarán a esos cuentistas.
Adelante, tricolores,
haced polvo al extranjero,
morid con grandes honores,*

la bandera es lo primero.

Entonces tuvo lugar otro incidente que no se había ensayado. Cuando Jorge III se disponía a bajar del estrado para inspeccionar la feria medieval, hubo una pausa de unos instantes. Los camaradas, que habían entrado en ambiente por completo, se apiñaban en torno a él, roncando de tanto vitorear, cuando de repente y de la forma más inesperada fueron atacados por la retaguardia por una multitud de hombres de aspecto horrible, vestidos como los *sans-culottes* de la Francia revolucionaria y con gorros amarillos en las cabezas.

—¡Queremos paz! ¡Queremos paz! —exclamaban, lanzando plumas blancas a los cuatro vientos.

*Combatiremos con sarna
a rojos, blancos y azules,
la insignia amarilla encarna
la lid contra esos gandules.
Al capitán golpearemos,
y acabará por los suelos
pues su corazón, creemos,
es más negro que los duelos.*

—¡Abajo el socialunionismo!

Y cayeron sobre los indefensos camaradas con salvavidas, nudilleras, patatas rellenas con hojas de afeitar, timbres de bicicleta llenos de perdigones y otras armas primitivas pero eficaces. Los socialunionistas, que no solo iban desarmados sino que también se veían tristemente obstaculizados por las casacas largas, los bombachos demasiado grandes y las pelucas, que en muchos casos les caían sobre los ojos y no les dejaban ver nada, quedaron al principio totalmente superados por el enemigo. Muchos acabaron fuera de combate; otros, menos afortunados, fueron llevados a una parte distante de la finca, donde se perpetraron en sus personas atrocidades demasiado horribles para describirlas. A la señora Lace se la llevaron a rastras hasta el lago, donde unos asaltantes enmascarados pero vagamente familiares la hundieron más de una vez.

Eugenia, entretanto, había entrado en la casa en busca de una sombrilla para su abuela. Al oír el estruendo de la batalla, salió corriendo de nuevo y se encontró ante una atroz carnicería. Los socialunionistas, en grupos pequeños y diseminados, se defendían con considerable valentía, pero en vano. Su desorganización era absoluta, y era obvio que los pacifistas saldrían victoriosos a menos que ocurriera algo imprevisto que volviera en su contra la marea de la guerra.

Y así fue. Como un torbellino, Eugenia Malmain se precipitó hacia la refriega; agarrando una bandera tricolor del estrado, la hizo ondear en alto e hizo formar a los camaradas con gritos bien audibles. Los pacifistas se arredraron un instante, presas del asombro, pues nunca habían visto a una mujer de tanta envergadura, tan hermosa y tan temible. Aquel instante fue su perdición. Volvieron a la carga con considerable ferocidad, pero a partir de entonces la lucha empezó a volverse en su contra. Los socialunionistas, concentrándose todos en torno a Eugenia, presentaron por fin un frente cohesionado. Liderados por ella, prorrumpieron en su grito de guerra:

«Defenderemos la bandera tricolor».

*Entre golpes y sopapos,
todos los sucios traidores
quedarán hechos guiñapos.
La bandera y los colores
de Inglaterra son las flores.*

Y cargaron una y otra vez contra las filas del enemigo, que retrocedió gradualmente ante sus decididas arremetidas. Los cobardes pacifistas, armados hasta los dientes como estaban, ya no fueron capaces de enfrentarse a los puños tricolores. Empezaron a batirse en retirada presas de extrema confusión, y acabaron en absoluta desbandada. Empezaron la huida, dejando en posesión de los camaradas un campo de batalla en que se diseminaban montones de pelucas blancas, plumas blancas y hombres heridos.

—Qué espléndidamente realista ha sido esta escena —comentó *lady* Chalford con admiración—. Casi parece que algunos de estos pobres diablos se hayan hecho daño de verdad. —Contempló la escena a través de los impertinentes y se dirigió al duque de Driburgh, de pie a su lado—. Es evidente que el señor Aspect ha heredado tu talento para la escritura, mi querido Driburgh; no he olvidado las preciosas y encantadoras tarjetas de san Valentín que escribías en tus tiempos.

—Qué amable por tu parte, querida —repuso el duque—. Presumo que acabamos de presenciar la batalla de Waterloo, con tu pequeña Eugenia en el papel de Boadicea, qué idea tan ingeniosa.

Los socialunionistas, pese a sus heridas (apenas había alguno indemne), se entregaron entonces al entusiasmo. Levantaron a hombros a Eugenia y la llevaron, con grandes vítores, hasta el estrado, donde aprovechó su posición estratégica para pronunciar un emotivo discurso. Instó a todos los que habían presenciado aquel cobarde ataque contra los pacíficos socialunionistas a unirse al partido sin más preámbulos.

—Somos vuestra única salvaguardia contra el pacifismo en su forma más brutal —exclamó—. ¿Queréis que corra la sangre en vuestras calles, que violen a vuestras mujeres y quemen vivos a vuestros hijos? ¿No? Entonces uníos a los defensores de la bandera tricolor ahora mismo.

Señaló su maltrecha bandera y dijo que, con el tiempo, se convertiría, sin duda, en una de las reliquias más veneradas del movimiento. Les dijo a los camaradas que sus cicatrices eran cicatrices honorables, infligidas en una gran ocasión y en defensa de una gran causa. Sus nombres pasarían a la historia y se harían famosos; en años venideros, alardearían ante sus hijos y ante los hijos de sus hijos de que habían tenido el privilegio de luchar bajo la bandera tricolor en la batalla de Chalford Park.

El discurso fue recibido con el mayor entusiasmo, no solo por parte de los camaradas sino por miembros del público, muchos de los cuales se apresuraron a afiliarse al partido socialunionista, con la propia Eugenia prendiéndoles la insignia en el pecho. A los pacifistas que habían caído en manos del enemigo se los llevaron para someterlos a enormes dosis de Ex-Lax, el «delicioso chocolate laxante», el único sustituto del aceite de ricino que pudieron encontrar en el botiquín de

Nanny.

Las víctimas de las atrocidades de los pacifistas empezaron a renquear de vuelta, uno por uno. Contaron historias espeluznantes sobre el tratamiento que habían recibido y fueron aclamados como mártires y héroes por parte de Eugenia, que escribió sus nombres en un pequeño cuaderno de ejercicios. Cuando sus heridas estuvieron vendadas y los casos más graves ocuparon las camas de las habitaciones de invitados de *lady* Chalford (*milady* se había retirado para entonces, fatigada por las emociones de la jornada, a su propio dormitorio), Eugenia, por sugerencia de Jasper, condujo a un contingente de socialunionistas a la bodega, de la que sacaron al jardín varias cajas de excelente champán.

La feria medieval se transformó a partir de entonces en algo más parecido a una orgía medieval. Se encendió una gran hoguera en la que se quemaron las efigies de Karl Marx y el capitán Chadlington (el parlamentario conservador del distrito) entre temibles aullidos y abucheos de los camaradas. «¡Abajo los pacifistas! ¡Abajo los comunistas! ¡Abajo los no arios! ¡Abajo el corrupto gobierno nacional! ¡La bandera y los colores de Inglaterra son las flores! ¡Todos los sucios traidores quedarán hechos un guñapo!...».

Todos bailaron con todos; algunos hasta bailaron solos, indicio inequívoco de una buena fiesta, mientras la banda de música de Rackenbridge tocaba *Noche y día*, su último número, durante horas. Los visitantes de Peermont acabaron tan borrachos como se esperaba de unos lores y, cada uno con una chica guapa del brazo, se negaron a obedecer cuando el director dijo que ya era hora de irse a casa. *Lady* Marjorie y el señor Wilkins desaparecieron juntos un rato; cuando volvieron a unirse a la muchedumbre de juerguistas, fue para bailar una giga y anunciar que estaban comprometidos. Los camaradas aplaudieron y entonaron sus cánticos tricolores hasta que ya no pudieron aplaudir o cantar más, y cuando finalmente se embutieron en los ómnibus y se marcharon, roncacos pero contentos, ya había dado la una de la madrugada.

Por fin reinó el silencio en los jardines. Bajo la luna llena, Poppy y Jasper trastabillaron cogidos de la mano de vuelta al Jolly Roger. Pese al agotamiento extremo, siguieron hablando de los sucesos de aquella tarde sensacional.

—¿No te ha parecido divina la batalla? —preguntó Poppy—. A mí sí. He hundido un tacón en la cara de un pacifista... Recuérdame que se lo cuente a Eugenia, por cierto. Debería servirme para ascender en el escalafón del movimiento. ¿Y en qué andabas metido tú? No te he visto.

—No —repuso Jasper—, porque me he pasado todo el rato escondido bajo el estrado. No soporto que me hagan daño.

—Querido Jasper, tú nunca decepcionas, ni por un instante, ¿no?

—¿Vas a casarte conmigo?

—Sinceramente, no sé cómo voy a evitarlo. Me parecería un desperdicio no tenerte cerca, considerando que eres la única persona que conozco capaz de hacerme reír todo el tiempo.

—Estupendo —dijo Jasper—, entonces venderemos la diadema, ¿no?

—¡Sí, cariño!

—¿Y nos marcharemos a Uruguay la semana que viene?

—No, querido. Eso no me apetece... ¡Nunca me han gustado los morenitos!

En el salón Iolanthe del Savoy, se había dispuesto una gran mesa de banquete. En ella había muchas copas y un enorme ramo de orquídeas, mientras que varias botellas de champán en cubiteras con hielo completaban la atmósfera de alegría extrema. La sala contigua también estaba abierta, y en ella, los cócteles esperaban la llegada de los invitados. Todo estaba listo para el banquete de boda del señor Wilkins y *lady* Marjorie Merrith, ocupados en ese instante en pronunciar votos nupciales en presencia de sus seres más queridos y allegados en Caxton Hall, Westminster.

La primera persona invitada entró al Iolanthe. De ahí pasó a la habitación contigua, donde rechazó un cóctel que trataron de servirle varios camareros, pero cayó con buen apetito sobre las almendras saladas y las patatas fritas. Era Eugenia, que, habiéndole dado esquinazo a L. P. V., se había dirigido a Londres en un tren de primera hora, y de ahí a la sede tricolor, donde había pasado la dichosa mañana con camaradas de la sección de Londres. Aún le brillaban los ojos de excitación al acordarse de cómo la habían recibido. El capitán en persona le había concedido una entrevista para agradecerle con calidez todo el trabajo que había hecho por el moví miento y, finalmente, como muestra de gratitud, hizo como el pelícano y se arrancó su insignia del pecho para prenderla, todavía caliente, en el de ella. Cuando hubo dejado al gran hombre, con lágrimas de emoción desbordándole los ojos, los camaradas se apiñaron en torno a ella para que les relatará su versión de la ya épica batalla de Chalford Park. Después, la mimaron muchísimo con bocadillos de salchicha y tabletas de a dos peniques, le dedicaron una ovación y un saludo especiales, y le prometieron que visitarían la sección de Chalford en el futuro más próximo.

Como Eugenia aún llevaba su atuendo habitual —camisa tricolor, vieja falda de lana gris, cinturón con daga incluida, las piernas desnudas y la cabeza descubierta—, ofrecía una imagen bastante incongruente en la sofisticada atmósfera de un gran hotel. Los camareros la miraron asombrados, y ella les devolvió la mirada sin inmutarse; no dio muestras del nerviosismo que habrían sentido muchas jovencitas al pasar su primer día en Londres.

Al cabo de poco hizo su entrada la señora Lace, cuyo atuendo recordaba al traje de montar de alguna reina viuda. Tampoco había podido asistir a la ceremonia de la boda, porque se había pasado la mañana en un frenético recorrido por las tiendas. Eugenia la había visto ya ese día, pues habían llegado de Rackenbridge en el mismo tren, los Lace viajaban en primera y Eugenia, en

tercera.

—¡Oh! ¿Qué tal estás? —dijo la señora Lace.

Por enésima vez se fijó en los detalles de la vestimenta de Eugenia con una mezcla de desagrado y satisfacción; desagrado ante el hecho de que a alguien tan rico le sirviera de tan poco el dinero, satisfacción porque, desde luego, Eugenia nunca podría competir con ella como la mujer mejor vestida de las Cotswolds. Eugenia, incapaz de comprender el significado de sus miradas, pensó que ese día Anne-Marie parecía de peor humor que de costumbre. Recogiendo su cola de terciopelo, Anne-Marie se dirigió entonces a un espejo, donde recolocó el zorro plateado como mejor le quedaba y prendió en él un par de gardenias que sacó de una bolsa de grueso papel blanco. Se contempló ladeando la cabeza y haciendo un mohín como si estuviese a punto de silbar, y luego regresó contoneándose junto a Eugenia, que echaba un satisfecho vistazo a una cesta de fruta confitada.

—Hace frío, ¿verdad? —comentó la señora Lace con su acento extranjero. Lo cierto es que no estaba muy contenta ahora con todo el terciopelo negro, las pieles y las plumas; tratándose de un día especialmente caluroso de finales de septiembre, empezaba a preguntarse si no llevaría una vestimenta poco apropiada.

—Hace frío, ¿verdad?

—No —contestó Eugenia con la boca llena.

—Siempre pienso que estos días de otoño son especialmente engañosos; parecen calurosos, pero hay que andarse con cuidado, *le fond de l'air est cru*.

—Hoy hace un calor espantoso —declaró Eugenia con desdén—. Me temo que no sé qué significan esas palabras extranjeras. Bajo el régimen, la gente hablará inglés o se callará la boca.

—Mi querida niña, qué ridícula eres. *Régimen* es una palabra de origen francés, ¿sabes?

—¡Da igual! —repuso Eugenia—. Hace mucho que los camaradas la han anglicanizado.

En ese momento entraron Jasper y Noel. Jasper le echó los brazos al cuello a Eugenia.

—No puedes hacerte una idea de lo contento que estoy de verte, querida —exclamó—. Nunca pensé que lo conseguirías.

—Yo tampoco —admitió Eugenia—. Por suerte, L. P. V. sigue en la cama, así que nunca lo sabrá, a menos que esa pacifista cobarde de Nanny se lo diga. He ido hasta la estación a lomos de *Vivian Jackson*, y he tenido que dejarlo atado allí todo el día, pobre angelito.

—Bueno, y ¿qué has andado haciendo desde que nos fuimos?

—¡Oh, no gran cosa! Allí abajo es todo bastante aburrido... Supongo que te habrás enterado de que sacamos ciento ochenta y seis libras para el movimiento, ¿no? Pero hoy ha sido maravilloso. He podido impedir que una familia no aria subiera a mi vagón con solo mostrarles mi insignia y desenfundar la daga, y no sabes qué mañana he pasado con los camaradas en la sede Tricolor... ¡Oh, vaya!

—Ven a la otra sala y cuéntamelo todo —dijo Jasper con la maliciosa intención de dejar a Noel en un *tête-à-tête* con la señora Lace.

Noel se preguntaba para entonces si realmente habría estado enamorado de ella. Los buenos modales, sin embargo, exigían que siguiera fingiendo que lo estaba, de modo que le besó la mano, la miró con pasión a los ojos y murmuró que se sentía feliz de volver a estar a su lado.

—*Moi aussi je suis contente* —repuso la señora Lace con expresión de profunda tristeza. Tuvo la sensación de que el terciopelo negro, si bien la hacía sudar con aquel tiempo, la ayudaba

al menos a ofrecer un aspecto sumamente romántico—. ¿Cómo te van las cosas, *mon cher*? —La habían dejado sin su gran escena de renuncia en Chalford; quizá podría representarla ahora, ahí mismo.

—Estoy bastante preocupado —contestó Noel, aprovechando la oportunidad de hablar de sí mismo y no de ellos dos. Los demás no tardarían en llegar; hasta que lo hicieran, debía mantener la conversación en terreno seguro. Maldijo a Jasper por haberlos dejado solos en un ejemplo típico de su conducta maliciosa—. No sé muy bien si voy a conseguir esa cita en Viena de la que te hablé. Mi tío, que tiene cierta influencia allí, aún está tratando de concertarla, y el general Von Pittshelm, un viejo amigo de mis padres, está moviendo algunos hilos, tengo entendido. De todas formas, no parece que haya muchas esperanzas... Demasiadas cosas se interponen en el camino.

Al oír eso, la señora Lace agradeció que las cosas no hubiesen llegado más lejos entre ella y Noel. Durante las tranquilas y aburridas semanas que siguieron a la representación teatral, había empezado a pensar que el heredero sin un céntimo a un trono al que no era probable que ascendiera nunca sería una pobre contrapartida a las sólidas comodidades del hogar de los Lace, aunque podría proporcionarle un dulce romance con el que matar el tiempo un verano aburrido. Ahora tocaba mostrarse discreta.

—Nunca viniste a decirme adiós —murmuró con tono lastimero.

—Cariño, no me fue posible. Si supieras...

—Creo que lo sé. Supongo que debemos despedirnos ahora, entonces. En público. Me parece duro.

—Pero no tardaré en regresar a Chalford, querida.

—Nunca podrá ser lo mismo. Mi marido... sabe algo de nuestro romance, y aún sospecha más. He pasado unos días terribles desde que te fuiste.

—Pero en realidad no puede ser, ¿no? ¿Crees que hará...? ¿Va a...? Quiero decir, no tiene prueba alguna contra nosotros, ¿no?

—Mi marido —declaró la señora Lace con grandilocuencia— me perdonará cualquier cosa. Tiene un carácter noble; además, me quiere con locura.

—¡Gracias a Dios! —soltó Noel—. Quiero decir... Ya sabes, cariño, que me encantaría llevarte conmigo para siempre, lejos de Chalford, pero no es posible en estas circunstancias. Soy demasiado pobre. Además, nunca podría separarte de tus hijas; la mera posibilidad de abandonarlas habría acabado por interponerse entre nosotros. De todos modos, te querré siempre; siempre serás el amor de mi vida.

—Y tú —repuso la señora Lace— el de la mía.

Alzó hacia él la mirada de soslayo que la hacía verse muy atractiva, o eso creía ella, y pensó, como solía pensar cuando Noel llegó a Chalford, que era un hombre con un aspecto muy poco romántico. «Más que un rey, parece un corredor de bolsa», se dijo.

—Si casualmente pasas alguna vez por Viena —estaba diciendo él—, debes ir en mi busca, si es que voy, y recorreremos juntos las salas de fiestas, aunque tengo entendido que dista de ser una ciudad alegre en este momento. Un amigo mío que acaba de volver de allí me cuenta que va a marcharse al norte de Gales en busca de aventuras amorosas... Supongo que ha estado leyendo a Caradoc Evans.

»¡Ah! —exclamó entonces con enorme alivio—, aquí llegan por fin los demás.

Se oyó un murmullo de animada conversación aproximarse pasillo abajo. La señora Lace se

apostó junto a la ventana, enroscando el zorro. Abrió mucho los ojos y esbozó una expresión de romántica melancolía.

La puerta se abrió de par en par. *Lady* Marjorie, radiante y preciosa en *crépe-de-chine* blanco y con un inmenso sombrero negro, apareció de la mano del señor Wilkins. Era la imagen misma de la felicidad. Al señor Wilkins se lo veía como siempre, con excepción del traje gris y el clavel rojo en un ojal. Inmediatamente detrás venía *lady* Fitzpuglington, escoltada por un famoso hombre de Estado y seguida por un tropel de jóvenes elegantes y resplandecientes, que incluía a Poppy Saint Julien.

Considerando lo que debía de sentir al respecto, *Lady* Fitzpuglington se había comportado extraordinariamente bien con Marjorie en lo concerniente a esa boda. Había hecho tres escenas tremebundas tras las cuales, viendo que nada que dijera conseguiría alterar la decisión de la muchacha, se había rendido con suma elegancia. Tan solo había estipulado que la boda en sí debía celebrarse en la más estricta intimidad para evitar, en la medida de lo posible, herir los sentimientos del duque de Dartford.

—No hay nada que hacer —le contó a su hermano—. Marjorie es mayor de edad y está locamente enamorada, de modo que nada que yo diga o haga va a detenerla. Debemos apechugar y hacer lo que se pueda y agradecer que el divorcio sea hoy en día una cuestión tan simple. El pobre señor Wilkins, por supuesto, no tiene el más mínimo deseo de casarse con ella, pero aquí está, el buen hombre. Vaya, si Puggie hubiese seguido mi consejo y estipulado que Marjorie fuese menor de edad hasta los cuarenta, qué distintas habrían sido las cosas. Al menos así habríamos tenido alguna clase de control sobre esa pequeña idiota.

El hermano de *milady* no contestó. Pensó que al desafortunado Fitzpuglington, flotando como había estado en el Atlántico cuando su hija nació, cadáver desde hacía seis meses, se le podría perdonar su falta de precauciones contra la pasión de Marjorie por el señor Wilkins. *Lady* Fitzpuglington era célebre en la familia por su afición a cargar sus propias responsabilidades en las espaldas de otras personas.

La señora Lace advirtió que las damas de la fiesta no le hacían reverencias a Noel; ni siquiera la anfitriona lo había saludado. Le pareció desconcertante. En Londres no iría de incógnito, sin duda. Además, la irritó sobremanera comprobar que las demás jóvenes presentes eran tan guapas como ella. Todas eran de las que no se acicalaban, y su atuendo consistía en trajes de chaqueta de *crépe-de-chine* o vestiditos cubiertos por finos abrigos de lana. A la señora Lace solo le gustaban los vestidos extravagantes. Deseó, de todas formas, haberse puesto algo una pizca más sobrio; se estaba asando en su traje de montar.

—Digo yo, querida —le susurró una de las damas guapas a Marjorie—, ¿esa de la ventana es una adivina o algo así? Y ¿quién es esa encantadora chica con pinta de chiflada y que no lleva sombrero?

El comandante Lace hizo su aparición. Había hecho de padrino de su amigo y acababa de llegar del juzgado de paz. Por una vez en su vida, la señora Lace se alegró de ver a su marido. En toda aquella alegre multitud nadie le prestaba la más mínima atención; casi le pareció que se alegraría de estar de vuelta en Chalford, donde era la belleza indiscutida.

—¿Vas a casarte con el camisa tricolor Aspect? —le preguntó Eugenia a Poppy.

—Sí, cariño, así es, ¿no es maravilloso? Mi marido se puso un poco pesado al principio, pero ahora se está portando bien y creo que, con un poco de suerte, tendrá que dejar que me divorcie de

él.

—¿Por qué? —quiso saber Eugenia.

—Bueno, no es habitual que las damas se divorcien, ya sabes, cariño, y el chico siempre ha sido de los que conceden gran importancia a la etiqueta. Aquellos detectives no tenían nada que ver con él, solo estaban allí de vacaciones, de eso nos enteramos después. En realidad, si te paras a pensarlo es divertidísimo. ¿Vendrás a mi boda, Eugenia?

—Claro, y contaremos con una guardia de honor socialunionista, si quieres. Espero que seas muy feliz, prima Poppy Saint Julien, y que continúes trabajando por la causa después de tu matrimonio.

En el almuerzo, Jasper y Noel se sentaron a ambos lados de la señora Lace.

—Por cierto, viejo amigo —le dijo Jasper a Noel, inclinándose por delante de ella—, ya no quiero ese empleo tuyo. Verás, Poppy y yo sacamos cuarenta mil libras por la diadema, y estoy pensando en presentarme para el Parlamento o algo así en cuanto esté listo el divorcio. Se me ha ocurrido que si tu asunto en Viena no sale como esperabas, quizá te gustaría volver a Fruel's. *Sir Percy* parece ansioso de tenerte allí otra vez. Fui a verlo ayer para hablar de unas inversiones que estoy haciendo.

—Qué amable por tu parte —respondió Noel.

Leves sospechas, sombras de duda que llevaban tiempo formándose en los pensamientos de la señora Lace se vieron de ese modo bruscamente confirmadas. Se negó, sin embargo, a permitir que su cerebro procesara el significado pleno de todo aquello hasta que estuvo a salvo en el vagón de primera clase, a solas con el comandante Lace. Entonces lloró y lloró. El comandante Lace supuso que estaba en estado otra vez. Lo estaba.

Después, Jasper le dijo a Noel:

—¿Ha sido indiscreto por mi parte mencionar Fruel's de esa manera? Se me ha ocurrido, demasiado tarde, que quizá te sentirías más seguro si ella pensaba que estabas en el extranjero, ¿no?

—Parece tan dispuesta como yo a dejarlo correr del todo. Desde luego, las chicas son bien raras, en mi opinión.

—Quizá ha averiguado algo que redundaría en tu desprestigio.

—No creo que se trate de eso —repuso Noel de mal talante.

—¿Se ha cansado de ti, tal vez?

—Desde luego que no. La chica está locamente enamorada de mí, locamente, pero el marido ha estado poniéndose agresivo y todo eso, y como es natural ella no puede soportar separarse de las niñas.

—Debe de suponer un gran alivio para ti, viejo amigo.

Después del almuerzo, el anciano hombre de Estado pronunció un discurso en que brindó por la salud de los novios. Fue un discurso largo y con chistes bastante malos repartidos como ciruelas confitadas aquí y allá. *Lady Marjorie* pronunció uno en respuesta, visto que al señor Wilkins le daba vergüenza. Dijo que había sido increíblemente amable por parte de todos que le hubiesen hecho un segundo lote de maravillosos regalos de boda tan poco tiempo después de que les hubiesen devuelto los primeros. Los segundos eran muchísimo más bonitos, además. Se sentía tremendamente feliz, dijo, más allá de toda lógica, algo que de hecho les resultaba evidente a cuantos la contemplaban. Confiaba en que todos asistieran a la fiesta de inauguración cuando ella

y el señor Wilkins hubiesen vuelto de la luna de miel para instalarse en Carlton House Terrace, donde había comprado una casa.

—De hecho, pueden quedarse todos a dormir, si lo desean —añadió—, porque tendremos montones de habitaciones libres.

—Estupendo —comentó Jasper—. «Donde empino el codo, allí me acomodo» ha sido siempre mi lema favorito.

Le tocó entonces el turno a Eugenia, que se puso en pie de un salto sin el menor retraimiento, entre tintineantes vítores. Dijo tener la seguridad de que nadie podría ser capaz de negarles esos maravillosos regalos de boda a una persona tan divina como *lady* Marjorie o a un tricolor tan valiente como el señor Wilkins. En cualquier caso, se llevaban sin duda a su luna de miel los mejores deseos de ella y de todos los miembros de la sección de Chalford. En cuanto a las habitaciones libres, dijo, era de esperar que no tardaran en llenarse de sanas criaturitas arias. Los reunidos se levantaron entonces ante la sugerencia de Eugenia y cantaron:

*Tierra de los camisas tricolores
de la madre patria.*

Dos días después, Noel estaba de vuelta en las oficinas de Fruel y Whitehead. La señorita Brisket, la señorita Clumps y el señor Farmer ocupaban, como antaño, el puesto que les correspondía. Noel estaba a punto de llegar al final de una larga conversación telefónica.

—No, lo siento —decía con tono firme e inapelable—, no es lo bastante atractiva.

Notas

[1] En 1976, se publicó en Estados Unidos, en bolsillo, la única edición de posguerra de *Trifulca a la vista*, en un solo volumen junto con la primera novela de Nancy, *Highland Fling* (1931). <<

[2] «Tremenda» y «censurable» en *Boudledidge*, el lenguaje privado en el que Unity y Jessica se comunicaban de niñas. <<

[3] Literalmente: Monte de los pares. <<